

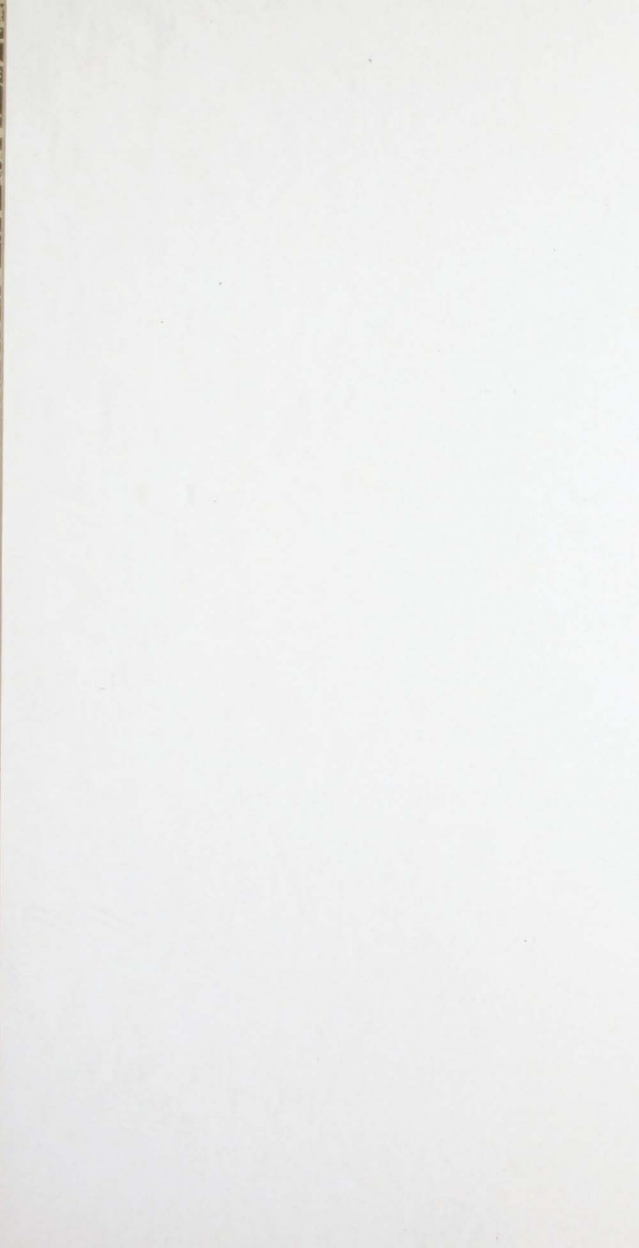
constructores de Ciudad

NUEVE HISTORIAS DEL PRIMER CONCURSO
"HISTORIA DE LAS POBLACIONES"

**David Jesús Avello, Juan Carlos Cartagena, Adrián Escalona,
Guillermina Fariás, Edison Hernández y Sandra Vivanco,
Juan Lobos, Gustavo Paredes, Patricia Sandoval, Bolívar Vásquez.**



SUR
EDICIONES



CONCURSO HISTORIA DE LAS POBLACIONES
AÑO INTERNACIONAL DE LA VIVIENDA PARA LAS PERSONAS SIN HOGAR, O. N. U.
AVEC, JUNDEP, NORTE, SUR, TVS.

© 1989, Ediciones Sur. Derechos reservados.
Román Díaz 199, Providencia, Santiago de Chile.
No Inscripción: 72238.

Gestión Editorial
Luis A. Solís D.
Diseño Gráfico
Eduardo Gallegos G.

Composición y Diagramación de textos
Sistemas Gráficos S. A.
Providencia 701 A- Providencia
Santiago de Chile.

Impreso en los talleres de:
Inversiones Nipaco, S. A.
Girardi 1443 - Providencia
Santiago de Chile

CONSTRUCTORES DE CIUDAD

INDICE

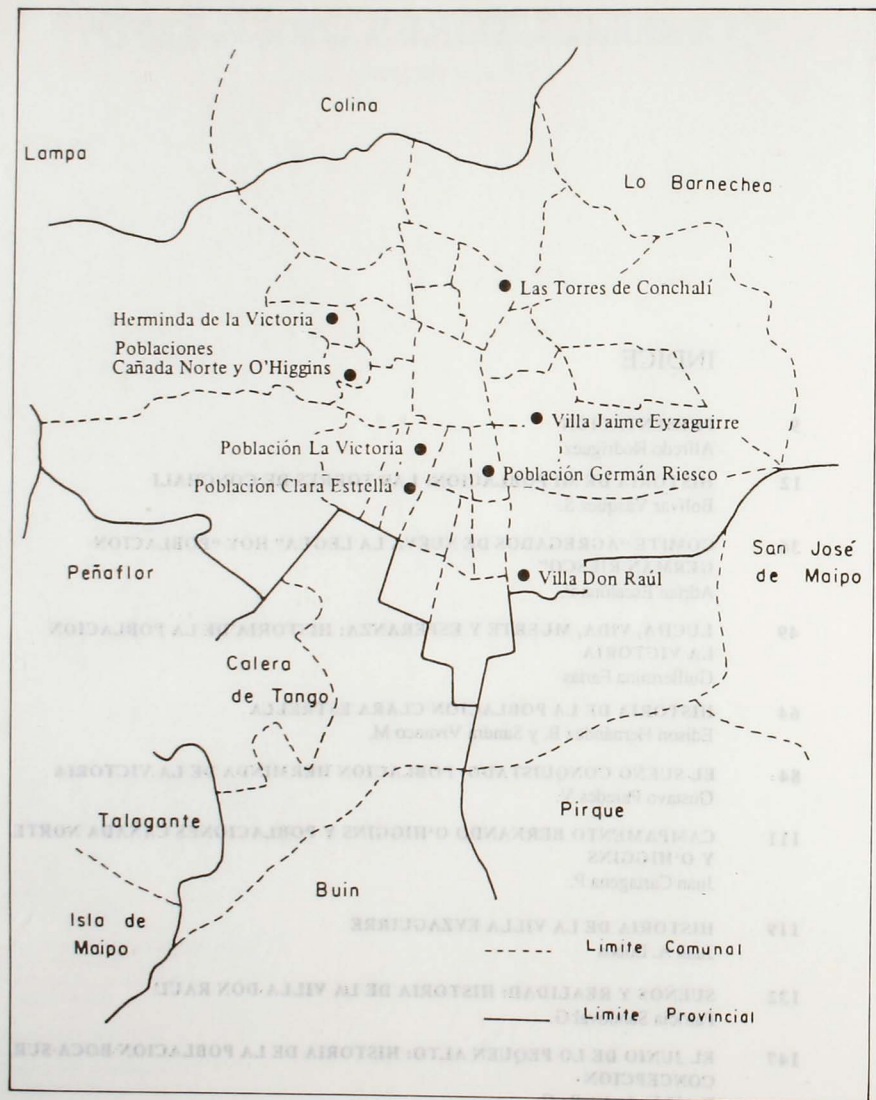
- 4 PRESENTACION
Alfredo Rodríguez
- 12 HISTORIA DE MI PUEBLO: LAS TRINCHERAS DEL NOROCCIDENTE
Rafael Vázquez S.
- 28 COMITE "AGRICULTORES DEL NOROCCIDENTE" DEL "PUEBLO
GERMAN VIEJO"
Adolfo Escalona P.
- 40 LUCHA, VIDA, MUERTE Y VICTORIA
Guliverio Pardo
- 64 HISTORIA DE LA POBLACION DE LA VILLA
Séverio Aguirre B. y Emilio Vázquez
- 88 EL MUNDO CONQUISTADO: POBLACION HERENDA DE LA VICTORIA
Gustavo Pardo V.
- 112 CAMPAMENTO BERNARDO O'DRISCOLL Y POBLACIONES CASADA NOROCCIDENTE
Y O'DRISCOLL
Juan Cárdenas P.
- 118 HISTORIA DE LA VILLA ESTADUNIDENSE
Ben A. LeRoy
- 132 SUÑON Y REALIDAD: HISTORIA DE LA VILLA DON RAUL
Pablo Rodríguez G.
- 147 EL JUNIO DELLO SIQUEIR ALTO: HISTORIA DE LA POBLACION BOCA SUR,
CONCEPCION
David Jorge Asello G.

Pantaleón

Santiago, 1989

INDICE

- 9 PRESENTACION**
Alfredo Rodríguez
- 12 HISTORIA DE MI POBLACION: LAS TORRES DE CONCHALI**
Bolívar Vásquez S.
- 36 COMITE "AGREGADOS DE NUEVA LA LEGUA" HOY "POBLACION**
GERMAN RIESCO"
Adrián Escalona P.
- 49 LUCHA, VIDA, MUERTE Y ESPERANZA: HISTORIA DE LA POBLACION**
LA VICTORIA
Guillermina Farías
- 64 HISTORIA DE LA POBLACION CLARA ESTRELLA**
Edison Hernández B. y Sandra Vivanco M.
- 84 EL SUEÑO CONQUISTADO: POBLACION HERMINDA DE LA VICTORIA**
Gustavo Paredes V.
- 111 CAMPAMENTO BERNANDO O'HIGGINS Y POBLACIONES CAÑADA NORTE**
Y O'HIGGINS
Juan Cartagena P.
- 119 HISTORIA DE LA VILLA EYZAGUIRRE**
Juan A. Lobos
- 132 SUEÑOS Y REALIDAD: HISTORIA DE LA VILLA DON RAUL**
Patricia Sandoval G.
- 147 EL JUNIO DE LO PEQUEN ALTO: HISTORIA DE LA POBLACION BOCA SUR,**
CONCEPCION
David Jesús Avello G.



¿Quién construye la ciudad? Esa es la pregunta que responden los relatos presentados en este libro.

*Don Adrián Escalona, estucador, los nombra:
Julio Amas, gásfiter;
Elva Castañeda, dueña de casa;
Mario Olivares, carpintero de construcción;
Ernesto Pinto, que en Santiago se hizo pintor de brocha, se casó y aquí se quedó;
Ismael López, municipal;
Clodomiro Avila, minero, hoy un viejito sordo y casi ciego;
Carlos Lorca, que se fue al sur a trabajar la tierra que le dejaron unos parientes;
y muchos otros, algunos de los cuales se mencionan en estas historias: ellos la han construido.*

No son personajes anónimos. Sus nombres se conocen y se recuerdan en las poblaciones, y así lo comprueban las memorias aquí recogidas.

Para todos ellos, resolver su problema de vivienda ha sido mucho más que construir una casa; ha sido construir parte de la ciudad.

Para los pobres de la ciudad, los sin casa, para los que difícilmente pueden tener acceso a terrenos urbanizados, el problema no se resuelve con la construcción de una vivienda. Han tenido también que resolver la dotación de los servicios de agua, de electricidad, de alcantarillado; obtener el equipamiento de salud, escuelas para sus hijos; el transporte, la recreación; resolver los conflictos, organizarse.

Así es como los sin casa han poblado grandes zonas de Santiago y de otras ciudades del país. Tuvieron que luchar por obtener un lugar en donde vivir, por lograr una vivienda, por mejorar sus barrios, por conseguir que las autoridades y el Estado los reconocieran. Los esfuerzos de estos constructores de la ciudad forman parte de la tradición.

Han sido esfuerzos y luchas individuales, familiares, de grupos, de organizaciones, en los cuales han intervenido las iglesias, los partidos políticos, y el Estado. En los relatos se entrecruzan permanentemente dimensiones individuales y colectivas, que expresan conflictos personales y sociales.

En el marco del Año Internacional de la Vivienda para las Personas Sin Hogar de las Naciones Unidas, un grupo de instituciones—Acción Vecinal y Comunitaria (AVEC), Juventudes para el Desarrollo (JUNDEP), Taller de Asistencia Técnica (NORTE), Centro de Estudios Sociales y Educación (SUR), y Taller de Vivienda Social (TVS)— organizaron un Concurso de Historias de las Poblaciones, el cual contó con el apoyo de WUS-DK, y fue coordinado por Alex Rosenfeld, investigador de SUR.

El propósito de este concurso fue ofrecer una oportunidad para que los pobladores pudieran narrar la historia de sus poblaciones, los sucesos que las originaron, los esfuerzos que han desplegado posteriormente, y recuperar así la memoria colectiva.

A mediados de diciembre de 1987 se recibieron 19 historias. Ellas fueron leídas por un jurado compuesto por los historiadores Gabriel Salazar y Armando De Ramón; por los dirigentes poblacionales Hugo Flores y René Tapia; y por el arquitecto Alfredo Rodríguez, representante del grupo de instituciones que organizó el Concurso.

El primer premio se otorgó al Sr. Adrián Escalona, por su historia Comité Agregados de Nueva La Legua, hoy Población Germán Riesco. El segundo premio correspondió al Sr. Gustavo Paredes, por El sueño conquistado. Población Herminia de la Victoria. El tercer premio se otorgó al Sr. David Jesús Avello por la historia de la población Boca Sur, El junio de Lo Pequeño Alto. El cuarto premio fue para Villa Francia del Sr. Aramis Cortés. El quinto premio

para la Sra. Guillermina Farías, quien presentó Lucha, vida, muerte y esperanza. Historia de la Población La Victoria. Finalmente el jurado estableció una mención honrosa para el Sr. Bolívar Vásquez por Historia de mi población. Las Torres de Conchalí.

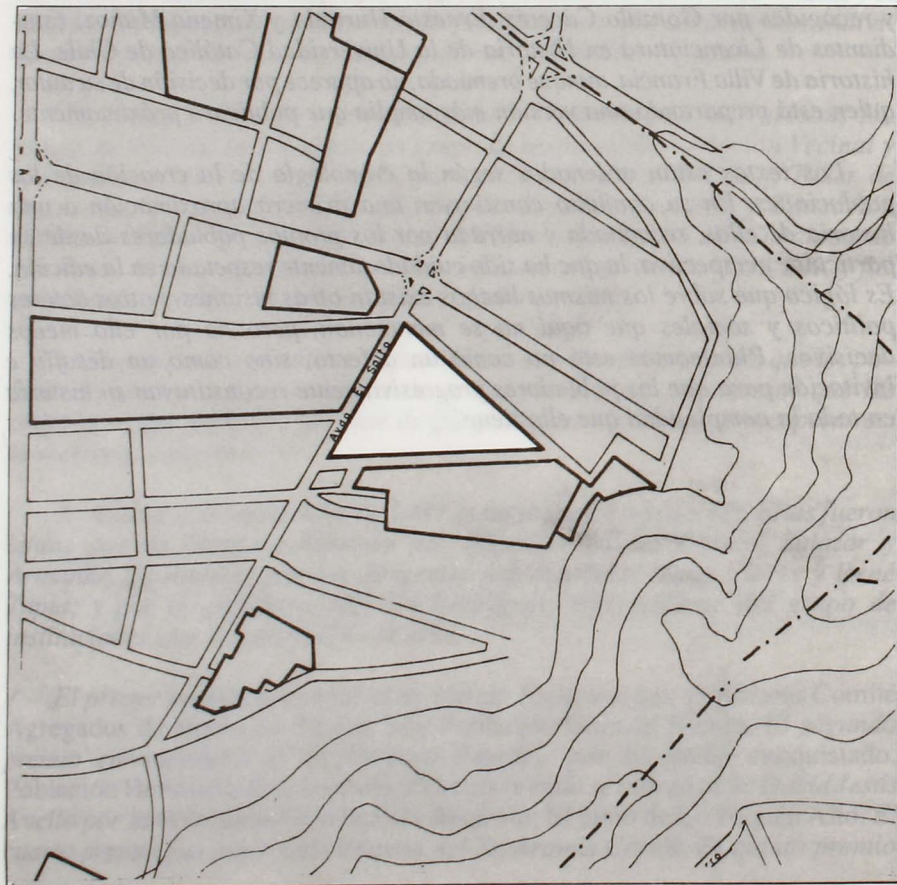
La selección y edición de los relatos que se incluyen en esta publicación fue hecha por Paulina Matta, Alfredo Rodríguez y Alex Rosenfeld. Las fotografías que acompañan a los textos fueron proporcionadas por los autores y recogidas por Gonzalo Cáceres, Ernesto Hurtado y Ximena Muñoz, estudiantes de Licenciatura en Historia de la Universidad Católica de Chile. La historia de Villa Francia, aunque premiada, no aparece por decisión de su autor, quien está preparando una versión más amplia que publicará próximamente.

Los textos están ordenados según la cronología de la creación de las poblaciones. En su conjunto constituyen una primera aproximación a una historia de ellas, recopilada y narrada por los propios pobladores desde su particular perspectiva, la que ha sido cuidadosamente respetada en la edición. Es lógico que sobre los mismos hechos existan otras visiones y otros actores políticos y sociales que aquí no se mencionan, pero no por ello menos decisivos. Planteamos esto no como un defecto, sino como un desafío e invitación para que los pobladores progresivamente reconstituyan su historia en toda la complejidad que ella tiene.

Historia de mi Población

LAS TORRES DE CONCHALI

BOLIVAR VASQUEZ S.



Era en la infancia, año 1947. Evoco turbulentamente lugares, personas, situaciones. Con obstinación acude a mi mente la imagen de la Plaza de Armas de Santiago y el antiguo Portal Fernández Concha.

En aquel vetusto edificio funcionaba en aquella época la popular *Radio del Pacífico*, a la que acudía tanta gente a disfrutar de sus tradicionales programas en vivo, repletando su pequeño auditorium.

Cada domingo en la mañana se repetía la misma grata sensación. Plácidamente emergía de mi sueño, atraído por una cálida voz femenina y las nostálgicas notas de un tango. Hasta nuestro viejo receptor RCA Víctor, cuya caja de madera lucía un hermoso color caoba, llegaba el susurro acariciante de Mabel Fernández, emocionándonos con su reminiscente: *Una voz, una melodía y un recuerdo*.

Pocos años antes mis padres habían decidido emigrar desde los castigados parajes ñublenses, con sus cinco chiquillos a cuestas, en procura de alcanzar mejores horizontes en la capital. La descomunal fuerza del sismo del año 39, nos había dejado sin hogar.

En Santiago, sectores que hoy se encuentran densamente poblados, recibían la visita de numerosos núcleos familiares, sobre todo en las estaciones más benignas, para disfrutar de gratos paseos a pleno campo. Uno de aquellos retiros, situado en la hoy populosa comuna de Conchalí, era la chacra Monserrat, que pertenecía a la familia Silva Prado.

En nuestro suelo, así como en todos los países que sufrieron las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, los sectores asalariados le hacían frente a la vida en condiciones muy difíciles. Las esperanzas que grandes multitudes

habían cifrado en los gobernantes, se desvanecieron rápidamente.

Desde el momento en que las condiciones de la economía comenzaron a afectar también a los propietarios agrícolas, un gran número de ellos consideró más rentable el lotear parte de sus predios, evitando de esa forma asumir riesgos futuros.

No era empresa fácil conseguir un techo, considerando los salarios exigüos de la mayoría de los trabajadores.

En esas condiciones, un numeroso grupo de jefes de hogar, que posteriormente se organizó como una cooperativa de construcción, fue atraído mediante avisos en la prensa o por referencias, para adquirir manzanas situadas entre la avenida El Salto por el poniente, la calle Lircay por el sur, la calle Reina de Chile por el norte y los faldeos del cerro San Cristóbal por el oriente.

Como es de suponer, los comienzos fueron duros y sacrificados, si tomamos en cuenta que en aquel período no existía una ley que estableciera que los terrenos debían entregarse urbanizados.

Poco tiempo transcurrió antes de que se hicieran presentes los rítmicos sonidos de serruchos, martillos y toda la gama de herramientas que en manos de aquellos hombres transformaban el paisaje, dando forma a las rudimentarias viviendas.

Una vez iniciadas las febriles labores de construcción, la mística se acrecentó y la solidaridad se hizo presente con frecuencia.

Pronto fueron detectadas personas ocupadas en los más diversos oficios que denotaron tempranamente sus condiciones de líderes, y que asumieron con gran responsabilidad funciones directivas de acuerdo a sus intereses y capacidades.

Cada manzana elegía un delegado, los cuales constituían un Consejo Contralor; al mismo tiempo, otros se postulaban para ocupar los cargos directivos superiores que se elegían por sufragio universal libre y secreto.

Desde ese entonces, las voces de don José Arcos Pozo, de don Héctor Vásquez Chávez, de don Esmeraldo Astudillo, de don Oscar Torres, así como la de don Pedro Rodríguez o de don Juan Saavedra, y en otras ocasiones la de don Oscar Avendaño y tantos otros que les sucedieron, resonaron claras y firmes, cada cual desplegando sorprendentes cualidades retóricas en las asambleas que a menudo se convocaban.

El tipo de organización adoptado por estos pioneros alcanzó a ser una experiencia inédita, sobre todo si tenemos presente que el nivel de escolaridad generalizado no sobrepasaba el segundo ciclo de la educación básica.

La tenacidad y el anhelo de ver realizadas sus aspiraciones, los movilizó en procura de una sede social. Había que construirla. ¿De qué manera, con qué recursos lograrían concretar semejante empresa? ¿Quiénes ofrecerían su fuerza y habilidad? ¿Quién proyectaría y dirigiría las obras? ¡Qué gran desafío!

No resultó fácil; pero la habilidad y experiencia que un numeroso grupo demostró tener en semejantes labores, los decidió a iniciar la edificación. Al cabo de algunos meses, la población pudo contemplar con manifiesta alegría y orgullo aquel inmueble tanto tiempo deseado, al que desde ese día se llamó simplemente “el local”.

La visión de nuestros mayores no se detuvo ahí. No acostumbraban dormirse en los laureles. Faltaba mucho por hacer.

Es notorio que la mayoría de los historiadores no ha prestado atención a tantas epopeyas protagonizadas por el proletariado chileno. Sin duda se encontrarían notables episodios en que anónimas y humildes familias cimentaron, bajo la angustia invernal o exponiendo sus cansados cuerpos al agobiante estío, el porvenir de jóvenes que alimentaron sus esperanzas al calor del brasero o bajo la acogedora y vivificante sombra de los parrones. Esos compatriotas aprendieron con rigor que el destino de los hombres se forja en la lucha cotidiana, y de ello dieron elocuentes testimonios en cada etapa superada, en cada desafío que la adversidad les imponía.

Al olvidarlos, las actuales y futuras generaciones han perdido una rica y

ejemplar fuente de motivación para enfrentar exitosamente los obstáculos que el acontecer diario les presenta.

En la mente de los más emprendedores de nuestra población cruzó la idea de fundar en el mismo recinto en que se había levantado el local, una escuela básica que viniera a satisfacer las necesidades de quienes nos iniciábamos en el largo camino de la educación. Ello se convirtió en una realidad, luego que la incipiente cooperativa obtuviese su personería jurídica.

Por aquella época, dicha empresa era considerada una audacia mayor; mas, pese a esto, con los esmirriados fondos atesorados mensualmente por concepto de cuotas obligatorias, se lograba reunir con dificultad la cantidad de dinero, traducida en modestos sueldos para los maestros que abnegadamente ofrecían su contribución para esta iniciativa.

Con el transcurso de los años, en procura de elevar cada vez más el nivel de la educación impartida, en asamblea general se determinó arrendar el local a personas probadamente eficientes en el campo de la enseñanza, lo que llevó a que nuestra escuela se convirtiera en un prestigioso establecimiento educacional. En su frontis luce una placa de bronce donde se puede leer "Escuela Básica Particular Nº 581, Francisco Bilbao". Su nombre simboliza la actitud progresista de sus fundadores, toda vez que Bilbao encarnó los ideales más preclaros para transformar a nuestra patria en una tierra de hombres libres y de pensamiento elevado.

Pero no sólo dicha escolita tuvo su bautismo. Con bastante anticipación lo había recibido la totalidad de las calles, la plaza pública convertida, como es natural, en escenario de encuentros y de romances juveniles y, por supuesto, la población misma. Algunas calles conservaron sus nombres, porque se transformaron en la prolongación de aquellas que se extienden desde la avenida Recoleta; ellas son Lircay, Robles y Víctor Cucuini. Las nuevas se designaron con nombres más significativos: Plaza, Progreso, Jardín. Con algunas se rindió

tributo a personas que se hicieron acreedores de aprecio: Antonia Silva Prado (antigua propietaria del predio) y Julio Cordero Bustamante (periodista que prestó su valiosa ayuda a la fundación, y cuyo deceso se produjo durante el transcurso de ella).

Fuerza es reconocer que la originalidad se fue de paseo al momento de nominar al villorrio. Cruzando de sur a norte se alzan las gigantescas torres de alta tensión. ¡Qué candidez! Nació de esa manera, para el conocimiento de todos, la población Las Torres de Conchalí.

Muchos de los que todavía eramos unos mocosos, admiradores de Sandokan o de Quintín, el Aventurero, o quienes eramos atraídos por la fantasía que nos regalaba la revista *El Peneca*, vivíamos audaces y arriesgadas aventuras junto o encaramados en esas torres. En ocasiones, saturados de trompos, de emboques o bolitas, dirigíamos nuestros pasos hacia algo más excitante y heroico, lo que se nos antojaba un mundo nuevo fecundo de emociones. El desafío consistía en sobrepasar el dibujo de la calavera, que como elocuente advertencia permanecía adherida en uno de los fierros transversales de las inmensas moles de hierro.

En nuestros días, quienes llegan a ocupar confortables y uniformes casitas de las villas periféricas, seguramente no podrán concebir los esfuerzos desplegados, o serán incapaces de imaginar el denuedo de aquellas personas por procurarse los servicios básicos para vivir con cierta dignidad: el agua potable, el alcantarillado y la electricidad. Cada uno de ellos se consiguió tras pacientes tramitaciones, antesalas y postergaciones que demandaron toda suerte de privaciones y desvelos.

Efectivamente, pese a los escuálidos salarios, se hicieron esfuerzos incesantes para economizar los pesos y centavos imprescindibles para el logro de tales objetivos.

Ninguno de los afanes por conseguir la instalación de la red de agua potable y alcantarillado había tenido éxito. Pero una vez más supieron responder y salir airoso ante las dificultades de la manera más práctica y eficaz, contratando los servicios de uno de los vecinos que, por modesto salario, cumpliera la función

de “cubero”. La imagen de “Don Segua” se hizo familiar para todo el vecindario, encaramado en el carretón algibe, distribuyendo en cada manzana y domicilio su valiosa carga. Este y otros que lo reemplazaron se convirtieron en personajes muy queridos, porque cumplían su cometido con alegría, brindando amistad y simpatía, sobre todo a los más pequeños. Resulta imborrable la figura de “Samilla”, que en ocasiones, ligeramente achispado, cantaba:

Que viva y que viva,
que viva y que va,
que viva Oscar Samilla
de la manzana “K”.

En invierno, llevando su reumatismo a cuestras, Samilla anunciaba su inconfundible presencia, a la distancia, protegido bajo una gruesa manta de castilla. Todos los días lo veíamos pasar por las polvorientas calles, con su famélico caballo cargado de la enorme cuba que, una vez vaciada, regresaba una y otra vez a abastecerse.

Nos causaba una profunda congoja observar la mirada suplicante del jamelgo cuando no podía, pese a los huascazos que recibía y a los tirones de los compadecidos espectadores, sacar las ruedas de las zanjas que se formaban en el reblandecido suelo que hasta escaso tiempo atrás había sido terreno de cultivo.

Cada poblador solucionó de la mejor manera que pudo el grave problema de la eliminación de las aguas servidas y excretas. La mayoría de los sitios tienen dimensiones que superan los 250 metros cuadrados; espacio suficiente para cavar profundos pozos resumideros —algunos de los cuales alcanzaban los ocho metros—, que luego eran llenados con bolones de piedra. En otro sector se construía un pozo séptico con cámara de concreto, con un tubo hacia el exterior para la eliminación de gases. Era imprescindible solicitar con regularidad el camión recolector para vaciar dichas cámaras.

No sólo la carencia o escasez de agua para el consumo humano significaba una perturbación que acarrearía consecuencias lamentables para los moradores.

No estaban ausentes las contrariedades que debíamos soportar para distribuir con equidad las aguas de regadío provenientes del canal El Carmen, el cual, como una triste paradoja, nos daba una vida que luego cobró arrastrando hacia la muerte, tanto ayer como hoy, a tantas infortunadas criaturas.

Para la distribución del agua se designaban comisiones que tenían a su cargo la repartición, de acuerdo a días y horas establecidos de común acuerdo, de tal forma que a nadie le faltase este indispensable elemento, tan necesario para regar calles, jardines y huertos.

Con frecuencia era posible divisar un grupo de hombres que, pala al hombro, enfilaban hacia el cerro para remover los tacos de piedra y barro que cortaban el curso del agua que surtía las regueras, infaltables en cada una de las calles de la naciente población.

Inevitablemente, con estos trajines se produjo en más de una ocasión la pérdida de la armonía, violentos entredichos e incluso riñas que resentían las relaciones, aunque con el tiempo, en la mayoría de los casos, volvían a consolidarse.

En la época estival era fundamental disponer del agua de riego, porque cuando el sol abrasaba las piedras y el polvo y las calles parecían a punto de calcinarse, mujeres y niños las rociaban para así refrescarlas un poco. Era una labor obligada porque, de no hacerlo, se condenaba a vivir bajo una capa de polvo levantado por el juego de los niños y por los vehículos que transitaban. Producía una sensación reconfortante aspirar el aroma de la tierra húmeda, entremezclado con el perfume de rosas y clavelinas, y escuchar a lo lejos los cánticos del Mes de María o del grupo protestante que predicaba en alguna esquina.

Sólo con organización y unidad se logró, con el transcurso de los años, dotar a esta comunidad de agua potable y alcantarillado. De la misma manera, se construyeron en una acción colectiva las veredas que, al cabo de aproximadamente una década, fueron removidas para dar paso a las actuales, financiadas con fondos municipales.

Ver las calles pavimentadas se había convertido en una obsesión para todos nosotros, y esto se hizo realidad tras agotadores trámites ante la alcaldía. Pero al igual que todas las obras emprendidas, justificó con creces las tensiones toleradas, sobre todo si comparamos la calidad del trabajo con el “pavimento” de las actuales villas, que necesariamente debe ser reparado después de cada temporal.

Y como no sólo de agua vive el hombre, con el mismo tesón que ponían en todo, acometieron la tarea de suministrar de alumbrado eléctrico a calles y casas. Todo se fue realizando de acuerdo a los recursos de que se disponía; es decir, la postación se llevó a cabo parcialmente, etapa por etapa, ya que el costo de estas instalaciones era muy elevado.

Algo tenían en común aquellas modestas viviendas, pese a tener cada una sus propias características. En cada antejardín había un prominente poste de madera, al cual se hallaba adosado un medidor y un elemental tendido eléctrico.

El término de estos emplazamientos produjo enorme alegría, porque muchos vieron batirse en retirada las viejas lámparas a gas de carburo que, junto con las velas, eran los medios más comunes de iluminación.

El olor fétido de este gas, la pobre y atribulada luz de las velas y el peligro de su uso permanente, produjeron en aquellas personas un rechazo perdurable a las noches, sobre todo a aquellas de los meses de invierno, en que el viento y la lluvia se colaban entre las rendijas de las tablas brutas, dejando la casa en tinieblas y el alma sin luz.

En una ocasión, cuando la estación invernal iniciaba su partida, se puso en práctica uno de los planes colectivos más fructíferos.

Todo bullía en el ambiente. La gente traqueteaba de un lugar a otro. Se organizaron grupos diversos por manzanas. Todo funcionaba como se había previsto. Los chiquillos dábamos las mayores muestras de entusiasmo. A veces, a raíz de nuestras pequeñas envidias, luchábamos por destacarnos en tareas nimias.

Lo importante, en definitiva, era que los carretones cargados con decenas de retoños de acacias, proporcionados por la municipalidad, estaban ahí, esperando ser descargados.

Con la premura propia de la agitación imperante, pronto los rebrotes fueron distribuidos y plantados en los veredones. Los arbolitos iban de mano en mano; mientras algunos cavaban, otros los sostenían erguidos, aportando cada cual su cuota de ternura y solemnidad.

¿Quién puede vivir sólo para trabajar?

¿No es mejor trabajar para vivir?

Bueno, al menos así lo estimaban casi unánimemente. Veamos entonces cómo utilizaban el tiempo libre.

Obligación es reconocer que el fútbol ha sido la pasión deportiva mayoritaria en toda época y lugar de nuestro país. Así, en reunión que tenía como invitado principal al optimismo, un día 5 de agosto de 1953 vio la luz, sostenido por la ilusión y el fervor de adolescentes, adultos y niños, el club deportivo Independiente Las Torres, que ineludiblemente habría de convertirse en protagonista importante en las competencias de la liga del sector.

Cerca de diez calendarios vieron desprender sus hojas antes de que el básquetbol aglutinara a los apasionados por este deporte, dando origen a un club con equipos femeninos y masculinos. De laya similar a la institución anterior, llegó a poseer su propia sede, además de una cancha adecuadamente dotada. Este club deplorablemente desapareció para siempre junto a timbres, planillas e implementos, porque ocupaba terrenos de propiedad municipal.

En ambos clubes participaba, como es de suponer, un grupo reducido de personas. Eso sí, las justas deportivas eran las invitadas principales en cada una de las celebraciones de aniversarios y, obviamente, para las Fiestas Patrias. Todo el mundo se movilizaba, exaltado con la idea de competir en algunas de las disciplinas tradicionales: atletismo en variadas especialidades; juegos criollos, tales como la carrera de ensacados o carrera de tres pies por parejas; en fin, según

la originalidad de los organizadores.

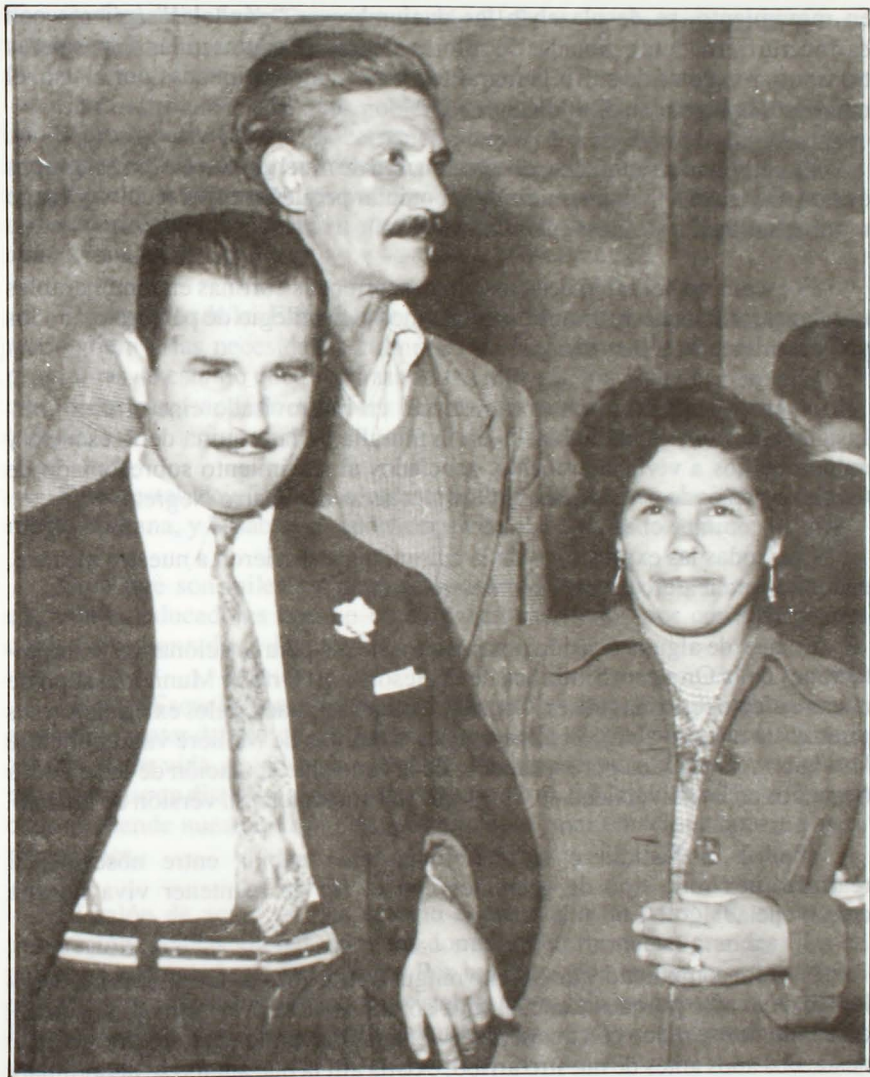
En tales ocasiones, se apoderaba de nuestro ánimo una agitación contagiosa y nos sumábamos a los eventos programados. Uno de ellos, que fue extinguiéndose con el tiempo, era la elección de reina de la primavera, junto con el tradicional desfile de carros alegóricos. Hermosas muchachas, hoy convertidas en abuelas, soñaban con lucir la corona y recibir el halago de sus súbditos.

Los jóvenes de hoy, absorbidos por una cultura ajena y alienante, se preguntarán: ¿Cómo lo hacían para superar el aburrimiento, si la TV no había hecho su aparición?

En verdad los testimonios están a la vista, y no olvidemos que las familias de ese período eran más numerosas. Ciertamente, en escasas oportunidades el tedio se asomaba al quehacer de este círculo. Todos los pasatiempos eran fruto de la improvisación y del ingenio. Ante las escasas posibilidades de visitar otros sitios en que fuera preciso incurrir en gastos, los cerros adyacentes se convirtieron en paseo habitual y único. Particularmente, en los días en que celebrábamos nuestra Independencia nacional o en los fines de semana en que era propicio, familias completas excursionaban a la gruta de la Virgen del Carmen, sita en los faldeos del cerro y al final de la calle Reina de Chile, o a la catarata que otorgaba una imagen aun más atemorizante al funesto canal. También, en busca de ambientes más serenos, ascendíamos hasta el antiguo torreón, cerca del cual se encuentra actualmente la piscina Tupahue.

En estas ocasiones, inquietamente esperadas, gallinas, patos y conejos criados por algunas dueñas de casa pasaban a mejor vida.

Desde lo alto se veían las calles, tan bien trazadas; por ahí, algunas banderas que ondeaban anunciando los tijerales tanto tiempo aguardados; allá la escuela majestuosa, ocupando una manzana completa; a la izquierda, las dependencias, jardines, árboles y calles interiores del otrora tan apreciado Regimiento Buin. (A sus puertas se aglutinaba la gente de las inmediaciones para presenciar el regreso en paso de parada de los “pelaos” que se habían lucido en la elipse del Parque Cousiño). El viento, a su vez, transmitía el sonido multiplicado de los disparos que provenían del polígono de tiro. Allá lejos, como puntos diminutos



en movimiento, se desplazaban las quejumbrosas “góndolas” (micros con carrocería de madera), pintadas de colores alegres. ¡Cuántos miles de pasajeros transportaron antes de sufrir la ingratitud y el olvido, arruinadas por el uso, el mal trato, la lluvia y el óxido!

La actividad cultural ocupaba la atención de muchos. Surgieron así grupos que organizaban a jóvenes y niños para montar pequeños espectáculos y luego representarlos.

El escenario del salón de actos vio descorrer sus cortinas en innumerables ocasiones. ¡Cuántas veces nos disputábamos el privilegio de personificar a los próceres de nuestra historia!

Nuestra pequeña plaza se transformó en improvisado cine al aire libre. Instalábamos una pantalla blanca en la muralla de la esquina de la escuela y empezábamos a vivir la emoción, asociados al sufrimiento sobreactuado de Gardel o cantando a voz en cuello las rancheras del charro Negrete.

Casi todas las expresiones de la cultura que estuvieron a nuestro alcance, encontraron un alero en ese sencillo recinto.

En más de alguna ocasión nos pusimos de pie para ovacionar las interpretaciones de la Orquesta Sinfónica de Profesores. El Orfeón Municipal supo de nuestro afecto repetidas veces. Consagrados artistas nacionales extendieron sus giras hasta nuestro alero. El alma satírica y mordaz de Molière vagó por entre las vigas y los pasillos por intermedio de la excelente actuación de los elencos formados en la Universidad de Chile, que nos mostraban su versión de *Tartufo*.

¿Podría el fastidio o la monotonía tener cabida entre nosotros, si realizábamos todo tipo de gestiones con el fin de mantener viva nuestra convivencia?

Nuestra comunidad, quizá como ninguna otra, goza de una ubicación privilegiada. No sólo porque se encuentra a corta distancia del centro de la ciudad, contando de ese modo con una serie de ventajas de variada índole, sino porque, desde dos años antes de nuestro arribo, existía allí la que antaño se denominara

Escuela Consolidada de Experimentación El Salto, hoy lastimosamente convertida en liceo municipalizado.

En nuestro país, sucesivos gobiernos radicales, inspirados en el lema de don Pedro Aguirre Cerda: “Gobernar es educar”, dieron paso a la construcción a lo largo de Chile de algunas escuelas de ese tipo. Estas habrían de convertirse en instituciones señeras, de gran eficiencia, que alimentaba la ilusión de muchos trabajadores que reconocían en ellas una confiable respuesta a las expectativas educacionales de sus hijos.

El propósito de las Escuelas Consolidadas era entregar una formación que respondiera a las necesidades culturales de la gente modesta, con planes y programas de estudio que prepararan a los niños en los aspectos humanístico-científicos, pero también en el área técnica, con proyección hacia el mundo del trabajo.

Estos establecimientos se caracterizaban por su inspiración profundamente humana, y basaban su quehacer en un claro y sólido sentido social.

Creo que son miles las personas que recibieron su luz a través de los ejemplares educadores que no escatimaban sacrificios por convertirnos en ciudadanos honrados y laboriosos.

Nuestra Escuela Consolidada se transformó, a través de un proceso natural, en el *alma mater* del sector. Quienes crecimos bajo su capa protectora, supimos amarla, darle vida, agradecidos de su acción bienhechora. Con seguridad son miles los que en distintos estadios del trabajo manual o intelectual, bajo nuestro cielo o allende nuestras fronteras, podrían confirmar emocionadamente estas reflexiones.

El salón de actos de este colegio contaba con un completo equipo de proyección, gracias al cual todos los domingos se formaban grandes filas de personas que asistían a la matinée. Por muchos años en ese lugar se suplió eficazmente a las salas de cine, inexistentes en muchas cuadras a la redonda. Posteriormente fueron inauguradas algunas, parte de las cuales perduran hasta nuestros días.

El tema obligado de los niños durante los recreos decía relación con el probable desenlace que tendría una de las tantas aventuras de *El Zorro*. El alivio tomaba posesión de nuestro ánimo al domingo siguiente, porque siempre el héroe, haciendo gala de arrojo y recurriendo a los más inverosímiles recursos, salía airoso de las situaciones peligrosas, provocando un estruendoso zapateo, aplausos y vivas proferidos por el heterogéneo público.

La cooperativa original cayó en un largo período de inactividad, porque se estimaba que los objetivos más importantes ya se habían alcanzado. Sin embargo, ante la posibilidad de que se le despojara de su personería jurídica, se optó por transformarla en una cooperativa de consumo, lo que se tradujo en la inauguración de un almacén de abarrotes con precios altamente ventajosos para los socios. Así la encontramos en la actualidad.

Era una realidad que los adultos no sólo se ocupaban en resolver problemas personales.

Las señoras sentían la necesidad de vincularse, de transformar la rutina diaria, de prodigarse apoyo mutuo, de confiarse pequeñas e íntimas vivencias, de compartir conocimientos útiles, remedios caseros, en fin, de abrirle cauce a la vida mientras *las nieves del tiempo platearan sus sienes*.

Nació, entonces, ese organismo tan caro para ellas: el Centro de Madres Población Las Torres. ¿Le suena ese nombre?

Irradiaban alegría estando juntas. Acortaban fructíferamente las horas. Trabajaban aprendiendo.

Algunas ingresaron demostrando una evidente inutilidad manual; sin embargo, al poco tiempo sus trabajos eran destacados en los lugares más visibles en sus dignas y humildes exposiciones.

Ahí estaban los bordados a punto cruz, los pañitos de mesa hechos a crochet, los manteles multicolores, las prendas de vestir infantiles, baberitos, pañuelos estampados, delantales, costureros, tejidos diversos, todo lo cual, ofrecido en venta por precios insignificantes, terminaba por ser adquirido por

ellas mismas; o sencillamente practicaban el intercambio comercial más antiguo: el trueque.

Nerviosa, preocupada por los detalles, con su porte imponente, doña Filomena Mora, primera presidenta del centro, se esmeraba para que todo marchara sobre rieles, dándose tiempo para atender a los invitados especiales, entre los cuales sobresalía por su cordialidad y el sincero afecto que sentía por ellas, don Alfonso Ortega Morales, a la sazón y durante muchos años Alcalde de la comuna.

A la vera de *Doña Filo*, atenta a las solicitudes, dando solución a pequeños pormenores, la secretaria casi vitalicia, doña Mislada Sandoval.

Como una verdadera ardilla, se hacía notar con su sonrisa bondadosa y la nube que le cubría el ojo izquierdo, doña Mariana Salinas, que se *volaba* escuchando zarzuelas, de una de las cuales (la *Rosa del Azafrán*), seleccionó el tema *Las Espigadoras*, que luego representaba todas las ocasiones en que se lo pedían, con un grupo de niñitas y con una coreografía creada “a su pinta”.

Este organismo, sin duda por el hecho de estar constituido por sencillas madres que no supieron de vanidades ni soberbias, se destacó por ser el que mayores logros obtuvo. Durante varios años consecutivos y gracias a su constancia, pudimos disfrutar en cada oportunidad durante un par de semanas, de una experiencia que a muchos nos resultaba una quimera: conocer el mar y ser cobijados en una colonia escolar perteneciente a la Municipalidad de Conchalí.

Conmueve un tanto traer a la mente esas escenas en que las señoras se prodigaban amorosamente para satisfacer las necesidades de alimentación, aseo y recreación de sus pequeños.

Por su parte, los varones, de acuerdo a las circunstancias de la vida nacional y de las condiciones laborales, hacían esfuerzos por cuidar la *pega*, asegurando el sustento familiar. Con desencanto comprobaron que las promesas y juramentos de los Presidentes comprometidos con los intereses de la oligarquía nacional y de los inversionistas extranjeros jamás se cumplirían.

Esta situación, mantenida durante tanto tiempo, golpeaba fuertemente a los trabajadores. Inevitablemente, siempre había jefes de hogar que trataban de ahogar sus frustraciones y sobrellevar sus prolongadas cesantías recurriendo al alcohol.

También hubo quienes, en negocios clandestinos, lucraron con la desesperanza, la desgracia y el abandono de sus hermanos de clase.

Aquellos que eran capaces de mantener erguida su dignidad, encontraban en los acalorados debates de las asambleas plenarias, el mejor escape a sus ímpetus contenidos durante interminables días.

Curiosamente las posiciones políticas de los pobladores eran muy disímiles. No eran una excepción en ese aspecto. Podríamos decir que se daban claramente los tres tercios que en el Chile democrático reflejaban los escrutinios en toda clase de elecciones para ocupar cargos públicos. Si se alcanzaron metas valiosas estando en desacuerdo en asuntos tan primordiales como lo es el destino social, económico y cultural de nuestra patria, en que cada sector analizaba la situación desde puntos de vista tan contradictorios, ¡cuántas más pudieron haberse alcanzado!

Memorables son las campañas políticas por la Presidencia de la República, en las que de ninguna manera estuvimos marginados.

En cada campaña electoral, fueran por la Primera Magistratura, parlamentarias o municipales, por doquier funcionaban bullentes secretarías encargadas de publicitar las cualidades e intenciones del o de los candidatos que ofrecían luchar por sacar a nuestro pueblo de la miseria.

Los jóvenes fueron los que acometieron los eventos eleccionarios con mayor pasión, convencidos cada uno de la justicia de su causa; y junto con disputarse las murallas de los sitios eriazos e incluso las de los frontis de las casas para, a brochazo limpio, escribir el apellido de su o sus candidatos, se enamoraban y soñaban con un porvenir más venturoso.

La unanimidad a veces resulta una lata. Era hermoso estar en desacuerdo

con un vecino, poder discutir acaloradamente con él, sulfurarse, maldecir, sacarse toda la bronca de una sola vez golpeando la mesa, sin que eso significara interponer una barrera insalvable que nos convirtiera en enemigos.

Hubo quien se adjudicó el mote de "*perro*" por la franqueza con que hacía sus planteamientos. Sacaba de sus casillas a quien le hiciera frente en el debate. No obstante, todos apreciaban al *Perro Astudillo*, porque les asistía el convencimiento de que era un hombre bien intencionado y un padre responsable.

La actividad política, el analizar el rol social que a cada uno correspondía desempeñar, el discutir el derecho a la participación, el elegir y ser elegido, el decidir qué tipo de educación deseábamos para nosotros y para nuestros hijos, el argumentar en torno a lo que debe ser nuestra identidad como chilenos, el opinar sobre qué sistema económico es el que mejor se adapta a nuestros recursos y necesidades, en suma, el ejercer nuestros derechos ciudadanos, no fueron nunca temas tabúes en nuestro medio.

La última contienda electoral por la Presidencia de la Nación, en que a la postre resultó elegido el Dr. Salvador Allende Gossens, movilizó a tirios y troyanos, unos más comprometidos que otros en demanda de la victoria.

Una vez conocidos los resultados finales, sin salir del asombro nos dirigimos hacia la ancha Alameda que esa noche se abrió para el pueblo democrático que apoyaba a los dos candidatos que encarnaban las aspiraciones redentoras de los siempre postergados. Todo un símbolo unitario.

Las actuales condiciones de mi población difieren visiblemente de las de sus inicios.

Numerosos fundadores ya han desaparecido. Muchas veces marchamos con andar pausado tras el féretro y los estandartes, para dar el adiós postrero a quienes se nos adelantaron en demanda de la paz eterna. Otros, siguiendo a sus

hijos, emigraron hacia destinos desconocidos.

Los que se quedaron, aún caminan por las veredas con paso cansino, o sentados en los quicios de sus puertas regalando a sus nietos, hojean los diarios buscando la crónica roja o las noticias sensacionalistas que cierta prensa explota.

¿Qué fue de sus hijos?

¿Hacia dónde habrán sido precipitados por los avatares del destino?

¿Cuántos de ellos llegaron a feliz puerto en sus aspiraciones?

¿En qué lugar del mundo nuestros circunstanciales compañeros de juegos y pilatunadas habrán sentido que se les destroza el corazón al escuchar a sus pequeños expresarse en idiomas ajenos?

Quisiera saber que Juan Brito regresó definitivamente de Connecticut.

No me agradaría estar en la situación de Pedro Núñez, viviendo el destierro en Dinamarca.

Pese a lo acogedora que pueda ser la tierra italiana, creo que el “Cucho” Olavarría deseará estar entre los suyos.

En un recorrido por aquellas inolvidables calles y rincones, me enfrento con rostros desconocidos, con miradas inexpressivas, quizá preocupadas o temerosas, que me ignoran. Posiblemente hayan nacido ahí e incluso sean coetáneos míos, y la vida nos transformó hasta hacernos irreconocibles.

Me acerco a la esquina de Antonia Silva Prado con Julio Cordero, e irrefrenablemente mi vista busca el letrero del *Doctor del Calzado* que don Arturo

Valenzuela colgó en el lugar más visible y que permaneció ahí hasta mucho después de su partida al otro mundo.

Sorprendía aquel zapatero remendón con su elegante aspecto del día domingo, alardeando de terno oscuro con chaleco y reloj de bolsillo con cadena de plata, presumiendo cuando mostraba un diente de oro al sonreír.

Unos metros más allá, por la misma vereda, diviso un pizarrón con las ofertas del día que *La Porota* (doña Eliana Fuentes) ha instalado frente a su negocio.

No me equivocaba cuando creía reconocer a quien fuera fundador del club de básquetbol, don Pedro Silva, con su andar balanceado y algunos siglos sobre sus hombros. Con él y sus hijos viví emocionantes jornadas deportivas, siendo ellos sólidos pilares del equipo.

Supe que la *Naty* se había pasado a las filas de los Testigos de Jehová y que al *Rulo* lo habían conquistado los mormones. ¿Habrá algún lugar de este país donde no hayan arribado estos jovencitos rubios de camisa blanca y corbata, erigiendo sus uniformes y dispendiosas iglesias?

Enfilando por Reina de Chile, me di cuenta de que no era necesario saltar la acequia que antaño descendiera nauseabunda, llevando toda suerte de basuras, perros y ratas muertos, perdiéndose subterráneamente al orillar la tapia de la escuela, para cruzar la puerta de la casa de los Aspée. El pavimento ocupó su lugar.

En dirección al cerro, media cuadra más allá, tomando el sol apoyado en su bastón, encanecido al extremo, el *Cojo* Ghirardelli, ceñudo patriarca que operaba la proyectora en el cine de la escuela, veía pasar los días.

Mis ojos buscan la gruta del cerro, pero a la distancia se hace casi imperceptible. Lo que sí avisa su presencia es un gigantesco casco prusiano formado con piedras de color amarillo y rojo: alegoría de días aciagos.

Cambia, todo cambia...

Doblé por calle Plaza. Sentía curiosidad por indagar si el *Burro* Salinas todavía conservaba su boliche de tragos. Ni luces de él. En su lugar se encuentra el bazar y paquetería *Malva*.

Sin darme cuenta, ya estaba al centro de la plaza. Paseando por sus veredas o sentados en sus bancos, los jóvenes soñábamos con una tierra de promisión y una patria para todos. Hacía pocos días que los obreros del PEM habían acicalado bancos y jardines, para que inexplicablemente las autoridades comunales la reinauguraran con bombos y platillos. Bastante curioso.

No llegué hasta el restorant *Manutara*, que estaba situado en la esquina de Jardín con Víctor Cucuini, porque me había enterado con anticipación de que había desaparecido. Preferí quedarme, melancólico, en torno a la plaza, esperando la salida de los cabros chicos de la escuela.

Cuando pude entrar, eché a vagar la mirada y noté la ausencia del proscenio, hoy adaptado como aula. Aspiré profundamente y creí percibir el aroma del ulpo caliente que nos revivificaba en los interminables inviernos.

En un momento me sentí como un intruso. Cerré los ojos y la voz indulgente del señor Abarzúa, exortándonos a entrar a clases, se filtró en mis oídos. Sentí también acercarse con sus pasitos cortos y suaves a la dulce señorita Chela.

¿Terminaremos sintiéndonos ajenos en todos los lugares que hemos amado?

¿No será que los *avances* y *modernizaciones* terminarán por desplazar el alma nacional, conduciéndola también al ostracismo?

Al encontrarme de nuevo en la calle, los débiles chispazos del sol aún hacían visible la fachada de la peluquería *Marín*, en la que periódicamente nos abastecíamos de noticias y sucesos locales, aparte de debatir las contingencias políticas, coincidiendo a desgano, dada la premura del tiempo, con las opiniones y juicios no siempre afortunados de quien, blandiendo las tijeras, hacía esfuerzos por contemporizar con cada cliente, no importando para nada su afiliación ideológica.

Seguí en dirección al poniente, caminé una cuadra y giré a la izquierda, acercándome sin ser visto a la casa de don Juan Arenas, sastre cuyas hábiles manos confeccionaron mis primeros pantalones largos.

Me devuelvo hacia el norte y antes de llegar a la calle Corrientes, distingo a don Juan Vicuña encaramado en su flamante camión Chevrolet, dispuesto a repartir su carga de alimentos en algunos colegios del sector, prestando servicios a la Junta de Auxilio Escolar y Becas. (Un enorme séquito de acongojados familiares y amigos condujo sus restos, hace poco tiempo atrás, hasta el Cementerio General).

Los chilenos conocemos poco o nada del origen y desarrollo de nuestras poblaciones. Contemplamos impotentes cómo la cultura extranjerizante que se nos impone, nos impide sumergirnos en nuestra propia historia. La clase dominante, que ha tenido bajo su control el sistema educacional, se ha esmerado en ocultar a los estudiantes y al pueblo en general, episodios que enaltecen la acción, la inteligencia y el patriotismo del poblador chileno. Bastaría con hacer una encuesta para comprobar que un bajísimo porcentaje de ciudadanos de distintos estratos socio-económicos, tiene algún tipo de información relativa a la fundación de poblaciones populares. En la mayoría de los casos ni siquiera se conoce la ubicación que cada una tiene en el plano de la metrópoli.

La prensa, interesada en ocultar la dramática necesidad de viviendas, resta importancia a hechos de esta naturaleza e incluso difaman a las personas que intentan desesperadamente establecerse en un lugar para construir sus hogares definitivos.

¿Cuántos que no hayan vivido una experiencia similar, sabrán comprender y justipreciar los desvelos y la abnegación de tantos hombres y mujeres humildes?

Se necesita saber lo que es dar dura batalla a la adversidad, a los rigores de un invierno inclemente, sin más tibieza que aquélla que emana de la solidaridad, para aquilatar la capacidad de amar, el valor y la reciedumbre de nuestro pueblo.

Sería altamente provechoso que todos quienes han crecido rodeados de co-

modidades, de abundancia, de ambientes gratos, hicieran esfuerzos por considerar a los sencillos pobladores como seres que Dios diseminó en nuestro suelo para disfrutar la vida, y que éstos fueran recompensados debidamente por su contribución al desarrollo del país.

Bien decía nuestro buen amigo Pablo que a los pobres después de haber caído al harapo, a la mina desdichada, le han poblado con brujas el camino.

Salgo a la avenida El Salto, dejando atrás un mundo entrañable.

Por un segundo me remonto al pasado y me sorprende encaramado en la pisadera del auto Ford A color beige con sus hermosas ruedas con rayos que nuestro vecino, su propietario, cuidadaba como una joya y que sólo usaba los días festivos.

Escucho a través de mi ventana las voces poderosas de los vendedores ambulantes que ofrecían *las ricas paltas, los sabrosos melones calameños*; con un canasto en cada brazo: *quería los tomates*; con un carretón repleto: *calaitas las sandías*; cuando no, al heladero que haciendo sonar la campanilla estimulaba a los chiquillos a comprar el *raspadillo* (hielo picado finamente), que endulzaba con un extraño brebaje aromatizado y que consumíamos codiciosamente, sin preocuparnos en lo más mínimo de las posibles infecciones, diarreas y cólicos de los que con frecuencia eramos víctimas.

Cuando caían las noches invernales, salíamos ateridos de frío a la calle y en medio de la neblina veíamos surgir la figura escuálida del hombrecito que entonaba su lastimero canto:

Motemei, pilao el mote
calentito.

También vivíamos anticipadamente, sufriendo la humedad y la lluvia, la algarabía de los circos, cual de todos más pobre, que ocupaban los sitios eriazos, con cuyos personajes compartíamos, hacíamos amistad y luego de una breve temporada nos decíamos adiós con los ojos brillantes por la emoción.

¿Qué infancia más plagada de riqueza espiritual pudiéramos haber deseado, si la nuestra fue tan prolífica en ilusiones?

Mientras espero locomoción, percibo a la distancia el agudo sonido del timbre de la escuela, que fue tan trascendente en mi vida, para luego escuchar por algunos instantes el vocerío estridente de los rapazuelos, irrumpiendo en los patios.

A la distancia, los cerros semidesérticos de Conchalí me dicen adiós y en la cumbre del San Cristóbal, la gigantesca imagen de la Virgen sigue cuidando a sus hijos.

Bien, creo que ya conocen parte importante de esta pequeña gesta.

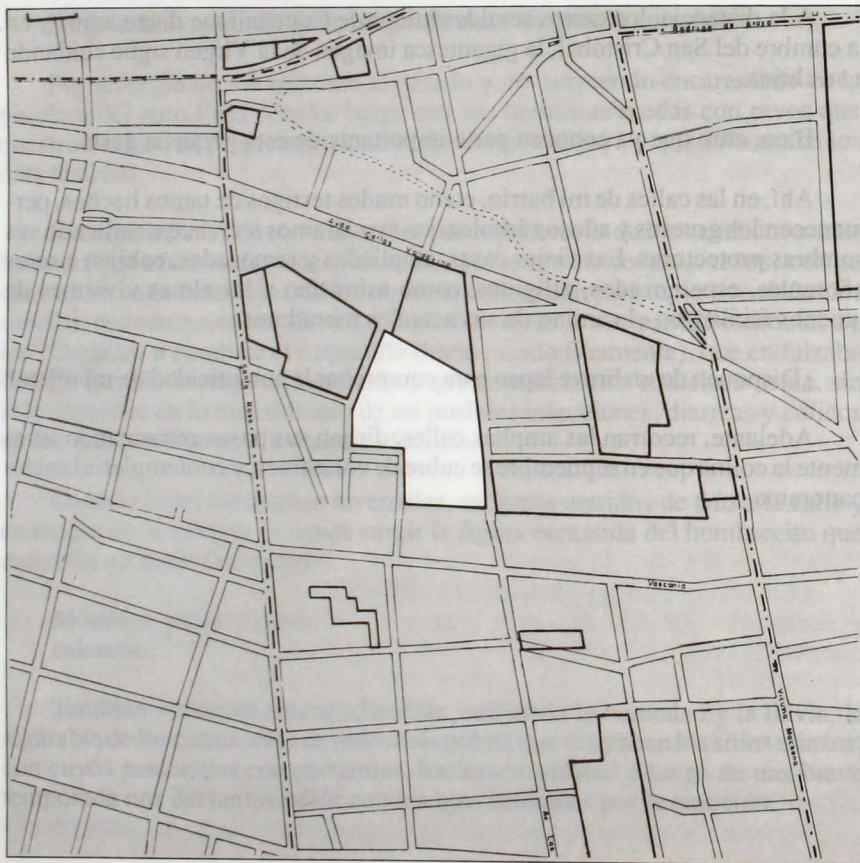
Ahí, en las calles de mi barrio, como mudos testigos de tantos hechos, permanecen los gruesos y añosos árboles que ayudáramos a vivir, extendiendo sus sombras protectoras. Las viejas casas, ampliadas y remozadas, cobijan a seres añorantes, esperanzados, afligidos, como asimismo a las almas vivientes de quienes facilitaron el camino de sus actuales moradores.

¿Disponen de un breve lapso para comprobar la autenticidad de mi relato?

Adelante, recorran las amplias calles, dirijan sus pasos remontando levemente la colina que en septiembre se cubre de volantines, y contemplen el ancho panorama.

HOY "POBLACION GERMAN RIESCO"

ADRIAN ESCALONA P.



Esta historia se remonta al año 1947, cuando alrededor de 400 jefes de hogar éramos agregados¹ de los pobladores de Nueva La Legua. Domingo a domingo nos reuníamos en el local social de esa población. Nuestras peticiones eran dirigidas a la Corporación de la Vivienda, ubicada en Arturo Prat 48; su director en ese tiempo era el Sr. Hernán Lavanderos. Nuestra solicitud era un sitio para levantar nuestras casas.

Así transcurrieron varios años, dialogando, conversando con las autoridades semana a semana, mes a mes, sin lograr avanzar mucho en la solución de nuestros problemas. Teníamos el apoyo de la Junta Vecinal de Nueva La Legua; también nos daban una mano algunos diputados y regidores de la Municipalidad de San Miguel, y además todas las agrupaciones poblacionales existentes en el sector y varios sindicatos. La esperanza más cercana que tuvimos fue unos terrenos que deslindaban con La Legua y que llegaban al Paradero 5 de Vicuña Mackenna. Hoy esa parte se llama población El Pinar.

Nos creamos muchas ilusiones con esta perspectiva, pero todo quedó en puros trámites. Así, llegamos al año 1951 con nuestros problemas a cuestras. Algunos pobladores se aburrieron de tanto trámite y abandonaron la lucha por obtener el preciado pedazo de tierra, pero luego llegaban otros con nuevas esperanzas.

A fines de 1951, en unos potreros vecinos a La Legua y que llegaban a San Joaquín por el lado norte, se construyó la población Aníbal Pinto; eran casas mínimas ampliables. Se hicieron los trámites para que nos cedieran algún sector en ella, pero no lo logramos. Esta población Aníbal Pinto se terminó de construir y quedó allí bastante tiempo sin que fuera entregada a nadie; solamente era vigilada por algunos rondines.

1 Agregados = allegados

Sucedió que un día hubo divergencias entre un poblador y su agregado, y no le permitió la entrada a la casa; quedó así en la calle con su mujer y su hijo de un año. Por esa noche se alojó en casa de otro poblador. Al otro día, un sábado, nos juntamos varios agregados para buscar alguna solución al caso; lo único que encontramos fue que varios teníamos el mismo problema.

Era un verdadero callejón sin salida. En estas desesperadas circunstancias fue cuando un agregado dijo:

—¿Y por qué no ocupamos las casas que están sin habitar de la población Aníbal Pinto, ya que llevan tanto tiempo sin ser ocupadas?

Había que pensarlo muy bien, porque en ese entonces gobernaba el país el general Carlos Ibáñez del Campo. Pero nuestra desesperación era más grande que el temor que podíamos sentir, y tomamos la decisión. Ese día sábado partimos un grupo de agregados y nos instalamos en las casas de dicha población.

Alcanzamos a estar en ellas como cinco horas, hasta que llegó la fuerza pública y fuimos arrojados con nuestras mujeres, hijos, colchones y enseres nuevamente a Nueva La Legua. En este enfrentamiento con la fuerza pública no hubo ningún desmán, ni siquiera una piedra fue lanzada; solamente los correspondientes improperios que en estas ocasiones se gritan ambos grupos. Estos hechos deben constar en los libros policiales de aquellos tiempos.

Como a eso de las tres de la madrugada, quedamos tirados en la calle. Nos reunimos varios agregados que no teníamos a dónde ir y decidimos quedarnos ahí. Así nació el campamento de agregados de Nueva La Legua, que como a las siete de la mañana ocupaba tres cuadras de la calle Comandante Riesle.

Creamos una olla común en un club deportivo que quedaba en esa calle; en ella colaboraban los comerciantes de las ferias libres y todos los comerciantes del sector. El club deportivo Victoria de Chile nos cedió su secretaría e instalamos un policlínico de emergencia; también tuvimos el apoyo de algunos senadores y diputados y de la Iglesia Católica —el cura párroco de ese tiempo, en la San Cayetano, era el padre Manuel Ordenes—. Con la ayuda de todos ellos

levantamos refugios con pedazos de madera, fonola y carpas, o lo que encontráramos a mano, y nos acomodamos a vivir ahí en la calle.

Nos organizamos lo mejor que pudimos. Nombramos varias comisiones: Comisión de Aseo, la cual no permitía ninguna clase de desaseo y se preocupaba de mantener la higiene a toda costa para evitar una epidemia en los niños; la Comisión de Disciplina, que no permitía ninguna clase de bebidas alcohólicas ni ninguna clase de desmanes; la Comisión de Alimentos era la que se preocupaba de la olla común y todos sus derivados.

Así, todo bien dentro de las reglas de la convivencia comunitaria, nos propusimos seguir nuestra lucha por la conquista de un terreno donde vivir. Con las comisiones en sus funciones correspondientes, para nosotros ya era más fácil que se nos abrieran las puertas; las respuestas eran más concretas y nosotros nos manteníamos más unidos, porque vislumbrábamos una solución. A los dirigentes nos amenazaban con las penas del infierno en llamas, no sin antes tratar de hacernos algunas triquiñuelas y toda clase de trampas, pero eso no nos doblegaba. Cada día éramos más unidos.

Transcurrieron 28 días en que seguimos viviendo con nuestras mujeres e hijos en la calle; así fue como nos pilló un fuerte aguacero, porque estábamos próximos a entrar al mes de abril. La Iglesia socorría a los niños y a gente de avanzada edad, pero nosotros no abandonamos nuestro campamento.

Finalmente, llegó el día feliz en que nos ofrecieron una salida a nuestros problemas de vivienda; nos ofrecieron unos terrenos del lado oriente de la fábrica textil SUMAR, donde se instalaría la hasta ahora llamada población Germán Riesco.

Pero de nuevo surgieron los problemas, porque las autoridades de la Corporación de la Vivienda nos entregaban 420 sitios y nosotros éramos 660, todos debidamente encuestados por asistentes sociales. La población Germán Riesco tenía cupo para 654 sitios, pero había un sector que no estaba terminado. Le faltaba el trazado, estacado y alambrado. Según las autoridades, se necesitaban sesenta días para terminarlo.

Esto nos puso en una terrible disyuntiva: cómo determinar el mejor derecho a vivienda, sin sembrar la discordia y la desunión entre los agregados. Llamamos a una asamblea general y la solución salió de un mismo poblador, que dijo que los que salieran nombrados con sitio se comprometieran a llevarse un agregado hasta que a éste le entregaran su sitio.

Esta solución fue aceptada por la asamblea, y así se hizo. Se empezó el traslado en la forma en que cada uno podía: en carreta de mano, carretela o camión, según las posibilidades económicas. Fue así como hubo que lamentar la primera víctima en un desgraciado accidente. Al estar descargando las cosas de una carretela en la manzana N° 3, con el ajetreo de la gente se espantaron los caballos y aplastaron a una niñita de tres años, hija de una pobladora que recién estaba instalándose, la señora Silvia Pauler. Murió casi al instante. Era un cuadro desgarrador ver a esa madre con su hija pegada al pecho llena de sangre, como queriendo darle vida.

El control del traslado por parte de las autoridades era riguroso; por ejemplo, las parejas convivientes no eran aceptadas, aunque hubiera hijos. Hubo que discutir todas estas cosas caso a caso con las autoridades correspondientes. No en todo tuvimos suerte. Con el dolor de nuestro corazón, hubo familias que no tuvieron su anhelado sitio.

Una vez instalado el poblador y su correspondiente agregado, se empezaron los trámites para poner el alcantarillado y luz eléctrica (ya que solamente estaban las calles alumbradas), y para que las autoridades cumplieran el compromiso respecto de los sitios que nos faltaban.

A medida que pasaban los días, la espera se volvió una guerra de nervios para los agregados, ya que temían que la Municipalidad no les entregara sitios, como una manera de venganza por nuestro triunfo. También en una oportunidad tuvimos que defender nuestros sitios de otros pobladores ajenos a nuestro grupo.

Se cumplió el plazo de los sesenta días fijados para la entrega de sitios a los agregados, y ella no se hacía efectiva. Corrían rumores de que iban a traer pobladores de otros lados, hasta que esto estalló y los agregados de Germán Riesco hicieron una segunda toma, la de sus propios sitios.

Naturalmente que esta difícil situación le trajo problemas a la directiva. Fuimos llamados a la Intendencia para ser reprendidos y acusados de perturbar la seguridad del Estado, pero con nuestros verdaderos argumentos salimos bien parados.

En otra ocasión, una vez ya instalados, nos organizamos por manzana, tres delegados por cada una de ellas. Esto tenía que ver con el problema de las letrinas —mantenerlas, y en qué condiciones—; tenían que cuidarse los pilones de agua; y así, todos los problemas domésticos de las manzanas. Cuando el caso era más grande, se llamaba a un par de dirigentes de la directiva central, y éstos a la vez avisaban a los delegados para que llamaran a asamblea general.

Así transcurrió el tiempo. Nos pusimos de acuerdo con el alcalde, don Carlos Valdovinos. Plantamos árboles y se le puso nombre a las calles. Se hizo una pequeña plaza. Conseguimos que nos hicieran alcantarillados, y también una caseta de ladrillos para cada sitio. Como podíamos, tratábamos de arreglar nuestras ranchas e ir mejorando nuestra población.

Había un grupo de personas católicas que semana a semana visitaban nuestra población. Eran de una agrupación cristiana del barrio alto, en la que había varios seminaristas que hoy en día son sacerdotes; recuerdo que unos de los jefes era el Sr. Jorge Matte, hoy sacerdote. Por intermedio de ellos nos conseguimos un local social grande, de madera, que servía para que se reunieran los pobladores y también para hacer misa los días domingos. Hoy ese local es una parroquia y pertenece a la iglesia de la población El Pinar; es la iglesia del Espíritu Santo.

Nuestra lucha se encaminó también a la atención del problema de la salud, sobre todo de nuestros niños. Es así como nos encontramos con el doctor Arturo Baeza Goñi, pediatra de gran prestigio profesional. Nos propusimos limpiar un pedazo de terreno a la entrada de nuestra población, en la calle San Joaquín, que hoy en día se llama Carlos Valdovinos; allí, con la ayuda de toda la población, logramos levantar dos piezas grandes; se pintaron lo mejor que se pudo y se le agregaron algunos enseres médicos, los que se pudieron conseguir, y empezó a funcionar el policlínico, con la colaboración de algunos médicos de buena voluntad.



Esto tuvo tan buena acogida, que muy pronto se le agregaron otras piezas. Luego empezaron a llegar más enfermeras y voluntarios; también llegaron autoridades del Hospital Barros Luco. Así, todos juntos dimos la partida al nuevo centro de salud, con el Dr. Arturo Baeza al frente, y la administración del Servicio Nacional de la Salud. Hoy en día es un policlínico bien constituido; es el policlínico San Joaquín, que sirve a una vasta población de la comuna de San Miguel y que satisface varias necesidades de la salud, que tanta falta le hace a este país.

A todo esto habían pasado varios años en que los pobladores, siempre con mucho esfuerzo, trataban de hacer algún adelanto.

Un día cualquiera fuimos llamados todos los de la directiva central; se nos quería informar de un plan que traían unos señores norteamericanos, el cual se llamaba *Esfuerzo propio y ayuda mutua*. Era un plan de autoconstrucción de nuestras propias viviendas, y consistía en que nosotros, como pobladores, debíamos ser la obra de mano, levantar nuestras casas con material sólido, dejar las mejoras que teníamos —que eran de madera— y así vivir en una casa digna.

En este plan participaba la Universidad de Chile con sus organismos técnicos en construcción; la Corporación de la Vivienda, como asesor legal; la institución norteamericana colocaba todas las herramientas, desde el metro para hacer las mediciones hasta la betonera, camiones, carretillas, palas. En fin, la Corporación y el Instituto colocarían todos los materiales que se necesitaban para construir 654 casas.

En esto no hubo acuerdo inmediato; había que pensarlo bastante, primero a nivel directivo, y después darlo a conocer a todos los pobladores y recalcarlo mucho, en el sentido de responsabilidad, porque se trataba de un gran esfuerzo físico: habría que trabajar mucho todos los días, desde las siete de la tarde, hora en que los pobladores salían de sus respectivos trabajos, hasta las once de la noche.

Se realizaron varias reuniones de pobladores con la directiva y los delegados de manzana, y varias asambleas generales, hasta que nos pusimos de acuerdo todos. Era un esfuerzo grande, que significaba trabajar los días sábados

en la tarde y los domingos en la mañana durante casi un año, pero nuestras ansias de tener nuestra propia casa eran mucho más poderosas que los grandes sacrificios que tendríamos que realizar. Así, apechugamos y aceptamos el plan.

Se dio la partida, y como la población estaba compuesta por tres sectores, para hacerlo más democráticamente sorteamos quién empezaba primero, ya que había que hacer la construcción en tres tiempos: terminando un sector, se empezaría a construir el otro. Salió sorteado primero el segundo sector, y al final el sector número uno. Se hizo la colocación de la primera piedra con un gran bombo. Asistieron autoridades de gobierno, el alcalde, regidores, parlamentarios, los señores del instituto norteamericano *Esfuerzo propio y ayuda mutua*, y naturalmente se izó la bandera norteamericana junto a la chilena.

Se organizó el plan de trabajo. La Corporación puso al frente al Sr. Daniel Ramírez, arquitecto de una vasta experiencia y de muy buen trato; como asistente social general, a la Sra. Elvira Dinamarca, que fue un verdadero apoyo en los asuntos sociales de este plan; como constructores, los señores Enrique Guzmán, de nacionalidad colombiana, una excelente persona a quien los pobladores apreciaban y respetaban; y el señor Sergio Tabilo y don Francisco Leivovin, y varios instructores que eran los que tenían que enseñar a los pobladores cómo ejecutar el trabajo. Se instaló una bodega grande para los materiales y herramientas, se hicieron oficinas para el personal administrativo, y se dotaron con todo los elementos necesarios.

Por nuestra parte, la directiva general fue manzana por manzana organizando y buscando al poblador más entendido y con conocimientos de construcción de su manzana; a un bodeguero y a un encargado de controlar las horas de trabajo. Esto se hacía por intermedio de tarjetas. La manzana tenía sus respectivos controles de horas. Aquí todos trabajaban, fueran dirigentes o no, y les diré que para la directiva central no era nada de fácil, porque había que andar de manzana en manzana, viendo los problemas que se suscitaban, ya que por muy organizada que sea una comunidad, no faltan los aprovechadores.

Fue así como se determinó que al poblador que no cumplía con los reglamentos hechos para tal objeto y no justificaba su inasistencia al trabajo, se le detenía la construcción de su casa. Era una decisión lamentable, pero que era

necesaria y que dio muy buenos resultados, porque tuvimos que llegar a aplicarla en muy contadas ocasiones.

Los grupos encargados de la construcción empezaron a lograr las características de una muy buena empresa especializada en el ramo. Los pobladores, al ver que esto era una realidad tangible, tomaban acuerdos entre ellos, y los días sábados trabajaban de amanecida o toda la noche, sobre todo cuando tocaba concretar, ya sea cimientos, cadenas o radieres. Las betoneras hacían bulla toda la noche, y así, paso a paso, se fue avanzando hasta que se dio término al segundo sector, que en este caso fue el primero que empezó.

Enseguida se dio comienzo al tercer sector, y luego al otro, y al cabo de dos años y meses se les terminó la casa a todos en la población. Debo agregar que algunas terminaciones debía hacerlas el poblador por su propia cuenta; como ser, el cielo y el piso, porque la casa quedaba sólo con el radier hecho. Pero para nosotros eso no tenía importancia; con el tiempo haríamos todas esas terminaciones.

Las casas tienen 8 por 8 metros, o sea 64 metros cuadrados de construcción, y son todas de bloques de cemento de 20 por 40; tienen living, comedor, dos dormitorios, cocina y baño, y los sitios tienen 16 metros de fondo. Todo esto se canceló por intermedio de los dividendos CORVI.

En la actualidad, muchos de aquellos pobladores han muerto, pero quedan sus hijos al frente y como jefes de hogar; otros han vendido y se han marchado en busca de nuevos horizontes, y la aguerida historia de estos pobladores ha ido quedando en el olvido.

Las constancias y testimonios de esta historia están impresos en diarios y revistas de aquella época, porque lo realizado por un grupo de pobladores, que fue mantenerse por casi un mes viviendo en la calle, en un campamento levantado ahí mismo, fue muy difundido por las comunicaciones de la época, prensa y revistas, como también lo fue el plan de autoconstrucción.

Otro hecho importante de destacar fue que los norteamericanos trajeron un equipo especializado en películas, y todas las etapas de la autoconstrucción

fueron filmadas. Se buscó un poblador como actor, y los norteamericanos, como lo saben hacer, hicieron el guión, colocaron el argumento y se echó a rodar la película. La verdad es que nosotros la vimos una sola vez, en una función que se dio para todos los pobladores. Enseguida esta película salió a recorrer el mundo. Es lo que nosotros imaginamos, porque resulta que no la vimos más, aunque insistimos en pedirla varias veces.

Con esta historia ha quedado demostrado que cuando un grupo de chilenos se une y se propone lograr una meta, por muy difícil que ésta sea, lo logra. ¿De qué manera? Escuchando, dialogando, conversando los problemas que los pobladores tienen, y así dándoles la oportunidad de poder realizar sus sueños, como era el de nosotros de tener una casa propia; aplicando un verdadero criterio de cariño a su patria y a sus conciudadanos, sobre todo a los más desposeídos.

Actualmente la población es relativamente tranquila, aunque no como todos nosotros quisiéramos, porque no ha podido sustraerse a los vicios que atrapan a nuestra juventud y que lamentablemente vemos a diario, como en las demás poblaciones. Ha crecido mucho la delincuencia, aumentan los clandestinos, la violencia y todas las taras de una juventud que en su mayor parte ha perdido las esperanzas en un futuro, por la falta de trabajo o los miserables salarios que ofrecen los empresarios.

Aquí en la población Germán Riesco contamos con cuatro clubes deportivos que pertenecen a la asociación de la población El Pinar, controlada por ANFA y regida por DIGEDER. Estos clubes son: 13 de Marzo, Julio Juárez, Real Brasilia y Germán Riesco. También contamos con una cancha de baby fútbol, una plaza, un local social y un centro cultural.

La directiva que llevó a cabo los trabajos del plan de autoconstrucción fue la siguiente:

Presidente: Julio Amas Báez, de profesión gáster; falleció años atrás.

Vice-Presidente: Adrián Escalona Pérez, de profesión estucador.

Secretaria: Elva Castañeda, profesión dueña de casa, fallecida tiempo atrás.

Tesorero: Mario Olivares, de profesión carpintero de construcción, fallecido años atrás.

Directores:

Ernesto Pinto, de profesión pintor, fallecido tiempo atrás.

Ismael López, de profesión municipal de Santiago, fallecido.

Clodomiro Avila, de profesión minero, hoy un viejito sordo y casi ciego.

Carlos Lorca, el cual se fue al sur a trabajar la tierra que le dejaron unos parientes.

El que escribe esta historia es Adrián Escalona Pérez, vicepresidente durante siete años, partícipe de estos hechos, algunos fuera de la ley. Pero las autoridades que en aquellos tiempos gobernaban el país supieron comprender nuestras aspiraciones, nuestras necesidades. Todas estas personas son las que engrandecen una nación, y todos juntos llevamos a cabo una maravillosa realidad que, como testimonio de hecho, está aquí en estas páginas y en la población Germán Riesco.

Todo esto significó una gran labor de muchas personas; esfuerzo, ideas y principios, y también un gran amor y solidaridad entre los hermanos de clase por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y sus familias. Destaco especialmente a los hombres que estuvieron al frente de la directiva por varios años, tratando de que la tarea fijada llegara a un feliz término:

Julio Amas Báez, el presidente, era un nortino de pampas de Iquique. Aquí en Santiago conoció a la que fue su compañera, se casó y tuvo con ella dos hijos.

Ernesto Pinto, venido de un pueblo con algunas historias de brujas, Talagante. En Santiago se hizo pintor de brocha, se casó y aquí se quedó.

Clodomiro Avila, venido de Cabildo, tierra avecindada de Gabriela Mistral.

Así, casi todos venían de distintas regiones del país. Adrián Escalona Pérez, el que escribe, en aquellos tiempos era el más joven; tenía veinte años. Eran mis compañeros los que tenían la esperanza; yo tenía mi mujer, mi hijo, y muchas ganas de luchar.

Hoy tengo siete hijos y quince nietos. Nos esforzamos mucho yo y mi mujer para darles una mediana educación. Estoy jubilado por invalidez al corazón y sólo recibo 9.600 pesos, así es que debo buscar cómo hacer algunos pololos.

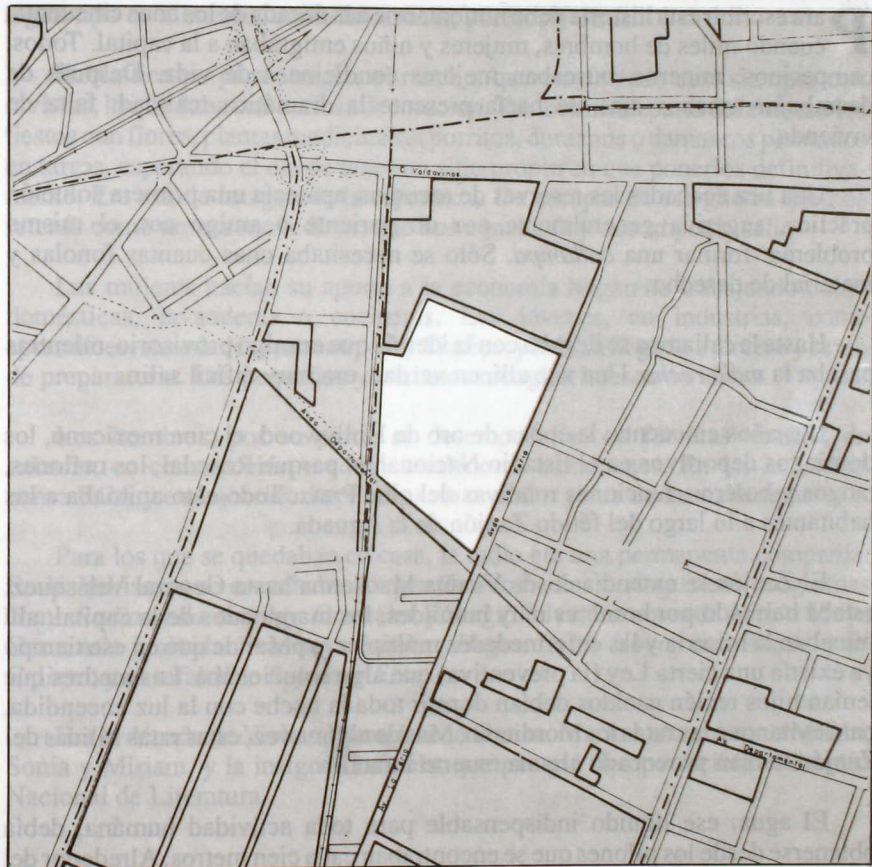
Como albañil estucador recorrí muchos lugares de mi país: Chillán, Curicó y varias provincias del sur; Quillota, Viña del Mar, Valparaíso y, por el norte, El Salvador, Pueblo Hundido, Copiapó, Antofagasta; Argentina por el lado de Salta, al interior San Ramón, Nueva Orán; también estuve por el sur de Bolivia, en Bermejo.

Puede ser que algún día se haga justicia con los desposeídos de esta patria, el día en que se comprenda que nosotros los trabajadores somos la palanca que mueve el país.

Lucha, Vida, Muerte y Esperanza

HISTORIA DE LA POBLACION LA VICTORIA

GUILLERMINA FARIAS



Para escribir esta historia debo remontarme a la década de los años cincuenta, cuando miles de hombres, mujeres y niños emigraban a la capital. Todos, campesinos, mineros, buscaban mejores condiciones de vida. Después de deambular muchos días, se hacía presente la dramática realidad: falta de vivienda.

Una vez acabadas las reservas de recursos, aparecía una primera solución práctica, sugerida generalmente por un pariente o amigo con el mismo problema: formar una *callampa*. Sólo se necesitaba unas cuantas fonolas y material de desecho.

Hasta la callampa se llegaba con la idea de que era algo provisorio, mientras pasaba la *mala racha*. Una vez allí, en verdad, era muy difícil salir.

Los años cincuenta: la época de oro de Hollywood, el cine mexicano, los domingos deportivos en el Estadio Nacional, el parque Rosedal, los malones, tangos y boleros, funciones rotativas del cine Prat... Todo esto animaba a los habitantes a lo largo del fétido Zanjón de la Aguada.

El Zanjón se extendía desde Vicuña Mackenna hasta General Velásquez; estaba habitado por hombres muy humildes, los marginados de la capital; allí reinaban la miseria y las enfermedades múltiples, a pesar de que en ese tiempo ya existía una cierta Ley (la preventiva) que algo solucionaba. Las madres que tenían hijos recién nacidos debían dormir toda la noche con la luz encendida, para evitar que las ratas los mordieran. Más de alguna vez, estas ratas salidas del Zanjón habían provocado alguna muerte infantil.

El agua, ese líquido indispensable para toda actividad humana, debía obtenerse desde los pilones que se encontraban cada cien metros. Alrededor del

pilón se formaban colas de personas que esperaban su turno o lavaban ropa. En las riberas del Zanjón se instalaban los pozos negros, lo cual hacía mucho más contagioso e infeccioso el lugar.

Año 1955. En el Zanjón la vida continuaba rutinariamente; sólo se interrumpía de vez en cuando por algún incendio, o por la policía que buscaba a algún delincuente común. Hechos de sangre, velorios de *angelitos*, también eran parte de lo cotidiano. El alcoholismo no era tan frecuente; había acceso a algún tipo de alimento, como la cazuela, porotos y otros.

Había tiempo para arreglar el rancho, que era forrado casi siempre con revistas, lo que daba una curiosa decoración. También eran parte del entorno los tiestos con flores, plantas medicinales, porritos, duraznos o damascos plantados en tarros, esperando el día de tener un sitio propio en que ponerlos definitivamente. Era esta la imagen de la esperanza. De escapar de ese ghetto que nos retenía como arenas movedizas, que nos consumía y nos impedía salir.

Las mujeres hacían su aporte a la economía hogareña trabajando como domésticas, lavanderas o cocineras. Las jóvenes, en industrias, como aprendices; sus edades eran entre 12 y 17 años, y habían llegado a tercero y sexto de preparatoria. Los pequeños y ancianos recogían huesos o vidrios.

Los hombres, por su parte, se desempeñaban en fábricas textiles, de calzado, en construcción o como vendedores ambulantes. En las industrias como RCA y en Laboratorios Philips no recibían gente de las callampas.

Para los que se quedaban en casa, la radio era una permanente compañía. En las emisoras se escuchaba las grandes comedias o simpáticos programas como *Radiotanda*, con Ana González y Sergio Silva; las obras de Arturo Moya Grau; a la inolvidable Mireya Latorre; *Hogar*, *Dulce Hogar* con Eduardo de Calixto, y el infaltable *Reporter Esso*.

Era la década de Violeta Parra, Lucho Gatica, Mario Lanza, Arturo Millán, Sonia y Miriam, y la insigne Gabriela, que por ese tiempo recibía el Premio Nacional de Literatura.

En política, la lucha entre conservadores, liberales, radicales, comunistas, socialistas, demócratacristianos y gobierno de turno, con Carlos Ibañez del Campo a la cabeza.

La vida seguía a orillas del Zanjón, pero no sólo seguía, también evolucionaba. Llegaron en ese tiempo obreros con trayectoria política y sindical, los que empezaron a pensar que si los habitantes del Zanjón no tomaban conciencia y se organizaban, jamás podrían salir de esa situación de miseria y marginalidad. Sin embargo, a los afectados parecía no importarles.

Las mujeres se imponían con esperanza, a pesar de que los hombres permanecían más escépticos. De todas formas, empezó la infatigable labor de formar un movimiento poblacional. Nacieron reuniones, coordinaciones y conversaciones con políticos de izquierda, más bien con gente del Partido Comunista y socialistas.

Se formaron distintos comités de “los sin casa”: Germán Riesco, La Legua, La Mussa, Las Torres, Canal, Santa María, Centenario, San Miguel, Mirador, Monte del Canelo, Pedro Aguirre Cerda, Julio Palestro, Los Nogales, Mamerto Figueroa, San Manuel, entre otros. Organizados, unidos en una misma necesidad, comenzaron las tareas; las encuestas, los bailes y veladas a beneficio; en fin, múltiples actividades para tener fondos que permitieran la compra de palos, fonolas, maderas, etc.

Comenzaron los trámites burocráticos, las entrevistas con las autoridades de la Vivienda, con algunos parlamentarios de izquierda, etc.

La Corporación de la Vivienda prometió los terrenos de la chacra La Feria, pero esto no pasó de meras conversaciones y tramitaciones que tenían por objetivo aburrir a pobladores y dirigentes para que desistieran. Esta promesa se había explicitado con motivo del incendio ocurrido en noviembre de 1956, que había dejado a cientos sin hogar. Por estos tiempos nació la consigna *trabajar sin transar ni descansar, hasta la casa conquistar*. Se comenzaba a perfilar la toma como último recurso.

Se siguieron golpeando puertas de oficinas fiscales, prensa, etc. *No se oye,*

padre. Y cuando se jodía mucho, se enviaba a estos sectores *gente caritativa* que hacía algo por *los pobres*; así llegaron las damas del Roperio del Pueblo, Club de Leones, Rotary Club y otros, que traían algunas fonolitas, frazadas, ropa usada, y algunas veces colchones de huaípe; esto se adornaba con dulces y helados repartidos entre los niños. A veces aparecía *Sanidad Ambiental*, que nos echaba insecticida hasta por debajo de la lengua, por supuesto con las fotos correspondientes, para que salieran en la página social de algún diario, según la campaña política correspondiente.

El informativo social del sector era alrededor de los pilones de agua, donde se oían los siguientes diálogos entre los habitantes del Zanjón:

—¿Sabe, comadre? No doy un veinte más, porque los dirigentes se llevan puro chupando no más.

Otra contestaba:

—Yo creo que con plata se compran huevos.

—Eso mismo digo yo; hay que tener fe; si no, no salen las cosas.

Mientras tanto, los cabros chicos se sacaban la cresta a tarrazos.

En las tardecitas los pilones eran otra cosa; sólo se veía a las adolescentes con sus vestidos de percalita perfumada con violeta *Tabú*, que vendían alrededor del matadero en botellitas de penicilina; los muchachos, con sus pantalones azul marino y camisa blanca. Estaban las famosas invitaciones al cine “con gancho”, y así nacían los romances.

Mientras tanto los dirigentes, entre gallos y medianoche trabajaban más arduamente que nunca, quitándole horas a su descanso: había que sacar la decisión de ir a la toma. ¡A la mierda con la legalidad y los trámites burocráticos!

Ahora, por fin la decisión estaba tomada: se hacía la toma; por lo tanto, había que afinar detalles, para que todo fuera preciso.

Se juntó ropa vieja para colocar en los cascotes de los caballos y en las ruedas de las carretas, para que no se oyeran en el pavimento. Los preparativos eran distribuidos en distintas formas; sin embargo, lo más difícil era que aún había gente que no se decidía, porque algunos tenían la falsa esperanza de que desde el Zanjón les iban a dar casa.

Hubo dramáticas situaciones, que fueron las que generaron la fecha de la toma:

DIARIO EL CLARIN

Santiago, 16 de octubre de 1957

Voraz incendio repite la tragedia de noviembre de 1956. Ahora en el sector de San Manuel. Ochenta familias damnificadas.

DIARIO EL CLARIN

Santiago, 17 de octubre de 1957

Nuevamente se repite la tragedia en mismo sector. Aún no se termina de humear ni de encuestar. Decenas de damnificados en el Hogar de Cristo.

DIARIO EL CLARIN

Santiago, 27 de octubre de 1957

¡Nuevamente ardió la miseria! Hay quince heridos y 500 familias damnificadas quedaron a brazos cruzados en Pedro Aguirre Cerda.

Inconscientes habían botado petróleo al canal, el que a la primera chispa ardió fácilmente. Se hicieron presentes en el lugar las autoridades pertinentes:

el alcalde Palestro, de San Miguel; Iris Figueroa y parlamentarios de izquierda. Los afectados fueron albergados en el estadio San Miguel; esto se hizo planificadamente porque, como ya estaba programada la toma, ésta era sin duda la gran oportunidad para la gente que estaba decidida.

La información del incendio no había pasado de ser una pequeña noticia sensacionalista; era mucho más importante para los diarios la fuga desde la cárcel de Guillermo Patricio Kelly, que ocupaba las primeras páginas.

Pasó el tiempo, y por fin llegó el gran e histórico momento en que había que jugarse el todo por el todo. El día 29, un reguero de pólvora golpeó las puertas llevando la noticia: *la toma va*. Esa noche, en todos los comités las instrucciones estaban dadas. Requisitos indispensables: ser pobre, tener chiquillos, tres palos y una bandera. Había llegado la hora de las definiciones de cada cual.

Había mujeres que iban sin autorización del marido y con la amenaza de una buena pateadura si les iba mal. Pero cuando se ha sufrido las penas de la falta de techo, se han muerto las guaguas y nadie nos escucha, hay que usar otras alternativas. En esos términos se escuchaban estos comentarios:

—Oigan, chiquillos, su papá no quiere que vayamos a la toma, pero yo me voy de todas maneras; me llevo a los más chicos. Ustedes esperan a su papá, le dan la comida, le dicen que yo me fui a la toma no más.

A los hombres que decidieron participar tampoco les tocó menos en cuanto a reproche y tuvieron que irse con algunas amenazas de sus mujeres:

—¡Ahora te creís el cuento! Te vai a mandar cambiar por allá, a vos no te importa lo que me pase a mí o a los chiquillos; yo no voy a salir de aquí para ir a aventuras.

—Oiga, comadre, fíjese que yo no me pude comprar bandera y qué pasará si me toco con puros...

—Pero no llore; vámonos así no más, sin su bandera, y se pone conmigo.



Las instrucciones, el desarme de casuchas, el perro y la suegra en los carretones; todo esto se desarrolló desde temprano. Se necesitaron muchas tiras para los cascos de los caballos. Por fin, todo estaba funcionando.

A las ocho de la noche se empezaron a juntar los más decididos en el lugar acordado. Los tres palos y la bandera, algunos enseres y frazadas, se iba formando la caravana. Se parecía al pueblo de Israel en busca de la tierra prometida; los dirigentes eran los profetas de esos tiempos. La mano de Dios estuvo con todos, en el testimonio de muchos cristianos que esa noche integraron las columnas. Ahí estaban el padre Del Corro y el pastor Palma, que con su ejemplo dejaban sin equívocos que ellos estaban con los pobres.

La columna avanzaba y se seguían sumando personas; cualquier oportunidad era buena para tener un sitio.

Varios dirigentes habían recién asumido ese mes. De los antiguos, muchos fueron sobornados y se les dio casa en la población de Carabineros.

Calladitos fuimos llegando a nuestra meta, algunos por Departamental, otros por La Feria; se llegó por los cuatro costados de la chacra La Feria. Con los reflectores del aeropuerto Los Cerrillos y la noche oscura y sin luna, nos sentíamos como judíos arrancando de los nazis. La oscuridad nos hacía avanzar a porrazo y porrazo. Con las primeras luces del alba, cada cual empezó a limpiar su pedazo de yuyo, a hacer su ruca e izar su bandera.

Miércoles 30 de octubre, 6:30-7:00 de la mañana

En la 12^a Comisaría se dio cuenta de que un grupo de aproximadamente 500 familias callamperas habían invadido los terrenos de la chacra La Feria. La Jefatura ordenó el envío de un pelotón de hombres a caballo para *el resguardo del orden público*, de la *propiedad privada*, y para controlar cualquier desacato a la autoridad. La orden principal era impedir los desmanes de los indigentes, y arrestarlos si era necesario.

Los pacos no se hicieron repetir dos veces la orden; llegaron a todo galope arrasando y golpeando. Hombres, mujeres y niños; ancianos, rucas y banderas;

nadie se salvó del tropel. Adentro, el cura Del Corro y el pastor Eliseo Palma intentaban en vano parlamentar. Los yuyos eran cómplices de los pobladores, pues permitían, con su metro de altura, esconderse. La desigual batalla campal duró hasta como las cuatro de la tarde. La noticia se había esparcido por la radio y llegaron refuerzos de allegados, los de los conventillos, los arrendatarios y los con orden de desalojo, que se fueron sumando. A las siete de la tarde ya había unas 2.500 familias, cerca de 10.000 personas. Al tomar conciencia Carabineros de que había niños, mujeres y ancianos, la represión cambió y se dio una nueva orden: que nadie entrara o saliera del sitio.

Ahora empezaban los problemas en el mismo sitio. No había agua, hubo que sacar del canal que pasaba por La Feria para beber algo caliente. Muchos ya habían hecho sus rucas, con cualquier cosa, yuyos, frazadas, cartones y latas. Los más pitucos tenían carpas.

Ese día fue agotador, pero también decisivo; valió la pena aguantar.

Los dirigentes de todos los comités se reunieron esa noche en una asamblea que duró varias horas; ahí se formó la primera directiva de la población, que quedó conformada por Juan Costa, el compañero Plaza, Luzmira Betancourt, Mayorinca Nowana. Los otros dirigentes quedaron como delegados; se organizaron comisiones, como la de vigilancia, subsistencia, sanidad, etc. Entre otras cosas, había que hacer nuevas encuestas, porque habían aparecido otros grupos.

Ese día 30 de octubre pasó rápidamente, pero con cientos de historias propias; algunas nunca podrán ser escuchadas, porque sus protagonistas ya no están en esta vida.

CARTELERA DEL CINE PRAT, del 30 de octubre de 1957

La Virtud Desnuda
Una Gallega en La Habana
Antro de Ladrones

La consigna estaba vigente: *Trabajar sin transar, sin descansar, hasta la casa conquistar.*

EL CLARIN, Santiago 31 de octubre de 1957

¡Por miles!, a la fuerza

“¡CALLAMPEROS!”

Están invadiendo. Poblaciones llegan de todos lados, con toda clase de vientos. Con las banderas al tope y en dramática ocupación 500 familias se tomaron los terrenos de La Feria, pertenecientes a la Corporación de la Vivienda. La ocupación fue entre las 2 y 6 de la mañana de ayer.

Autoridades de la CORVI, pidieron fuerza pública para desalojar a los improvisados pobladores. Fueron parcialmente desalojados entre las 9 y 15 hrs. El 60 por ciento de las familias vuelve a sus lugares de origen.

Algunos jefes entrevistados dijeron que hacía tres años que les habían prometido instalaciones más humanas. “Se nos abandonó, no tuvimos más amparo que la ubicación que nos dio el alcalde de San Miguel”.

EL CLARIN, Santiago 31 de octubre de 1957

Laín del Canto, secretario general de la población Villa Sur, junto a Desiderio Muñoz, hicieron la siguiente denuncia: “Horda de delincuentes invade nuestra población e intimida a las dueñas de casa”.

El día 31 llegó el alcalde Palestro, Iris Figueroa y otros regidores. Tuvieron que escuchar todos los reproches de lo que no comprendían. Se nos ofreció la cuba (camiones cisternas) para repartir agua. Los regidores y parlamentarios de izquierda nos visitaban, nos animaban, y se movilizaban para presionar en el Parlamento y conseguir que nos dieran una manito.

Carlos Ibáñez del Campo estaba en su último año; la elección del 58 llegaba y estaba apareciendo con mucha fuerza Alessandri, al que le decían *El Paleta*.

Los otros eran Allende, Frei y el Cura de Catapilco, que fue el instrumento que debilitó la campaña de Allende.

La población iba tomando forma; algunos ponían luces con faroles de colores, para guiar en la noche; otros lo hacían mediante pitos o con la armónica; los menos creativos, con sus silbidos característicos. Casi todos los días había redistribución de lugares. Este jaleo duró todo el mes de noviembre. El tamaño de los sitios disminuyó de 25 por 10 a 16 por 8 metros, para que alcanzara para todos. Esto dio origen a las poblaciones Galo González y Acevedo Hernández; esta última, en principio iba a ser un parque. El problema habitacional era prioritario.

El cuadro era pintoresco, sobre todo cuando se iba a trabajar, en que se tomaba una *golondrina* de dos caballos que hacía el recorrido de San Joaquín por la hoy avenida La Feria hasta Departamental. Había que salir con dos pares de zapatos, uno para dentro y otro para afuera. Algunos salían *a patita* hasta San Joaquín a tomar la micro San Eugenio o la Vivaceta-Matadero. En fin, había que echar las patitas al trajín.

Todos trabajaban y se movilizaban; el padre Del Corro fue a hablar con el Cardenal Caro, el cual apoyó a los callamperos y abogó por ellos.

En noviembre se largaron las lluvias *mata pajaritos*, que provocaron la muerte de 21 niños en edad de pecho. La neumonía, la diarrea y la sarna inundaron el campamento.

Llegó la solidaridad de los universitarios de Arquitectura en forma de trabajos voluntarios, con lo cual la construcción de casas avanzó rápidamente, ya que casi todos los callamperos eran obreros de la construcción.

Murieron seis niños más debido a las enfermedades. Desde el campamento salió una romería de denuncia que atravesó todo el centro en doloroso cortejo. Conservamos el nombre de cuatro de los niños: Luis Alberto Díaz Castro (tres años); Isabel Igera (dos meses); Octavio Cordero (siete meses); Gladys Morales.

Como en Santiago había un clima de Navidad, la situación conmovió a la opinión pública; el ministro de Vivienda se vio obligado a que se nos dejara en el terreno. La muerte de esos niños fue el precio que pagamos, como siempre, los pobres.

Muchos nacieron la misma noche del 30 de octubre; a pesar del sacrificio, la gente se veía alegre. Muy rápidamente, antes de Navidad, estaban los sitios ya repartidos. Habíamos conseguido un derecho, pero nos dejaron caer un montón de deberes, como pagos por construcción, derecho a tierra, y unos cuantos más.

Esa Navidad fue inolvidable; no podía haber mejor regalo navideño que cada uno en su sitio, que para muchos era el primero de su vida. No había luz eléctrica, pero estaba la luz de la esperanza. Celebrar el nacimiento de Cristo tenía para todos un nuevo significado.

Comienza la organización de la población

La gente se organizó en bloques y tenían presidente, secretario, tesorero, y delegados de Sanidad y Deportes. Había reuniones casi todas las noches, cuando se volvía del trabajo. Estas reuniones duraban hasta la madrugada, y si era día sábado simplemente se amanecía. Las reuniones eran una verdadera escuela donde se exponían los problemas, se discutían y enriquecían las soluciones hasta encontrar las más adecuadas; también se aprendía a conocer las funciones de los alcaldes y regidores. A través de ellos podíamos descubrir cómo los partidos políticos asumían la problemática poblacional. Ellos, por su parte, orientaban y ayudaban a la solución de los problemas más elementales, incluso los conflictos entre pobladores. Sus fallos eran aceptados con gran respeto.

Al delegado de Sanidad le correspondió una ardua tarea: ocuparse de los primeros pozos negros colectivos y, además, aplicar una serie de medidas de higiene. En esta etapa ya cada bloque organizaba su manzana.

Aun hoy se recuerdan las innumerables anécdotas de esa primera Navidad y Año Nuevo que pasamos juntos en nuestra querida población.

Ocurrió en esos días un hecho que golpeó la conciencia de todos. La noticia provenía del Caribe. Un puñado de hombres había asaltado el cuartel Moncada. Se iniciaba la revolución. Nacía Cuba libre. La noticia provocó un carnaval que animó los corazones de miles de chilenos.

Transcurrieron los primeros meses en luchas continuas por lograr algunos derechos, como la instalación de pilones de agua o, mejor aún, el agua potable misma. Ya teníamos pozos negros cada cual en su sitio. Se hicieron bailes por manzana para juntar peso a peso para los pilones, primero, y para cañería y llaves después. Nada se nos dio gratis; lo que sí peleaban los dirigentes era que se nos cobrara lo justo y nada más.

Recuerdo inolvidable: la ley Millas, hecha para que los sitios tuvieran ley de desgravamen —igual que la casa—, y su precio no fuera reajutable.

Entre los que se destacaron en ese tiempo al interior de la población podemos mencionar a Digna Gatica, que era la que nos vendía paquetitos de té, azúcar y yerba mate. También durante un montón de tiempo tuvimos que hacer pan amasado en casa, porque no había negocios.

Si hoy a alguien le preguntas si quiere vender su sitio, la respuesta será negativa, ya que cada ladrillo, cada puerta, cada tabla, tiene su propia historia. Historia de sacrificio, de privaciones, de penas y alegrías. Lo que existe hoy — un cuartel de Carabineros, el policlínico, la escuela, etc.— fue pagado con este precio.

Construimos la primera escuela con adobes hechos con paja que nos conseguíamos en la pesebrera del Club Hípico. Las señoras se conseguían la paja, los jóvenes hacían los adobes y los maestros los pegaban. Se fue formando la escuela, que tenía una curiosa arquitectura: era redonda. Realmente merecen un homenaje los profesores que en esas aulas hicieron sus clases, porque demostraron que creían en nosotros. Tiempo después fue demolida para dar paso al policlínico, que también construyeron esas manos pobladoras. El poli viejo se transformó en el primer cuartel de policía de La Victoria; incluso al modificarlo se hicieron calabozos en los boxes médicos. En fin, lo que primero fue poli y después cuartel, en años siguientes se transformó en una Central de Compras del hoy Sindicato de Comerciantes.

Se conserva la organización por cuadra, que fue recreada en 1983, cuando enfrentamos nuevas necesidades.

Siempre se celebra el 30 de octubre y la Navidad como hechos de todos. También se recuerdan hechos de dolor, como los desaparecidos y/o muertos; entre ellos, Iván Fuentes, Miguel Zabala, Samuel Ponce, Hernán Barrales, Boris Vera, Cecilio Piña y, por supuesto, el padre André Jarlan.

También penan algunas malas conductas, como cuando se apedreó al padre Del Corro porque quería dos sitios para su iglesia. ¡Cuánta falta nos hace hoy!

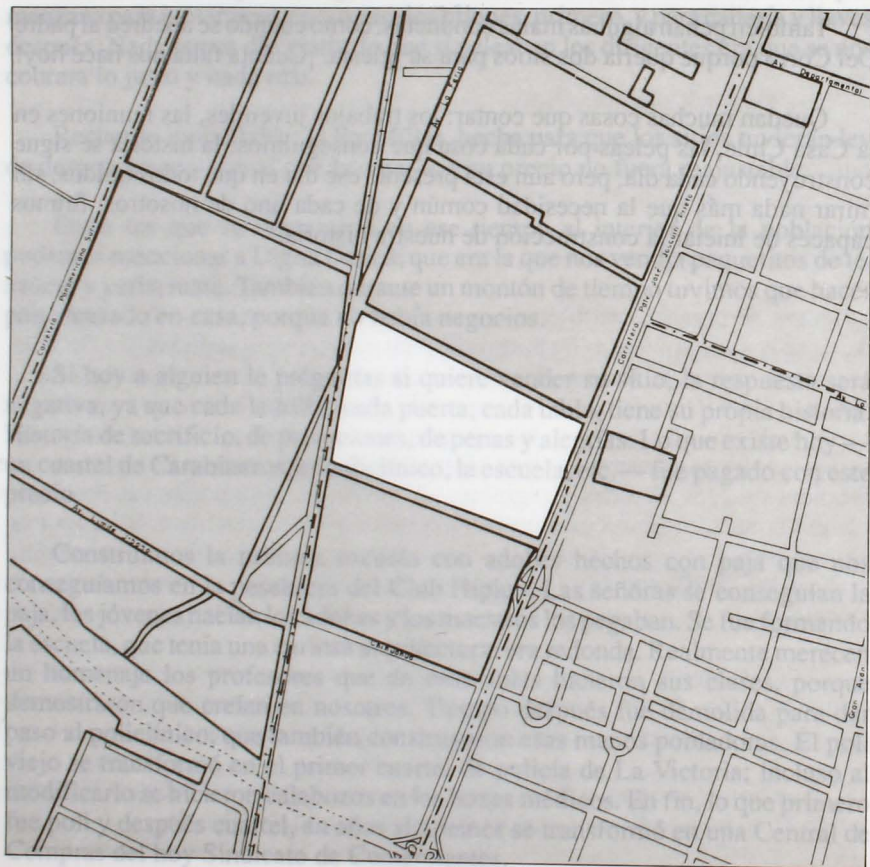
Quedan muchas cosas que contar: los trabajos juveniles, las reuniones en la Casa Chile, las peleas por cada cosa que conseguimos; la historia se sigue construyendo cada día, pero aún está presente ese día en que todos unidos, sin mirar nada más que la necesidad común y de cada uno de nosotros, fuimos capaces de iniciar la construcción de nuestra historia.

Historia de la Población

Clara Estrella

EDISON HERNANDEZ B.

SANDRA VIVANCO M.



La población Clara Estrella está al sur poniente de la ciudad de Santiago, a la altura de los paraderos 19 al 21 de la carretera Panamericana (Km 10). Limita al norte con la población Santa Adriana, por el sur con la población Santa Olga, al poniente con José María Caro, y al oriente con Villa Los Troncos y campos deportivos y recreativos de la I. Municipalidad de La Cisterna.

Esta población fue construida por sus propios vecinos en un proyecto de autoconstrucción impulsado por la CORVI. Fue la segunda experiencia de este tipo en Chile después de la población Germán Riesco y tuvo, según parece, características de experimental. En ella participaron 1.417 personas, todas socias de distintas cooperativas y agrupaciones habitacionales interesadas en la obtención de su vivienda.

Entre estas instituciones destaca la Cooperativa Soberanía, con 720 socios; luego la Cooperativa Jorge Montt, con 250 socios; la Cooperativa de Agua Potable, con 120 socios; y la Cooperativa SGM (que aglutinaba a las empresas metalúrgicas SGM, Salinas y Fabres, y Socometal), con cien socios. El resto estaba formado por agrupaciones menores, de aproximadamente treinta socios cada una como promedio. Ellas eran: Pizarreño, Endesa, Obras Sanitarias, Famae, Compañía de Gas, Casa de Moneda, Porteros de Chile y Caupolicán-Chiguayante (empresa textil).

Como se puede apreciar, estas últimas agrupaciones guardaban una relación de tipo laboral entre sus asociados. Las que no cumplían este requisito eran las cooperativas Soberanía y Jorge Montt, que en un principio fueron una sola y comprendían un total de casi mil socios.

Por su mayor representatividad, nos referiremos a la cooperativa que agrupaba a las posteriores Soberanía y Jorge Montt. Ella comenzó a organizarse

a mediados de la década de los cincuenta, en el barrio que queda junto a la Estación —Estadio San Eugenio y la Fábrica Yarur—, a un costado del Zanjón de la Aguada, en las calles Centenario con Francisco Pizarro. Surgió de la iniciativa de las socias de un centro de madres, encabezadas por la señora Matilde Rencoret, la cual, poco antes de ser asignados los terrenos, fue desplazada de la cooperativa por problemas con personal de la CORVI. La gente llegó aquí dirigida por el señor Silvestre Guerrero (Q.E.P.D.), recordado dirigente poblacional.

Según parece, el origen del nombre de la Cooperativa Jorge Montt proviene del barrio donde se formó, ya que en el lugar hay una plaza que así se llama. Soberanía provendría del interés que prestó Chile al territorio antártico ya desde los años cuarenta, cuando en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda se dictó el decreto que fijaba los límites de las posesiones chilenas en ese continente. La primera base militar instalada (Arturo Prat) fue inaugurada en febrero de 1947, en la bahía Soberanía. También se expresa lo antes dicho a través del color que visten los equipos del Club Soberanía en la actualidad, el blanco, como alusión al continente helado.

Para la construcción de la población se había destinado la chacra La Feria, pero la organización rechazó dichos terrenos por ser muy chicos. Luego esos terrenos fueron tomados por un gran número de pobladores el día 30 de octubre de 1957, debido a la situación provocada por el incendio de sus viviendas en la población El Carmen, junto al Zanjón de la Aguada. Así se dio origen a la actual población La Victoria.

Posteriormente la CORVI vendió a las Cooperativas la chacra Clara Estrella, donde se emplaza actualmente la población.

Este terreno fue entregado ya parcelado por manzanas, con las soleras de las calles principales y los grifos de incendio, todos trabajos realizados por el Ejército. No había luz, agua potable domiciliaria ni alcantarillado, sólo un pozo negro con letrina al fondo del terreno.

Por aquellos años (1958), todo este sector estaba parcelado en chacras; por ejemplo, la población Santa Olga era un manzanal; al sur de éste estaba el fundo

Lo Sierra, mucho mayor en su extensión que el anterior. En ese lugar hoy se ubican el Cementerio Metropolitano y la población Lo Sierra, que se extiende hasta Cerrillos.

A lo largo de Ochagavía, en cada chacra había una casa patronal, de las cuales aún se pueden apreciar vestigios; ejemplo de ellas son Las Palmeras en Santa Adriana (hoy local municipal), la escuela vieja en Clara Estrella, el parque Santa Olga en Santa Olga, entre otras. Lo que más resalta son los árboles de antigua data en sus jardines, entre los que se cuentan palmeras, araucarias, pinos y eucaliptos.

Por Panamericana pasaba un canal del cual supuestamente se extraía agua para el regadío, y que además servía para botar los desperdicios del matadero ubicado en la avenida El Parrón. Este canal estaba cercado por zarzamoras y en la vera había un camino de tierra que en el invierno se convertía en un lodazal; al otro lado del mismo se extendía un bosque de eucaliptos cercado por un muro de adobes; al sur de éste había un potrero que servía de vertedero de desperdicios, el cual generaba un sinfín de moscas, plaga que dio muchas molestias y preocupaciones a los vecinos de Clara Estrella.

Durante mucho tiempo los vecinos dieron la pelea para cerrar el vertedero de desperdicios. En varias ocasiones fueron a tirar basura a la municipalidad, para lo cual debían pedir permiso en sus trabajos. También recurrieron a retirar el puente que cruzaba el canal y así impedir el paso de vehículos; luego debieron reponerlo bajo presión de la fuerza pública. En esta acción fue detenido Silvestre Guerrero, junto a otro poblador que pertenecía al cuerpo de Carabineros de Chile.

Por el poniente se ubicaban las torres de alta tensión; bajo ellas, tres casas de adobe (hoy inexistentes), supuestamente de inquilinos, y hasta un horno de barro. Luego venía la vía férrea, un potrero, y hacia Cerrillos la población José María Caro; al surponiente había una punta de diamante donde se encuentra el llamado barrio Santa Anita; allí se ubicaba un restaurant donde iban a chupar los viejos después de la pega.

Para ir a Santiago o a Renca, donde trabajaban algunas personas de la industria metalúrgica y de la textil, debían tomar el tren en la Estación Pedro

León Ugalde, ubicada en la avenida La Feria con Fernández Albano. En él llegaban a la Estación Central para luego tomar la Avenida Matta hasta la Estación Yungay, para seguir en tren hasta Renca.

Otra posibilidad era caminar hasta unas cuatro o cinco cuadras antes de Gran Avenida para tomar el bus 36 en Briones Luco con Colón, o bien seguir hasta Gran Avenida y tomar la micro Ovalle Negrete en Locarno y la J. J. Aguirre en Lo Ovalle. También estaba el bus 51 en la población Dávila, pero para llegar allí se debía cruzar la chacra Santa Adriana.

Al poco tiempo, en el año 1959, la micro Ovalle Negrete fue entrando cuadra a cuadra por Briones Luco hasta llegar a instalarse y usar como garita la casa del primer cuidador, ubicada en la intersección de las calles Ochagavía y Con-Con.

En su mayoría, la gente llegó aquí entre la primavera del 59 y el verano del 60; en un principio habitaron dos piezas, una de 4 por 3.25 metros y la otra de 3.60 metros cuadrados, con una puerta y dos ventanas, ambas piezas pareadas con las del vecino. Fueron mandadas a hacer por la cooperativa a una empresa constructora; el material empleado fue el panel bulldog y techo de pizarreño, emplazado en un terreno de 8 por 28 metros o 9 por 28 metros por lo general, ya que hubo algunas excepciones.

En la construcción de las casas se dio la participación de algunos vecinos, que aportaron con trabajo. Estaban ubicadas a 7.11 metros del límite frontal, ya que en ese espacio se realizaría con posterioridad la autoconstrucción, consistente en living-comedor, cocina, baño y un dormitorio.

En un principio los socios de la Cooperativa Jorge Montt y Soberanía tenían la intención de adquirir terrenos de 12 por 30 metros, lo cual fue rechazado por los técnicos de la CORVI. También se achicó el plano de las dos piezas que se construyeron al comienzo. La idea original planteaba viviendas de tres piezas, de las cuales se hizo una casa piloto en la calle Viña del Mar con Potrerillos, pero los técnicos consideraron que era muy grande en relación a nuestras necesidades. Luego, y para abaratar costos, se modificó el tipo de material con que las casas iban a ser construidas, y se incorporó la madera para tal efecto; los vecinos

se negaron a tal iniciativa, aduciendo que las viviendas que necesitaban deberían ser definitivas y no de material combustible; en todo caso, igual se impuso la madera en el sector al surponiente de la población, en donde aún se mantienen. En otras manzanas, y con el propio esfuerzo de los pobladores, se levantaron las casas en ladrillos; tal es el caso de Famae.

También se achicó el plano de la autoconstrucción, quedando parte de la población con un tipo de plano y la otra con otro; esta medida paralizó las faenas durante un período aproximado de un mes. Finalmente el plano chico se impuso, con la anuencia de los vecinos, en el sector comprendido entre las calles Valparaíso, Lincoln, Huasco y Fernández Albano, excepto en la manzana limitada por las calles Algarrobito, Paihuano, Caren y Vicuña, que persistió en obtener plano grande. En todo caso, el plano chico presentaba la garantía de un acceso independiente al sitio, sin tener que pasar por la vivienda. De Vallenar al poniente casi todas las manzanas tienen plano grande, menos las ubicadas entre las calles Isabel Riquelme, Fernández Albano, Avenida La Feria y Codegua.

Entre las formas propuestas para abaratar costos estaba la construcción de seis casas piloto en la calle Isabel Riquelme, entre Codegua y Doñihue, hechas de paneles ensamblados con madera, de más rápida construcción, pero que no cumplían con los requisitos de los vecinos; en consecuencia, fueron rechazadas por éstos. Se optó por la entrega de la vivienda sin terminar, vale decir, sin estucar y sin piso (sólo radier), sin cielo ni terminaciones, los que debían ser asumidos por cada vecino en forma individual. La cocina y el baño fueron entregados con sus respectivos artefactos (silencioso, lavamanos y lavaplatos).

También hicieron intentos los vecinos por presentar modificaciones en los planos, las cuales consistían en eliminar la muralla que dividía al living-comedor del dormitorio y agrandar la ventana que daba a la calle; algunos vecinos más osados realizaron dichas modificaciones.

La participación de la CORVI consistía en la asesoría técnica, préstamos de herramientas y abastecimiento de material. Para ello hizo uso del Punto Cuarto de la Alianza para el Progreso, la cual prestaba múltiples beneficios; prueba de esto es que todas las herramientas utilizadas (palas, chuzos, martillos, etc.) eran de procedencia norteamericana.

Los socios de las cooperativas y agrupaciones, por su parte, aportaban con sus ahorros y además debían cumplir con 23 horas de trabajo semanales. Después de su jornada de trabajo habitual, llegaban a trabajar tres horas diarias los días de semana y cuatro horas los sábados y domingos.

A pesar de las malas condiciones en que trabajaban, ya que aún no había luz eléctrica, no se supo de accidentes graves que lamentar en la construcción; sólo se dio un caso de accidente fatal, pero no tuvo relación con la construcción misma, sino que fue producto de la ansiedad por que llegara la luz. Teniendo la instalación hecha y faltando sólo el empalme, un vecino de Algarrobito quiso tener iluminación para el Año Nuevo y, acompañado por otros pobladores, intentó colgarse a las torres de alta tensión, muriendo carbonizado en el intento.

Hubo sí accidentes leves, por la inexperiencia de los trabajadores, ya que gran parte de ellos nunca había trabajado en construcción; muchos eran administrativos, artesanos, metalúrgicos, textiles, uniformados, etc.

Los pobladores se organizaron por manzanas, designando a un delegado que tenía la labor de “pelear” los materiales en la bodega central para proveer a la manzana; un jefe que coordinaba el trabajo de los vecinos, el que poseía generalmente alguna experiencia en la construcción; y un bodeguero a cargo de la casa-bodega de la manzana, donde se depositaban los materiales y herramientas conseguidos en la bodega central. Dadas las características de esta labor (más liviana), era encomendada de preferencia a un socio inválido o una señora viuda.

Todas las casas se iban construyendo al mismo tiempo. La tarea podía ser fiscalizada y controlada por el propio dueño de la vivienda, que así se aseguraba de que quedara bien. La bodega central, con material CORVI, estaba ubicada detrás de la escuela vieja, en la calle Viña del Mar entre Fernández Albano y Caldera. De allí se trasladaba el material en camiones hasta las bodegas de cada manzana.

También se dio el caso de que las viviendas fueran construidas íntegras por las empresas donde trabajaban los socios. Tal es la situación que se dio en la organización que agrupaba a los 120 socios de Agua Potable, distribuidos en

cinco manzanas. Otras agrupaciones también recibieron fuerte apoyo de sus empresas, expresado en préstamos, acomodo de horario de trabajo y permisos.

Fruto de este tipo de proyecto experimental es que nació el Plan 20.000/70, que consistía en construir veinte mil viviendas durante el año 1970 y además dejar implementadas fábricas para aprovechar el grado de organización que se alcanzara.

En este plan estaba considerada la población Santa Olga, con 800 viviendas y una fábrica alemana, que serviría para fabricar los materiales y elementos que se utilizarían en la construcción. Además se la proyectaba como fuente laboral para los propios vecinos, que serían sus dueños.

Dentro de la población Clara Estrella había terrenos destinados para la construcción de un policlínico, colegios, locales comerciales, estacionamientos, y bastante terreno para plazas y campos deportivos.

El policlínico estaba pensado para atender a esta población; hoy en día atiende a los vecinos de las poblaciones Santa Olga, Clara Estrella, Santa Adriana y Villa Los Troncos, excediendo con creces su capacidad instalada.

Se construyeron dos colegios básicos y también se habilitó la casa patronal como colegio (escuela vieja, hoy centro abierto); uno de estos colegios básicos es en la actualidad un liceo nocturno para adultos.

Simultáneamente con la construcción de la población, fue construido por la CORVI, entre las calles Vallenar y Huasco, un conjunto habitacional de 180 casas llamado Villa Maffei, que tiene ese nombre en memoria de la empresa que la construyó. Las casas fueron asignadas por CORVI a particulares y a personas favorecidas en un concurso de Impuestos Internos, que sorteaba casas con las boletas de compraventa. Estos terrenos estaban destinados a campos deportivos. Se dice que por allí iba a pasar la Panamericana, la cual fue construida poco después donde se ubica actualmente, también haciendo uso del Punto Cuarto de la Alianza para el Progreso.

La gente que reside en la Villa Maffei prácticamente no tuvo problemas con la integración a la población, ya que por intermedio de los clubes deportivos, la

Iglesia primero y los centros de madres después, se fueron identificando hasta conformar una sola unidad.

También en ese lugar se instaló la iglesia católica; contiguo a ella se construyó con posterioridad un colegio católico, administrado por la congregación de los Sagrados Corazones, con enseñanza básica y técnica, particular subvencionada. Allí se ubicaban las canchas donde se congregaban los clubes deportivos para realizar sus campeonatos, reinados y espectáculos masivos. Se dice que estos terrenos fueron los más baratos, y se los adjudicó el Arzobispado de Santiago.

Fueron construidos, además, dos complejos comerciales con capacidad para ocho locales cada uno, ubicados en Lucila Godoy entre Inés de Suárez e Isabel Riquelme, y en la calle Reñaca, entre las calles Valparaíso y Viña del Mar. Destaca entre sus propietarios el gran número de españoles, que además son vecinos de la población, muchos de ellos emigrantes de la Guerra Civil Española.

Simultáneamente, algunos terrenos fueron ocupados por los actuales clubes deportivos, sobresaliendo entre ellos el Club Soberanía, con más de 4.000 metros cuadrados de terreno y excelentes instalaciones. De este club nació el Deportivo Eduardo Yáñez Zabala, nombre puesto en honor del ministro de Obras Públicas en el tiempo de la autoconstrucción, y campeón mundial de salto en equitación. Están también el Club Jorge Montt, Clara Estrella, Los 120 (cuyo nombre se debe a los 120 socios que componían la Cooperativa de Agua Potable), Eduardo Cisternas (que lleva el nombre de un joven poblador fallecido en un encuentro deportivo, perteneciente a las manzanas de Pizarreño, Endesa y Obras Sanitarias) y Los Halcones.

Los terrenos donde se ubicó la bodega central fueron utilizados para crear un campo deportivo con dos canchas de fútbol, galerías y camarines. Pertenecen a la Asociación de Fútbol Clara Estrella, integrada por los clubes antes mencionados, que tienen terrenos, y por otros que no los poseen.

ASOCIACION DE FUTBOL CLARA ESTRELLA

Club	Nº de socios
Soberanía	320
Eduardo Yáñez Zabala	193
Los Halcones	s/d
Jorge Montt	90
Los 120	140
Deportivo Fagas	98
Eduardo Cisternas	150
Dep. Clara Estrella	180
Juventud Unida	120
Clara Estrella Junior	105
Deportivo Vallenar	50

Nota: Datos según catastro 1985.

Como se puede apreciar, todos estos clubes surgieron como resultado de la participación en las cooperativas habitacionales que dieron origen a la población. Un ejemplo es el Deportivo Fagas, que nació de la fusión de las manzanas Famae y Compañía de Gas. El nombre que lleva este club fue disputado en un encuentro de fútbol, en el que el primer tanto fue conseguido por un socio de la manzana de Famae, con lo que ganó el derecho a encabezar el nombre del club con las iniciales de su empresa, es decir, FA. Si el gol hubiera pertenecido a la Compañía de Gas, el nombre debería ser Gasfa.

Otras organizaciones son la Unidad Vecinal, implementada durante el gobierno de Frei; la Iglesia Evangélica; el Club de Abstemios; los Boy Scouts. Durante el año 1972 se gestionó la instalación de la 5ª Compañía de Bomberos, suscrita al club E. Yáñez Zabala. En estos últimos años se construyó un templo mormón en el patio de una casa esquina, y los Testigos de Jehová adquirieron una casa donde construyeron un salón.

Los terrenos restantes han sido habilitados como plazas, entre las que destaca la plaza René Schneider, en memoria del militar democrático asesinado poco antes de que asumiera la Presidencia de la República el doctor Allende. Esta plaza es la de mayores dimensiones; durante el actual régimen ha sido rearborizada y se le han instalado juegos infantiles. El año 84 fue rebautizado



con el nombre La Asamblea, durante un mitin al que convocaran las organizaciones de pobladores de Clara Estrella (OPCE), que sin lugar a dudas desconocían su primitivo nombre.

También están la plaza "120", contigua al club del mismo nombre; la plaza Jorge Montt, en iguales condiciones que la anterior; y por último, la plaza comunitaria frente a la Unidad Vecinal.

Cabe destacar que hay trechos amplios arborizados por la iniciativa de los propios vecinos; tal es el caso de Avenida La Feria y las calles Viña del Mar, Huasco y Ochagavía.

La implementación de una Tenencia de Carabineros no se concretó, dado que los vecinos decidieron que, por las características de los habitantes de la población (todos obreros especializados y con trabajo estable y previamente seleccionados para la asignación de terrenos), no era necesario tal servicio público.

Mientras tanto, se iba configurando nuestro entorno con la llegada de nuevos núcleos humanos que se fueron asentando en los terrenos aledaños.

A principios de la década del sesenta, fue tomada la chacra Santa Adriana al lado de nuestra población. Por una parte, se dice que hubo muy buena relación con nuestros paupérrimos nuevos vecinos. "Cuando recién se habían instalado se largó a llover durante una semana, y ellos apenas estaban albergados en carpas improvisadas hechas de frazadas, latas y cartones. Los niños fueron alojados en casas de Clara Estrella, estaban todos repartidos por allí; también se hicieron colectas para comprar fonolitas", nos cuenta un vecino.

Por otra parte, se cuenta que tuvieron la intención de tomarse la parte de afuera (autoconstrucción) de las casas; se habría dado más de algún caso en la Avenida Lincoln, haciéndose muy difícil el desalojo de esta frustrada toma.

A esta población llegó gente en dos oleadas, en octubre de 1960 y el 22 de julio de 1961; parte de este grupo fue trasladado más tarde a la actual población San Rafael, en la comuna de La Granja.

Posteriormente, toda la población Santa Adriana fue rodeada por casas de dos pisos, al igual que la José María Caro. En el documento **Historia del Decanato José María Caro** se dice que "a mediados del 62 se llama a licitación pública para construir 184 viviendas a lo largo de la vía férrea, las que ocultaban las más humildes del resto de la población; así los turistas que van al sur con motivo del mundial de fútbol no se impresionen con la pobreza de las poblaciones". La construcción de las viviendas interiores es posterior.

Luego nació la población Santa Olga, en parte organizada y en otra, espontánea. A principios de los setenta fue tomada la actual Villa Los Troncos, por aquellos años llamada Estrella Proletaria, la que se vio nutrida con algunos de nuestros vecinos. Este campamento fue erradicado durante el año 1985.

Un hecho lamentable que acaparó la atención de los vecinos de nuestra población, fue lo sucedido el 19 de noviembre de 1962 en el límite que da con la José María Caro. Con el título "Fue un infierno de sangre y fuego" resume un matutino lo sucedido ese día a las 12:35 horas. Había un paro ordenado por la CUT. Familias enteras se habían apostado sobre los durmientes en un intento de impedir el paso del tren. Carabineros no había logrado que los pobladores se retiraran, así que llegaron tropas del Ejército.

Unas quinientas personas, incluyendo niños, avanzaron por la línea hacia los soldados, llevando una bandera chilena. No alcanzaron a llegar donde estaban, pues algunos desde atrás lanzaron piedras. "Se escucha entonces la voz de un oficial que grita fuego —relata un periodista de La Tercera—; una descarga cerrada salpica puntos acerados de muerte. Los civiles huyen, el desbande es desesperado. Sin embargo, se sigue lanzando piedras; el oficial da la orden de alto al fuego. Es obedecido con lentitud".

Y añade el reportero: "Desde todos los rincones se escuchan gritos de dolor. Las balas disparadas prácticamente a boca de jarro han alcanzado a muchos".

Hubo cinco muertos: dos padres de familia de 28 años con siete y ocho niños respectivamente, una niña de 16 años caída mientras planchaba en su casa, un muchacho de 18 y otro de 22. Un sexto poblador muerto al día siguiente. Los heridos fueron cuarenta.

Una de las víctimas murió, como lo atestiguó un vecino, de puro servicial; le alcanzó una bala en el corazón cuando le llevaba un vaso de agua a un (soldado) conscripto.

Esa tarde, el sector D de la Caro pasó trasladando heridos y limpiando las calles de sangre.

La matanza provocó repudio nacional. Eduardo Frei lanzó un encendido discurso en el Congreso; Salvador Allende se trenzó en un violento altercado verbal con Eduardo Alessandri, hermano del entonces Jefe de Estado.

Según muchos, una vez terminada la autoconstrucción se manifestó una baja radical en la participación. Esto por una parte es verdad y, por otra, es un mito, ya que si bien es cierto no hubo ninguna instancia que aglutinara a todos los vecinos de la población, como lo fue la autoconstrucción, se dieron otras que los atrajeron en gran cantidad. Muestra de ello son los clubes deportivos, la mayoría fundados a fines del sesenta; por otro lado, la directiva vecinal y toda la gente que los secundaba, estaba preocupada de conseguir nuevos adelantos para la población. Además, se participaba en los partidos políticos y posteriormente, con la dictación de la ley que daba personería jurídica a las juntas de vecinos, centros de madres y centros de padres y apoderados, aumentó la organización.

También estuvo la participación en la iglesia y en las mutuales, que cubrían a través de una cuota algunos aspectos de seguridad de sus socios. Ya a fines de los sesenta comenzaron a aparecer los grupos juveniles con mucha fuerza. Estos fueron los hitos más importantes en cuanto a la participación.

Las organizaciones más antiguas son las mutuales, que surgieron a nivel de manzanas. Nacieron en el período de la autoconstrucción para prevenir eventualidades como accidentes, enfermedades y defunciones de sus asociados, casos en los cuales se proveía un monto de dinero en ayuda a la familia siniestrada. De

este tipo de instituciones nacieron tradiciones que aún se mantienen, como el reparto de juguetes por parte de un vecino que se disfraza de Viejito Pascuero.

Una institución que tuvo importancia en el desarrollo de la población, fue la Iglesia Católica, representada en un principio por el sacerdote José Costa, español misionero en Chile, el cual se hizo *compadre* de varios de nuestros vecinos, apadrinando a sus hijos.

Durante un tiempo las misas se hicieron en las casas, pero apenas se levantaron las murallas del templo se comenzaron a realizar en ese lugar, aunque no había ni altar.

En el año 1964 se realizó, a nivel de Santiago, la Misión General, que tuvo amplia acogida entre los pobladores. Esta misión fue un esfuerzo de la Iglesia Católica de Santiago por llevar la palabra de Dios a la mayor cantidad de gente. Había programas radiales, que eran escuchados en las casas donde se contaba con monitores. Los temas transmitidos eran luego comentados por los grupos. Curas, monjas y seminaristas reforzaban este trabajo misional.

Esto produjo un auge muy grande de organización alrededor de la parroquia. Los grupos cristianos respondieron muy bien en Clara Estrella. Todavía no se hablaba de comunidades cristianas, pero ya las había; aparecieron grupos de reflexión, que ligaban lo cristiano con lo social. Por eso en el período de Frei surgiría tanta preocupación por lo social.

Mientras tanto, a nivel poblacional se daba la lucha por obtener adelantos para la comunidad. Ejemplo de ello es la tenacidad de los dirigentes y vecinos para lograr la entrada de locomoción a la población y romper el monopolio que ejercía la micro Ovalle Negrete (línea 57) para el traslado de las personas. Fue así que se consiguió, después de varias manifestaciones en el Ministerio de Transporte, la entrada de la línea 91 (J. J. Aguirre) y con posterioridad la San Eugenio Recoleta (34 A). Los vecinos llegaron incluso a ofrecerles la construcción de una garita para su mayor comodidad.

También, y con el tiempo, se logró el cierre definitivo del vertedero al cual se hizo alusión anteriormente.

En estas organizaciones se desenvolvía la gente, pero de ello no quedan muy buenos recuerdos. Yo creo, y aquí no puedo dejar de dar mi opinión, que esto se debe a la campaña montada para desprestigiar el pasado. A la gente le cuesta acordarse de él, y sólo recuerdan las cosas negativas; por ejemplo, que el alumbrado público de mercurio que estaba destinado para la población, se perdió debido a las prácticas proselitistas de aquellos tiempos (las cuales se siguen dando); la pérdida de los fondos destinados a la compra de una ambulancia o la inversión de éstos en un carro mortuario, equipo amplificador y una máquina de escribir con un valor inferior a lo supuestamente recaudado. Recuerdan también la pugna política entre la Democracia Cristiana y los partidos de izquierda, los dos únicos referentes con representación importante en la población, y el hastío producido en los vecinos por el desabastecimiento de mercaderías.

Pues bien, producido el quiebre de las organizaciones, lo que se mantuvo incólume fueron los clubes deportivos, ya que las demás instituciones corrieron distinta suerte.

Otro hueso duro de roer fue conseguir la no inclusión de nuestra población en el Decreto con Fuerza de Ley N° 2 (DFL 2), que contemplaba la reajustabilidad de nuestras casas. Se logró con la hábil ayuda de distintas personas, entre las que sobresalió el parlamentario Orlando Millas, que llevó nuestra causa en el Parlamento.

Con posterioridad se dictó la ley de Juntas de Vecinos, Centros de Madres y Centros de Padres y Apoderados— que dio personalidad jurídica a estas organizaciones—, lo que impulsó la participación de los vecinos en las organizaciones sociales.

Los primeros centros de madres surgieron por la iniciativa de un comité político que funcionaba desde el año 1962, más o menos, y que tenía relación con la Democracia Cristiana. De allí nacieron, en el año 1964, los centros Acción Social Clara Estrella, Santa Cecilia, Reina Fabiola (nombre puesto en honor a la ilustre visita que se dio en aquel año, la que fue recibida con mucho interés y entusiasmo en el local de la entonces Escuela Básica N° 64).

También se crearon los centros Orden y Patria, Lucila Godoy (con vecinas de Jorge Montt), Unión y Progreso, Clara Estrella (nacido en el año 65 de un grupo de señoras que se organizaron para ir en ayuda de los damnificados en el terremoto del mismo año). Dicho grupo canalizó su ayuda a través de la Central Unica de Trabajadores (CUT), el comité Ana María Yurisc (producto también de un comité político, nombre puesto en memoria de una doctora que murió en un incendio ocurrido en el Hospital Arriarán), Soberanía 1 y Soberanía 2, Agua Potable (integrado por vecinas de esa cooperativa habitacional, las que consiguieron como sede una de las casas de su sector ubicada en la calle Curimón, y que hoy alberga a la mayoría de los centros que existen). Este centro se destaca por haber habilitado en su sede un policlínico, atendido por profesionales de la salud, y que funcionó por algún tiempo entre los años 1970-73, más o menos.

Se alcanza a contabilizar un número de 22 centros de madres, cada uno con un mínimo de 35 socias, coordinados a través de la Asociación de Centros de Madres, la cual los representaba ante las Juntas de Vecinos.

Entre sus actividades se contaba con capacitación, compra de mercaderías al por mayor (telas, lozas, lanas, etc.). "En ese tiempo se podía, ya que había plata. Ahora las socias no tienen ni con que pagar las cuotas", nos cuenta una socia. Y continúa: "También en el año 65 y 71 llegaron máquinas de coser. CEMA tenía mercaderías para los centros y a un precio conveniente; ahora sale mejor comprar en liquidaciones o en la feria".

Con posterioridad al golpe militar de 1973, varios centros debieron entrar en receso, ya sea porque era muy difícil reunirse (había que sacar permiso en carabineros) o por temor de las socias.

En la actualidad existen doce centros aproximadamente; dos de ellos mantienen contacto con Cáritas, uno se reúne en la Junta de Vecinos, otros en la sede de agua potable, y también en clubes deportivos y casas particulares.

Los centros de padres y apoderados que surgieron, se abocaron a la tarea de mejorar los establecimientos educacionales; con ese fin reunían fondos para entablar las aulas, construir pasillos y poner protecciones en las ventanas, actividades en las cuales se daba una fluida relación entre académicos y vecinos.

Ya a comienzos de los setenta se inició la participación de la juventud; una de las primeras organizaciones juveniles fue la juventud parroquial, que aglutinaba a un gran contingente de personas. Se dice que este grupo llevaba la vanguardia durante ese período, ya que entre sus dirigentes se encontraba gente con mayor experiencia y capacidad organizativa. Se realizaron festivales, y con los fondos recaudados se construyó el salón parroquial; también se hacían paseos.

Antes del golpe militar había a lo menos siete grupos juveniles; entre ellos estaba Alma Joven, de Potrerillos; 2001, de Mejillones; y Trinchera Joven, grupo que nació en junio del 73 con siete personas y desapareció en septiembre del mismo año, con sesenta personas más o menos; este grupo tenía influencia de la Juventud Socialista. Con posterioridad se creó el coro de la iglesia, el cual fue disuelto por el cura Pierre Dubois, por no cumplir con los requisitos pastorales que se les exigía. También estaba el grupo Génesis, que en sus comienzos fue netamente musical, y que incluso llegó a presentarse a través de los medios de comunicación, con gran aceptación en los mismos. Luego se proyectó como grupo juvenil allegado a la Secretaría Nacional de la Juventud, que realizó múltiples labores de tipo recreativo, acción social y ornato de los espacios públicos.

A la par, nació el grupo América Joven, que encontró alero, no con poca dificultad, en la Iglesia Católica, ya que se presentó como un grupo no cristiano. Integró la coordinadora juvenil de la parroquia y de allí salió la primera actividad de tipo solidaria en beneficio de los niños del comedor infantil, el 12 de diciembre de 1976 en el local del Club Soberanía. Simultáneamente apareció el grupo Jov Crist (Jóvenes Cristianos), cuyos integrantes pertenecían a los grupos de confirmación, dándose una interesante relación entre ambos grupos.

Las coordinadoras parroquiales, a su vez, estaban organizadas a nivel de Decanato (diez parroquias): La Victoria, Villa Sur, Dávila, Santa Adriana, J. M. Caro, Lo Valledor Norte, Lo Valledor Sur, Lo Sierra, Lo Espejo, Clara Estrella-Santa Olga. Era en esa instancia que se producía el encuentro entre estos grupos, dando origen a una orgánica propia expresada en la Coordinadora Juvenil Solidaria, Asociación de Centros Juveniles (ACEJU) y Coordinadora Caro-Ochagavía. Esta última aglutinaba no sólo a grupos juveniles, sino también a comités de vivienda, comités de mujeres, de cesantes, talleres, etc.

El grupo América Joven hizo crisis el año 79, y parte de sus integrantes se abocaron al trabajo en las ramas culturales de los clubes deportivos, mientras la otra recibía un golpe represivo, que obligó a algunos de ellos a salir al exilio. Con posterioridad se crearon nuevos grupos, los cuales se unificaron durante el año 1983.

Un hecho que causó profundo pesar en la comunidad religiosa fue la muerte de Andrés Jarlan, sacerdote francés muerto un día de protesta nacional mientras leía su Biblia en el cuarto que habitaba. Recién llegado a Chile pasó sus primeros días en nuestra población, pues estaba destinado para trabajar con los jóvenes junto a Pierre Dubois (quien fuera párroco de Clara Estrella por más de diez años), en la población La Victoria.

El día 4 de septiembre de 1984, día de protesta, fue anunciada su muerte con un incesante repicar de campanas. Inmediatamente se congregó un gran número de personas en una improvisada liturgia, que terminaría con una peregrinación a la dolida población La Victoria. No se miró que había protesta, ni que se podían encontrar con la represión, ni que había apagón; más de doscientas personas se hicieron a la calle con velas en sus manos y encabezados por dos sacerdotes vestidos con sus albas, que se encontraban en ese momento en el lugar.

Se tomó por Vallenar, luego por Lincoln, prosiguiendo por la Avenida La Feria. La gente se asomaba curiosa por los pasajes, y al comprender el significado de tal acción, rompía a aplaudir. También aportaban con velas, las cuales fueron quedando en el camino, en las aceras de las calles. De esa forma comenzaron los tradicionales velatorios, que el pueblo asimilaría como medio de expresión.

Un vecino cuenta: "Cuando íbamos llegando a Departamental, se escuchó una fuerte detonación; me llegó a vibrar la ropa y el cuerpo. Algunos se tiraron al suelo; no sé cómo aguantaron las viejitas que iban. A medida que avanzábamos, la columna de gente se iba engrosando. Para llegar a la casa del cura tuvimos que atravesar las barricadas; teníamos que arrastrar los pies para no pisar los 'miguelitos' y hacerle el quite a las cámaras de alcantarillado abiertas que, se suponía, detendrían la represión.

"Una vez en la casa repletamos los accesos e inquirimos la presencia de Fresno, ya que sabíamos que estaba en el interior. El salió por la pequeña ventana del segundo piso y le gritamos a una sola voz: 'Justicia, justicia, queremos justicia', a lo cual Fresno, emocionado y con lágrimas en los ojos, no pudo responder y se retiró al interior de la habitación.

"El regreso fue igual de peligroso, llegamos todos cochinos con el hollín de los neumáticos quemados, retirándonos inmediatamente a nuestros hogares".

Pues bien, si usted quiere llegar a nuestra población y se encuentra en la Estación Central, puede tomar la liebre Lo Espejo, la San Pablo 71 B, la San Eugenio-Recoleta 34 A, el Américo Vespucio 2, el Pudahuel-La Granja. Ahora, si está en el centro, por Teatinos pasa la Renca-Paradero 18, la Ovalle Negrete 18 (Línea 57), la Ovalle Negrete 28 y el Pablo de Rocka 76 Ml. De Plaza Italia puede tomar la liebre Colón-El Llano 10 A; también está la Recoleta-Lira, que viene del Salto.

Como puede ver, las condiciones de movilización han cambiado, y no creo que se le haga difícil llegar aquí. Si un día se le ocurre venir, lo esperamos. ¿Cómo sabe si se encuentra con parte de nuestra historia?

Participaron en el aporte de antecedentes, entre muchos otros:

Carlos Améstica
Mario Castillo
Oscar Da Costa
María Olivos
Familia Salinas Cabrera
Sr. Reyes

Dirigente vecinal deportivo
Dirigente deportivo
Dirigente vecinal
Dirigente Asociación de Centros de Madres
Pobladores
Poblador

El Sueño Conquistado

POBLACION HERMINDA DE LA VICTORIA

GUSTAVO PAREDES V.



Una fría madrugada en la comuna de Barrancas, bajo una densa niebla que señalaba el comienzo del otoño y entre las sombras que proyectaban los montículos de la tierra árida, comenzó primero como un susurro que —a medida que pasaban los minutos— crecía como un murmullo, esa masa incontenible de pobladores que llegaba de todas partes, en sigilosas hileras, con carretones o carretas. Semejaban extraños soldados con mochilas improvisadas, arrastrando bolsos, desechos, cartones, con frazadas a cuestras, con niños que apurados caminaban de la mano o en brazos de su madre, llenos de esperanza. Caminaban en silencio algunos, otros se comunicaban por señas, mirando a su alrededor con inquietud, como presintiendo que el mal acechaba entre las sombras.

—Silencio, compañero, calle la boca —pedía a media voz uno de los dirigentes—; y cuidado con los pacos, que puede quedar la escoba.

Era la mañana del 16 de marzo de 1967.

A principios de la década del sesenta, en el gobierno de Alessandri, la crisis habitacional en Chile buscaba urgentes soluciones. Ante la incapacidad del gobierno, la alternativa era la toma de terrenos. A fines de 1964 el déficit de vivienda era de más de 600.000 casas, considerando lo insalubres e inhabitables que eran las denominadas *callampas*, conventillos, rucas, ranchos y chozas.

En su campaña electoral, el gobierno de Eduardo Frei había ofrecido la construcción de 360.000 viviendas, un plan habitacional elaborado en la

CORVI y revisado por la Cámara Chilena de la Construcción. Sin embargo, en los tres primeros años los resultados estaban muy lejos de las metas fijadas. Las pocas viviendas que se construían correspondían en su mayoría a las categorías *media* y *superior*. Las viviendas *mínimas*, que representaban el 70 por ciento del total y que llegarían a 43.000 viviendas en 1967, ese año alcanzaron apenas a 5.000.⁽¹⁾

Los recursos con que contaba el país eran los que destinaba la “Alianza para el Progreso” a los países latinoamericanos, que debían usarse para solucionar, en parte, la extrema pobreza. Pero la presión de los grupos económicos privados por utilizar muchos de los recursos en su propio provecho, llevó a que se construyeran viviendas medias y superiores, en tanto que no se hacían las viviendas económicas que las familias de los obreros necesitaban.

En la comuna de Barrancas, de un promedio de 1.100 familias encuestadas en 1967, el 97 por ciento eran obreras, casi todas con trabajo, pero sólo 448 jefes de hogar ganaban salarios superior al vital obrero, y 483 percibían menos de este vital. El resto estaba cesante.

Ninguna familia era propietaria. El 39 por ciento arrendaba habitaciones y el 55 por ciento estaba en calidad de *allegada*. Casi todas las familias estaban inscritas en la CORVI desde hacía varios años. Más de la mitad había sido víctima de lanzamientos y las demás estaban en conflicto, como allegadas o como arrendatarias, con el propietario del inmueble.⁽²⁾

Familias en la miseria, carencia absoluta de techo, trámites burocráticos de la CORVI y un porvenir incierto. Ante este cuadro desolador, los partidos políticos de izquierda agrupados en el FRAP, desde el Congreso daban la pelea por las reivindicaciones más urgentes de la clase obrera. Los trabajadores respondían a sus dirigentes políticos con organización y movilización ascendente en demanda de soluciones efectivas.

Surgió así la organización de pobladores de Barrancas, conformada por los comités Pueblo Unido, Peumo, Barranca, CORVI, Dalmacia y seis comités más.

(1) Revista *Punto Final*, Primera quincena de noviembre, 1967.

(2) Encuesta solicitada por el ministro de la vivienda Juan Hamilton en 1967.

El objetivo era la solución del problema habitacional en Barrancas.

—Debemos hacer presión al gobierno, si queremos soluciones —dijo pausadamente Juan Araya, un dirigente poblacional, en una de las reuniones de coordinación de la organización comunal de pobladores.

—Podríamos hacer una concentración en la comuna —agregó otro.

Se comenzó entonces a trabajar y organizar una gran concentración. Se eligió como lugar la calle J. J. Pérez a la altura del 6.600, frente a un gran terreno eriazos conocido como el de *La Viuda*. También se realizaron gestiones con el gobierno en busca de alguna solución.

La idea de la toma ya se estaba madurando. Había que realizar un reconocimiento y elegir un terreno adecuado. Sería la primera toma de este período presidencial y no se sabía cómo reaccionaría el gobierno democratacristiano. En la concentración se declaró que ése sería el lugar donde se instalaría el campamento.

—¡Aquí nos instalaremos, compañeros. Si el gobierno no soluciona nuestro problema, lo solucionaremos nosotros! —declaró Araya.

Se preparaban los ánimos para que la organización asumiera la pelea por un pedazo de tierra.

Dos comités de Quinta Normal decidieron unirse a la organización; sus dirigentes llegaron pidiendo puestos de mando.

—¡Si quieren puestos en la directiva, déselos, compañero! Después veremos si son capaces y sirven en la pelea —acotó un viejo dirigente comunista.

El terreno se eligió. Era uno adquirido por la Fundación INVICA en una zona industrial del ex fundo Santa Corina. Terreno semi-árido, duro, donde sólo crecen secos pinos; lo forman suaves faldeos de rulo, lo cruza un canal de cierta profundidad y se puede llegar a él cruzando un puente. Se dibujó un plano topográfico del sector y sobre éste se planificó la toma. Había que preparar

grupos para que hicieran el puente, para cortar el agua, y otro provisto de linternas para señalar el camino a los pobladores.

El gobierno, estando ya al tanto de lo que se preparaba, mantenía contacto con los dirigentes. Los tramitaba para dilatar la toma y ganar tiempo, ofreciéndoles —por el programa denominado Operación Sitio— algunos terrenos en plan de construcción destinados a otros pobladores de las riberas del río Mapocho.

Adelina Chávez y su esposo Pedro Alvarez, carpintero, estaban cesantes desde hacía varios meses. Vivían como allegados, tenían un hijo de ocho meses, enfermo de epilepsia, y Adelina venía saliendo del hospital con una guagua de cuatro días.

—Me contaron que se va a hacer una toma —contó Pedro a su esposa camino a la población—. Y sería re' güeno que nosotros fuéramos.

Adelina asintió con la cabeza y siguieron caminando.

Creyeron primero en promesas alessandristas, luego en promesas democratacristianas. Su experiencia, hecha de esperanzas frustradas, los había llevado al camino de la lucha. Tomaron una decisión consciente y no habría nada que les hiciera cambiarla.

—Tenemos que luchar, mi'jita —decía Eugenia Gorbina a su hija—. La toma es la única forma de tener una casa para tus hijos. Yo por ellos, por mis nietecitos, voy a participar.

Tenía sesenta años de edad, vivía como allegada junto a su hija y nietos. Una mujer curtida en este pueblo sufrido.

La organización siguió preparando febrilmente el momento de la toma. Algunas compañeras llevaban más de dos meses realizando un curso de

enfermería. Profesionales médicos las preparaban y reunían recursos para un policlínico ambulante. Las comisiones tomaban decisiones. La de alimentación propuso una olla común en la toma.

—Sin ollas comunes, compañeros —contestó Juan Araya—. No queremos sinvergüenzas, bandidos y borrachos que se aprovechen de la olla para eludir sus responsabilidades.

Posteriormente se llegó a un acuerdo de repartir leche solamente a los niños.

Atardecía en Lo Prado, un sector de Barrancas. El sol se escondía entre la cordillera de la Costa, pintando con un color rojizo las nubes otoñales. Caminando por Los Arrayanes, una estrecha calle del sector, Antonio Faúndez, joven obrero de la construcción, conversaba con Manuel González, de sólo 19 años. Sus cabellos bien recortados lo hacían ver más joven; era delgado y de buena estatura.

—No sabemos qué hacer con la Sara. No podemos seguir viviendo allá en la casa; somos muchos y hay puros problemas —decía Antonio. Pa' más remate, el viejo Riquelme todavía no quiere que nos casemos. Viejo tonto, si ya llevamos más de un año viviendo juntos.

—Si p'ó, con tu hermana ya decidimos casarnos y allí en tu casa no se puede vivir —contestó Manuel—. Y sólo en tres piezas, no cabemos nosotros cinco más los siete cabros. Además la Pilarcita ya va a cumplir dos meses.

—Sabís Manuel, en el comité de allegados nos estamos preparando pa' una toma. Tú con la María podían meterse también.

—Ya p'ó, necesitamos un sitio, aunque sea por mientras.

La decisión estaba tomada. Llegaron a la casa, una mediagua pareada al

lado derecho del sitio. Una ventana no muy grande lanzaba una tenue luz a la calle, que se cubría con un manto de sombras. Los jóvenes cruzaron la reja de madera que separaba el sitio. Manuel ingresó a la casa mientras Antonio atravesaba el patio e ingresaba, en el fondo, a una caseta no muy bien hecha, de madera, sobre un pozo negro.

Los dirigentes de la toma, reunidos, ultimaban los detalles para no dejar nada pendiente.

—Están listos los compañeros que harán el puente, y ya nos conseguimos las linternas —informó el encargado de ejecución.

—Hay que avisar a *El Siglo*, para que esté en la toma reportando.

—También hay que avisar a los compañeros parlamentarios; Gladys Marín y María Maluenda ya están al tanto.

En la población Roosevelt, en la primera cuadra por J. J. Pérez, estaba instalada una tenencia relativamente nueva. Era la hora del cambio de guardia y había un ajeteo febril.

—¿Dónde se encuentra el oficial al mando de esta unidad? —preguntó al centinela un corpulento oficial de aspecto agresivo.

—Está en la oficina, mi coronel. ¡Cabo de guardia! —gritó el carabinero al ingresar el oficial.

Era el coronel Sergio Rodríguez, oficial designado para controlar la toma. Tenía órdenes superiores de evitarla a como diera lugar.

—Es posible que esta noche se realice una toma; no sé el lugar, pero se cree que será en Pérez. En el terreno de La Viuda —informaba al oficial al mando de la tenencia—. Por lo tanto, ordene a sus hombres que arresten a todas las personas que encuentren como para una toma, poniendo parejas de carabineros en las poblaciones cada tres cuadas.

Minutos después comenzó la “operación sitio” de los carabineros. Con esto también se cumplía el objetivo de amedrentar a los pobladores.

La toma estaba en marcha. Era alrededor de la medianoche. Una densa niebla no dejaba pasar la claridad de la luna; el alumbrado público no era suficiente; por lo tanto, era posible burlar a los *pacos*. Al menos eso pensaban los pobladores.

Primero salieron Antonio y Sara, caminaron hasta la esquina y, después de atisbar, Sara volvió a la casa.

—Ya, chiquillos —susurró—; no se ve ná. El Toño está esperando en las torres. Voy a buscar las cosas.

Se juntaron los cuatro en la esquina. El nerviosismo se reflejaba en su respiración agitada. Todo estaba en silencio; sólo se escuchaba el ronroneo de los cables de alta tensión de las torres eléctricas. Se encaminaron rumbo al sur. Los ladridos de un perro sobresaltaron a los sigilosos caminantes; una frazada cayó al suelo.

—Recógela, y no te asustís de los perros —susurró Manuel—. Vamos por los Copihues hasta San Pablo. Sale más corto.

Y siguieron su marcha perdiéndose entre la niebla.

En otros sectores surgían caravanas de mujeres con niños, cargando sobre sus hombros paquetes que contenían enseres, pesados fardos. Hombres que llevan el colchón, las frazadas, palos y cartones. El brasero, las ollas, el tarro de parafina, canastos o bolsos con papas y fideos, carbón, una garrafa con agua y la bandera que hay que plantarla sobre la carpa. Se deslizan entre la niebla haciéndole el quite a los carabineros adiestrados, bien apertrechados, con cascos de metal, laques de goma, lumas, bombas lacrimógenas, fusiles con sus respectivos cargadores, revólveres y sables los oficiales.

—¡Alto! ¡No no se muevan o disparo! —es el grito entre la niebla y las sombras. Dos figuras se acercan apuntando con sus armas a mujeres con sus niños.

—¿Qué pasa, mi cabo? —pregunta Eugenia con voz temblorosa.

Los niños abrazan a la madre que no suelta el brazo de Eugenia.

—¿Dónde creen que van, mierda? —es la respuesta de uno de los garantes del orden y centinelas de la propiedad privada.

—¡A la toma querían ir las perlas! ¡Vamos altiro pa' la comisaría, será mejor!

Sin dejar de apuntar, se llevan a las mujeres con los niños y sus cosas a cuestras. Cuadras de caminar y después, la tenencia.

—Otras más que no llegaron —comentó jocosamente el guardia.

—¡Cabo de guardia! —gritó, y las prisioneras ingresaron con sus custodios.

Dentro del cuartel, algunos sentados en unas bancas y los más, tirados en el suelo con todos sus enseres, esperaban. Eugenia, su hija y sus nietos se sumaron a los otros.

—¡Puchas la mala pata! —exclamó uno de los detenidos—. Tan re'bien que veníamos y tuvimos que quedarnos atrás.

En San Pablo el ajetreo era grande. Carretas, carretones, personas en bicicleta, a pie, se unían formando una columna cada vez mayor. Una pareja de carabineros, sin poder hacer nada, se apresuró en ir a pedir refuerzos y dar aviso del lugar donde se realizaba la toma. Un bus de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado (ETC), con personas y enseres, se unió a la marejada humana.

De pronto, ahí estaba: el compañero con la linterna señalaba el camino hacia el terreno. La columna comenzó a internarse entre espinos, montículos de tierra, perdiéndose entre las brumas, guiada por las débiles luces de las linternas que se apagaban y encendían.

Parecía un buzón como entraba la gente, un racimo silencioso de personas que, arrastrando sus paquetes, comenzaban a tomar posiciones. Los niños bajaban los bultos de sus hombros y se sentaban en la dura tierra.

—Cuidado con el canal, compañera —susurraba el vigía que iluminaba el puente con la linterna.

Mientras tanto afuera, en San Pablo, seguía llegando gente. Los reporteros de *El Siglo* fueron los primeros en llegar; eran las 2:30 de la madrugada.

Repentinamente, entre la niebla, comenzaron a aparecer efectivos policiales. Había que apagar las linternas y prepararse. Dos camiones cargados con enseres fueron detenidos junto a sus conductores y al guía en su bicicleta.

El trabajo era duro en la toma; los hombres cavaban con dificultad la tierra para enterrar estacas. En la oscuridad, ni una luz. Se sentía sólo el ruido de los martillos que casi instintivamente golpeaban los clavos. Rodeando el terreno, después que se dio la voz de alarma, las mujeres con sus hijos formaron una cadena humana tomados de las manos, en silencio.

Primero se levantó una carpa, improvisada con frazadas; después comenzaron a aparecer las otras, diseminadas entre las sombras, por los faldeos. Carpas de todos tamaños. Comenzaron a encenderse las fogatas, las velas, los chonchones; las banderas flameaban sobre las carpas entre la llovizna y una densa niebla.

Las guaguas y algunos niños pequeños ya estaban guarecidos del intenso frío; el agua hervía, una taza de té para poder continuar, la espera era larga. Un piquete de carabineros que había llegado en dos furgones, trataba de llegar al lugar de las fogatas. Vano intento; la defensa organizada había cortado el puente y cerrado las pasadas. De pronto, un grito y el chapoteo.

—¡Un paco se cayó al agua! —gritó un poblador, y comenzó a reír. Los demás, contagiados, comenzaron a reír también mientras el policía, resbalando en el barro, trataba de salir. Llegaron otros carabineros y lo ayudaron, en medio de la burla generalizada, producto del mismo nerviosismo de los pobladores.

Los cordones de vigilancia se formaron con hombres y mujeres que se turnaban. La neblina de la madrugada fue dando paso a más llovizna. A lo lejos se divisaban los furgones que controlaban en la distancia.

—¡Queremos casas! —comenzaron a gritar los que vigilaban—. ¡Nuestros hijos son chilenos y merecen los terrenos!

La madrugada comenzaba a despuntar. Eran cerca de las cuatro, cuando por San Pablo aparecieron varios piquetes policiales, armados fuertemente y reforzados por militares en dos camiones. Los sin casa rompieron el silencio y comenzaron a cantar la canción nacional.

En esos momentos llegaron al lugar los diputados del FRAP y los parlamentarios Gladys Marín, María Maluenda y José Cademartori, acompañados por Luis Neira, dirigente poblacional y regidor, junto a Lorenzo de la Maza, candidato a regidor por Barrancas.

Varios minutos después se hicieron presentes Laura Allende y Volodia Teitelboim junto a otros parlamentarios y diputados, para prestar su apoyo a los sin casa en su lucha por la vivienda.

—¡Viene el alcalde! —dijo aviso un vigía—. Pongan el puente.

El alcalde, Benedicto Flores Neira, un hombre de estatura considerable y contextura gruesa, trigueño, ingresó al campamento y, dando un rápido vistazo, se retiró con el ceño fruncido. Eran cerca de las cinco de la madrugada, cuando una patrulla de carabineros logró ingresar, fuertemente armados. Seguían las órdenes de dos oficiales y procedieron a realizar una ligera inspección.

—Tú, ¿de dónde vienes? —preguntó el oficial a un poblador.

—De la población Neptuno...

—¿Y tú? —preguntó a otro.

—Yo no conozco a nadie...

—¿Y por qué te viniste para acá?

—Porque no tengo dónde vivir con mi mujer y los chiquillos...

—¡No, te viniste porque aquí son mejores los terrenos!

—Claro que son mejores, porque yo no tengo ninguno.

El oficial frunció el ceño. Sin decir más, se dirigió hacia un grupo de mujeres que discutían con otro carabinero.

—Mejor es que se vayan —increpaba el policía—. No hagan política.

—Hace tres años que la CORVI nos tramita. Eso es hacer política—
respondió secamente una mujer.

El oficial, haciendo a un lado al carabinero, se mezcló en la discusión.

—Nosotros tampoco tenemos dónde vivir.

—Entonces deben comprender mejor nuestro sufrimiento.

—El gobierno hace lo posible por darles casa.

—El señor Frei nos prometió casas y seguimos viviendo de allegados.

El oficial miró al policía y, haciendo una seña, se retiró.

Eran ya las seis y media de la madrugada. El frío era intenso. Los pobladores, arropados con frazadas, esperaban tranquilos el amanecer. Rodeados por fuerzas policiales estaban en silencio y absoluto orden. Algunos parlamentarios se habían dirigido al Ministerio del Interior a gestionar con el gobierno; otros fueron a la tenencia Roosevelt a tramitar las gestiones de libertad de los sin casa que habían sido apresados. María Maluenda y Laura Allende solicitaban la liberación de los detenidos, pero el inflexible oficial a cargo de la tenencia se negaba tozudamente.

—¿No querían jugar a la toma de sitios? —decía—. Ahí tienen las consecuencias.

—Para ellos no es un juego —respondió María—. Lo han hecho por la necesidad de tener un techo propio.

—Piense en esos niños que acompañan a sus padres —decía Laura.

—Por favor —pedía una mujer—, entréguenos la ropa de cama que está en los carretones pa' tapar a mi cabro chico que está muerto de frío.

El oficial guardó silencio; sin decir nada, continuó escribiendo.

Eugenia Gorbina se acercó a los reporteros de *El Siglo* que habían acompañado a las parlamentarias y que conversaban con un poblador.

—¿De dónde vienen ustedes? —preguntó el reportero.

—Nosotros casi todos somos de la población El Peumo y Las Casas. Allá la mayoría vive de allegado, por eso es que queríamos un sitiecito. Usted sabe que no hay como vivir en lo propio.

—Pero, ¿qué sacaron con tratar de ir si los tomaron presos?

—Esto no es nada —respondió Eugenia Gorbina—. Yo sé que tengo que luchar de esta manera para tener un terreno, porque no tengo plata. A mí me habrán tomado presa, pero a otros no.

En la toma, entretanto, entre la niebla que había bajado nuevamente, se recortó una amenazante caravana. Eran alrededor de doce vehículos de la prefectura central, llenos de carabineros armados como para una guerra.

La caravana se detuvo. El primero en bajar fue el coronel Sergio Rodríguez. La orden de desembarcar fue dada; rápidamente los efectivos cumplieron coordinadamente. Los gritos de formación y tomar posiciones inquietaban a la multitud que, a pesar de todo, no perdía la serenidad. Instintivamente las madres abrazaron a sus hijos y alguien comenzó a cantar la canción nacional. Los demás lo siguieron, entonándola con bravura.

—¡Desalojen inmediatamente el sector o aténganse a las consecuencias! —comunicó por un megáfono el coronel, después que hubo terminado la canción nacional.

—¡Queremos casas...! ¡Queremos casas! —fue la respuesta de los pobladores al unísono.

La orden de avanzar fue dada. Perfectamente formados, los carabineros procedieron a su “operación sitio”, pero el cordón de pobladores —al grito de tirarse al suelo, efectuado por Juan Araya— detuvo a las fuerzas represivas, que titubearon sin saber qué hacer. No les quedó más que retroceder y esperar una nueva orden. El coronel, con deseos de terminar pronto con el asunto, nuevamente ordenó proceder con el desalojo. Otra vez avanzaron amenazadoramente. Las mujeres, con sus hijos en brazos, resistieron la nueva arremetida. Algunas cubrieron los entumidos cuerpecitos de sus hijos con la bandera patria. Los carabineros nuevamente vacilaron. Los pobladores los empujaron haciéndolos retroceder; algunos cayeron al canal. Nuevamente no pudieron hacer nada.

La furia del coronel Rodríguez se reflejó en su rostro. Comenzó insultando primero a sus subordinados y después a los pobladores.

—¡Desalojen a como dé lugar a estos comunistas muertos de hambre! —ordenó.

Algunos carabineros avanzaron con sus lumas en alto. Hubo forcejeo, la arremetida fue furiosa. Adelina Chavez, con su guagua en brazos, fue apretada entre pobladores y policías. La luma de uno de ellos se movía a diestra y siniestra. Otros comenzaron a destruir las carpas levantadas por los pobladores. En medio de éstas, en una cama, sentada con su guagua en brazos, se encontraba



Benigna Zúñiga, una joven de 19 años. Sin contemplaciones, un grupo de carabineros tomó en vilo la cama junto a la joven. Gladys Marín corrió al lugar. Uno de los policías, al verla, lanzó un violento manotazo. La reacción de Gladys no se hizo esperar: le propinó varios puñetazos al carabinero. Los otros funcionarios, al ver lo ocurrido, dejaron a la joven y se retiraron. El carabinero recogió su casco y, cabeza gacha, se alejó.

En el interior de una carpa hervía una tetera. A su lado dormía una pequeña de tres años, Jeanette Tapia. Afuera, carabineros arrasaron con la improvisada vivienda, volcando la tetera. Los llantos de la pequeña hicieron presagiar una desgracia. Los pobladores, indignados, corrieron a prestar ayuda a la pequeña, que afortunadamente sólo sufrió quemaduras en el muslo derecho.

Los ánimos se caldeaban. Los parlamentarios exigían control a las fuerzas represivas, que terminaran con las tropelías de sus efectivos. El coronel Rodríguez ordenó cambiar la táctica por la de convencimiento verbal. Ya tenían a muchos pobladores arrestados en los vehículos, y enseres en los camiones militares. Los carabineros se limitaron a recorrer el sector tratando de convencer a los pobladores.

—Es una locura lo que están haciendo —decía un policía a Ovando Araneda—. ¿Por qué no se van para sus casas?

—¡Cómo va a ser una locura! Fíjese, mi cabo, que yo soy padre de nueve cabros. Tengo sesenta cuotas CORVI y no tengo pa' cuando me den casa.

Ya era cerca de las nueve de la mañana. El bosque de banderas, clavado sobre un pedazo de tierra chilena, seguía en manos de los hombres, mujeres y niños. Aun cuando una parte de los pobladores había sido obligada a abandonar el campo de batalla, más de la mitad se mantenía en su sitio, sin moverse.

Las horas seguían pasando. La policía se había retirado, pero mantenía el cerco del campamento.

En el Ministerio del Interior, en tanto, el senador Dr. Salvador Allende, junto a otros parlamentarios del FRAP, exigían solución al problema de los sin

casa de Barrancas. De este mismo Ministerio había salido la orden de desalojo por cualquier medio. El ministro del Interior manifestaba a los parlamentarios que hacía lo posible por dar solución al problema, pero que los pobladores deberían salir.

En horas de la tarde, la intendencia de Santiago entregó una declaración en que responsabilizaba a los parlamentarios del FRAP de ser causantes de los hechos ocurridos.

—Resulta muy duro para el intendente de Santiago —declaró— tener que señalar la antipatriótica actitud de los parlamentarios que incitan a los pobladores a luchar contra sus propios compañeros, a los que engañan con falsas promesas, comprometiéndolos en riesgos que ellos no afrontan, ya que se escudan en su fuero para no sufrir las consecuencias de las acciones, las que sí deben encarar los pobladores que son arrastrados en esta aventura.

Señalaba más adelante que los terrenos estaban destinados a los habitantes de la población Colo Colo y otros de las riberas del río Mapocho.

Bernardo Leighton, ministro del Interior, declaró al día siguiente que el gobierno no intervendría en la solución del problema creado en la comuna de Barrancas, por cuanto había sido artificialmente preparado.

—El gobierno no ha buscado este problema —dijo— y, por lo tanto, quienes se tomaron los terrenos deberán resolverlo.

Terminó diciendo a la prensa que se atenia a los conceptos emitidos por el intendente de Santiago en su declaración del día anterior. Pero horas después, el subsecretario del Interior, Enrique Krauss, reconoció que los sitios que habían tomado los pobladores en Barrancas, no eran los mismos que habían sido asignados a los de la población Colo Colo.

Con esto quedaba demostrado que el gobierno tenía el propósito de desviar la atención del verdadero problema, la falta de viviendas, acusando a los pobladores de querer apoderarse de terrenos prometidos a otros, para así dividir y poner en contra a la misma población.

En el campamento; entretanto, el Cuerpo de Bomberos de Barrancas, al mando del comandante Barrera, proveía de agua a los pobladores; además, llevaban a los niños enfermos a la posta, ya que muchos habían contraído diarreas agudas y gastritis. Otros niños sufrían afecciones a las vías respiratorias. Una enfermera del organismo encargado de salud se comunicó con funcionarios de la posta Roberto del Río, y los niños fueron llevados en ambulancia al hospital.

La solidaridad comenzó a manifestarse de diferentes formas. Llegaron estudiantes universitarios de Arquitectura y otras facultades a cooperar con la toma; instalaron dos letrinas y organizaron un poco mejor los espacios y las carpas, dejando tiendas para enfermería, oficina de reclamos, depósito de víveres, y una para el comando ejecutivo del campamento.

Gran parte de los pobladores estaba cesante; por lo tanto, se hicieron colectas para comprar medicinas. También se establecieron las juntas de vigilancia para impedir incendios, hurtos, riñas. Con responsabilidad y disciplina comenzó a funcionar el gobierno vecinal, prohibiendo el acceso de ebrios y la entrada de alcohol. Como no se hacían ollas comunes, decidieron prestar mayor ayuda a los cesantes y a quienes perdieron sus enseres en el combate con carabineros.

Los regidores —en una reunión junto al alcalde, dirigentes de la toma y la diputada Gladys Marín— comprometieron a Enrique Krauss para conceder facilidades en el abastecimiento de agua y alimentos. Después de la reunión, por la tarde, el Ministerio del Interior dio las instrucciones respectivas a carabineros, mientras la Municipalidad de Barrancas encontraba una solución al problema.

Comenzó otra noche. Había que reponer fuerzas para enfrentar un nuevo día. Algunas carpas eran comunes; los hombres se recostaban a un lado y las mujeres al otro costado de la carpa, se apagaban los chonchones. Con la claridad de la mañana se distinguían los cuerpos cobijados bajo las frazadas, pero ya no separados los hombres de las mujeres, sino por parejas abrazadas y sonrientes. La ayuda y solidaridad continuaba; comenzaron a funcionar las comisiones de reclamos, las comisiones de las encuestas anotaban en un simple cuaderno escolar los nombres de los esposos presos, acusados de usurpación de tierras, el número de hijos.

Los parlamentarios del pueblo vigilaban incansablemente. La pequeña Gladys, el pampino Víctor y la esbelta Laurita no abandonaban a los sufridos sin casa.

Los universitarios estaban nuevamente allí; traían leche en polvo y Milo. Organizaban comités de estudiantes y pobladores, discutían la posibilidad de un plan de autoconstrucción con trabajo voluntario de estudiantes de Arquitectura, Construcción Civil y pobladores.

La idea era buena. Se hizo un fondo común para comprar madera, clavos y combustibles, pero Carabineros intransigentemente impidió ingresar los materiales.

—Son órdenes superiores —indicaron, inmutables.

Adelina Chavez estaba preocupada. Herminda, su guaguita, no dejaba de llorar.

—Oye, Pedro, no sé que tiene la guagua —comentó—. Parece que está re enferma, ella nunca llora tanto.

—Y por que no la llevai a la posta.

—Me voy a conseguir plata pa' llevarla a la Posta 3.

Por la tarde Herminda se había agravado. Adelina partió con ella a la posta. Llegó a Chacabuco, la criatura respiraba mal.

—¿Qué previsión tiene señora? —preguntó la enfermera de recepción en la posta.

—No tengo ninguna, señorita.

—Entonces tiene que pagar seis mil pesos.

—Tampoco tengo plata, pero mi guaguüta está muy grave.

—Lo siento señora, pero sin plata no se puede atender.

Adelina regresó al campamento. Angustiada, veía como su pequeña respiraba mal y no ingería líquido. Se sentía impotente.

Oscurecía, era alrededor de las ocho, y Adelina, desesperada, partió otra vez al hospital, al San Juan de Dios. Allí la atendieron, pero ya era demasiado tarde.

Pedro Alvarez estaba preocupado. Adelina no llegaba.

—Ya son más de las nueve —pensaba.

Cuando Adelina llegó sola, él pensó lo peor. Las lágrimas que derramaba fueron la respuesta que Pedro recibió.

Al día siguiente, los desventurados padres no conseguían recuperar el cadáver de la niña.

—No se la puedo entregar, porque no está inscrita en el civil —fue la respuesta que recibieron.

Tuvieron que efectuar todo un trámite burocrático de inscripción y posterior defunción para recibir un certificado, el cual cambiaron por el cadáver de Herminda. Un simple papel era más importante que el dolor de los sin casa.

Por San Pablo, desde el campamento partió el cortejo. Eran las cuatro y media de la tarde. En silencio y con profundo pesar que se reflejaba en los rostros de todos los que acompañaban a Pedro y Adelina, seguían caminando tras el pequeño ataúd blanco. Iba una columna de más de treinta mujeres de los sin casa, numerosos familiares de éstos y pobladores de diversas comunas, encabezados por la diputada Gladys Marín, los dirigentes comunistas Lorenzo de la Maza, Elena González y Rodolfo Vivanco, y dirigentes de los pobladores, completando más de dos cuadras.

completando más de dos cuadras.

Laura Allende se había adelantado al Cementerio para realizar los trámites del entierro, y en las proximidades se incorporó a la marcha fúnebre.

El pequeño ataúd fue dejado al borde de la fosa. A nombre de los pobladores habló Juan Araya:

—Lo más importante es la heroica lucha que se ha dado por obtener una vivienda o un sitio donde vivir con dignidad. Los pobladores entregamos nuestro pesar a Pedro y Adelina, pidiéndoles que no desmayen, porque Herminda de la Victoria Alvarez se convertirá en un símbolo de la lucha de todos los sin casa de Barrancas por lograr la solución a su problema habitacional frente a la incapacidad de este gobierno.

El tiempo siguió su marcha, comenzó otro día. Los rostros estaban demacrados por la vigilia, por la tensión y la incomodidad, pero había alegría y confianza. Una confianza tremenda en la fuerza de la unidad.

Los reporteros de *El Siglo* continuaban con su incanzable labor de informar, denunciando el drama de los sin casa. Día a día estaban en el campamento, reportando.

—No me importa sufrir y pasar frío —les decía una pobladora—. Todo sea por un bienestar pa' mis cuatro hijos. Que mis pájaras no pasen más noches de miedo, como cuando llega borracho el que nos arrienda, nos insulta y nos provoca. Nos quedaremos aquí mientras nos entreguen un pedacito de terreno donde levantar nuestro ranchito.

En el Ministerio del Interior, entretanto, Volodia Teitelboim junto a Gladys Marín y Laura Allende, se reunían con Bernardo Leighton, pidiéndole solución al problema del campamento Herminda de la Victoria, donde los pobladores llevaban ya una semana cercados por Carabineros.

—Autorice a esas familias para ubicarse transitoriamente en esos terrenos —solicitaba Volodia.

—Vuelvo a insistir en que esos terrenos están destinados a viviendas —respondió el ministro.

Gladys extendió un plano con el timbre de la Dirección de Obras de Barrancas.

—Aquí está —dijo Gladys—. De acuerdo al plan regulador de la Municipalidad de Barrancas, la zona donde los pobladores se encuentran está señalada como área industrial.

—Está bien; el gobierno no hará cuestión de que se queden ahí mismo, pero sin ocupar más terreno.

Para buscar una solución al problema, los parlamentarios comprometieron al ministro a realizar una encuesta de las familias del campamento.

—Suponemos que la encuesta permitirá levantar el cerco policial que se tiene sobre el campamento —insistió Volodia—. El cambio de comandantes en cada turno hace generalmente surgir problemas para el movimiento de pobladores.

—Hay órdenes precisas a Carabineros para que colaboren en la solución de los problemas —señaló Leighton—. El gobierno no está interesado de ninguna manera en que esto se agudice.

—La Municipalidad nos indicó cuatro terrenos en los cuales se podrían ubicar estas familias —señaló Gladys—, pero la Corporación no tiene recursos para hacerlo. Además su situación presupuestaria es tan grave, que los obreros municipales recibieron su salario con 18 días de atraso.

—No tenemos inconveniente en estudiar un aporte del Ministerio a la Municipalidad de Barrancas para que pueda solucionar sus problemas —terminó diciendo el Ministro.

El tiempo siguió pasando. El hacinamiento y la miseria no impedían que la vida continuara. Así como la muerte se llevó a Herminda, también se llevó a otro niño y a un jefe de hogar, pero habían nacido otros también. Había pasado un mes, los parlamentarios del pueblo no descansaban en su objetivo de obtener condiciones dignas para los pobladores. El Ministerio del Interior aceptó comprar terrenos, siempre que los pobladores aportaran el 70 por ciento de su valor. El Servicio Nacional de Salud se responsabilizaría de las condiciones sanitarias. Eran sólo proyectos para la solución.

La organización y la lucha de los pobladores no cesaba. Faltaba mucho por hacer.

En la oficina del campamento, Juan Araya redactó una declaración que esperaban los reporteros de *El Siglo*. En la entrada de la carpa apareció Antonio Faúndez. De la mano hizo pasar a Sara, que entró con la vergüenza propia de sus 16 años.

—Compañero Juan, venimos a inscribirnos porque queremos casarnos.

—Qué bueno —contestó Juan, dejando de escribir—. ¿Y cuándo quieren casarse?

—El miércoles, los cuatro, porque mi hermana también está afuera con el Manolo esperando pa' inscribirse.

—Listo... los vamos a ayudar a sacar sus papeles y carnet de identidad —dijo Juan Araya, y comenzó a anotarlos.

La noticia del casamiento doble en el campamento se propagó rápidamente. No pasó un cuarto de hora cuando llegó otra pareja y luego la cuarta, que también quería casarse.

El día miércoles llegó casi volando. Se organizó una fiesta, dentro de las precarias condiciones en que vivían los pobladores. Su solidaridad tuvo este día oportunidad de expresarse; se consiguieron víveres y el conjunto folclórico del campamento se preocupó de la música.

Los novios, vistiendo sus mejores trajes, dejaron a sus niños con otros pobladores, y acompañados de los dirigentes, como testigos, se encaminaron al Registro Civil. Rato después, allí estaban, en una estrecha sala. El único mueble era un escritorio y su respectiva silla.

Los novios, de pie junto a los testigos, escuchaban alegremente.

—Manuel González Lunsdted, ¿acepta usted por esposa a María Faúndez Carvajal?

—Sí —contestó Manuel—, la acepto.

A mediados del mes de mayo, en una fría tarde, el invierno comenzó a hacerse notar. Negras nubes se movían desde el suroeste cubriendo el cielo de Santiago; el viento sur comenzó a soplar con fuerza; muchas carpas fueron arrasadas; de las casetas que se había logrado levantar salieron volando los techos, las fonolas, los cartones. El viento dio paso a la lluvia; la dura tierra comenzó a transformarse en barro gredoso, la tierra se ablandó y algunas mejoras se desplomaron. Las madres, cubriendo a sus hijos, buscaban refugio en otras casetas. Los hombres, empapados, colocaban fonolas, cartones, géneros, lo que sirviera para protegerse del agua. Llegó la noche; el agua no dejaba de caer. Hacinados alrededor de un brasero, cuatro y hasta cinco familias por caseta, buscaban donde descansar.

El barro se escurría entre las carpas, entre las mejoras, bajo las camas;

llegaba al canal que subía su nivel de aguas achocolatadas, amenazando con desbordarse. Ahí estaban nuevamente los hombres, cavando con sus palas y reforzando con barro y piedras los posibles lugares de desbordes.

La noche se fue y también la lluvia; sólo quedó el barro y los enseres mojados, junto a la consternación de todos. Un pálido sol se insinuaba sobre las ranchitas de cartón, latas, madera cubierta por trozos de bolsas plásticas, sábanas o banderas.

En la carpa del comité había mucha gente reunida. Había que estudiar el traslado de los niños. María Maluenda llegó al campamento; sus zapatos se pegaban en el barro. Invitada a la presidencia del mitin, se acercó a Juan Araya, que comenzó a hablarle a los pobladores.

—Anoche, con la lluvia, fue una noche de perros —dijo—. Nosotros, los adultos, podemos aguantar, pero no los niños... Así es que tendremos que evacuarlos. Los centros de madres de Barrancas, como los de la población Neptuno, se preocuparán de ellos, incluso de su alimentación.

Hubo un murmullo entre los pobladores; había que decidirlo.

—Las madres son las que tienen que decidir si quieren que sus hijos sean evacuados —dijo otro dirigente.

La respuesta fue un solo y rotundo no. Alguien comenzó a entonar el himno de la población:

Somos los sin casa
de esta población,
luchamos sin descanso
por una habitación.

Los demás, entre lágrimas, lo acompañaron.

Por eso compañeros
hagamos la unidad,

de todos los sin casa
del campo y la ciudad.

María Maluenda y Juan Araya intentaron convencer a las madres de la necesidad de evacuar a los niños. Cuatro microbuses de carabineros los esperaban para trasladarlos al centro comunitario. Al final, las pobladoras aceptaron.

En total, 178 niños fueron evacuados, en medio de las lágrimas de sus madres y hermanos.

La actitud oficial fue cambiando paulatinamente. Se llegó a acuerdos y se tomaron ciertas medidas, pero lo cierto es que la situación se dilataba.

Las promesas del Ministerio del Interior frente a la ayuda que prestaría el Servicio Nacional de Salud, no se cumplieron. Incluso en la posta se negó la atención a mucha gente. Sin embargo, el improvisado policlínico del campamento no dejaba de atender. Los ocho voluntarios trabajaban gratuitamente. Diariamente llegaban cerca de 140 enfermos de diarrea, bronquitis, bronconeumonía; eran principalmente niños.

Después de dos meses de tramitaciones, los pobladores de Barrancas fueron recibidos por el ministro de Vivienda. La reunión duró cerca de dos horas. Los pobladores habían conseguido —a través de la FECH— la suma de 50.000³⁾ escudos para la compra de los terrenos de la sucesión Hermanos Cifuentes, y el ministro Hamilton debía darle una redacción definitiva al compromiso de adquisición.

Por la diferencia del valor, los pobladores se comprometieron a cancelar una cuota mensual de 30 escudos, que se reajustaría al año siguiente, terminando de pagar en tres años. Los cobros individuales se harían a través de la caja recaudadora de la CORVI, ubicada en la población Roosevelt.

Hamilton ofreció buscar él mismo los recursos para cubrir los veinte millones de pesos que faltaban para pagar el pie inicial de compra.

3) Antecedentes proporcionados por el dirigente Juan Araya en el año 1987. Esta suma correspondía al aporte de los pobladores para la compra del terreno.

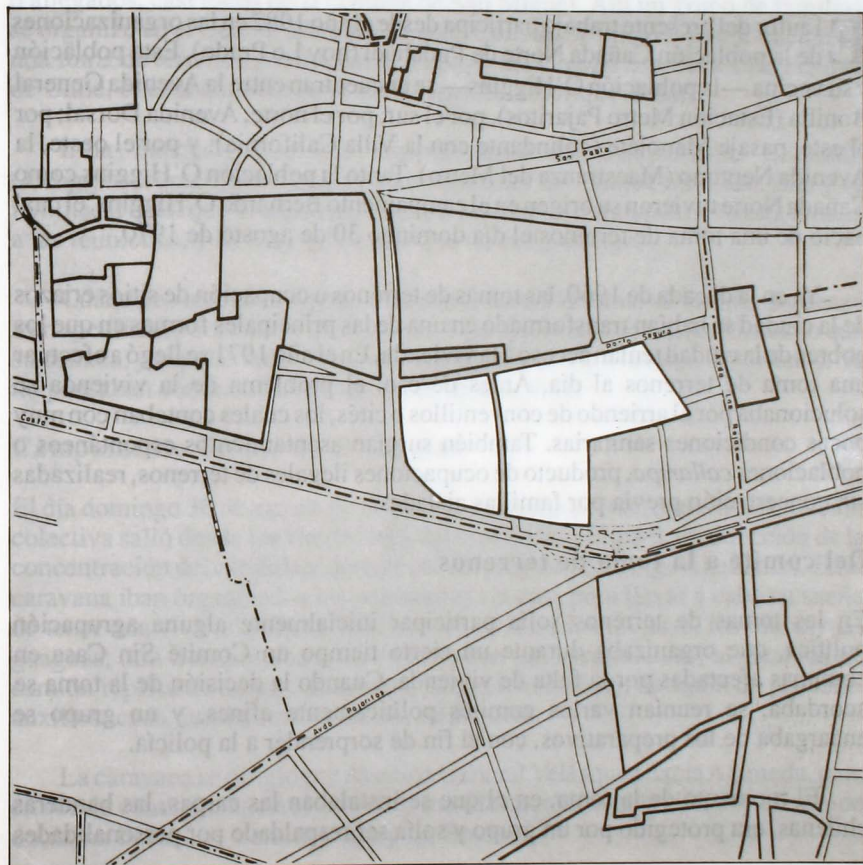
—Existen posibilidades de que los pobladores sean posteriormente incorporados a los planes de construcción de viviendas del gobierno —terminó diciendo Hamilton a la prensa.

De esta forma, las familias que libraron una heroica lucha por obtener los terrenos, lograron su anhelo. Herminda de la Victoria fue y sigue siendo un hito importante en la historia del pueblo, un ejemplo de lucha en Las Barrancas, hoy Cerro Navia.

Campamento Bernardo O'Higgins

Y POBLACIONES CAÑADA NORTE Y O'HIGGINS

JUAN C. CARTAGENA P.



El autor del presente trabajo participa desde el año 1982 en las organizaciones de la población Cañada Norte de Pudahuel (hoy Lo Prado). Esta población y su vecina —la población O'Higgins— se encuentran entre la Avenida General Bonilla (Estación Metro Pajaritos), por el sur; por el norte, Avenida Dorsal; por el este, pasaje Manolete (colindante con la Villa California); y por el oeste, la Avenida Neptuno (Maestranza del Metro). Tanto la población O'Higgins como Cañada Norte tuvieron su origen en el campamento Bernardo O'Higgins, el cual nació de una toma de terrenos el día domingo 30 de agosto de 1970.

Ya en la década de 1960, las tomas de terrenos u ocupación de sitios eriazos de la ciudad se habían transformado en una de las principales formas en que los pobres de la ciudad tenían acceso a la vivienda. En el año 1971 se llegó a efectuar una toma de terrenos al día. Antes de eso, el problema de la vivienda se solucionaba por el arriendo de conventillos o cités, los cuales contaban con muy pocas condiciones sanitarias. También surgían asentamientos espontáneos o poblaciones *callampa*, producto de ocupaciones ilegales de terrenos, realizadas sin concertación previa por familias aisladas.

Del comité a la toma de terrenos

En las tomas de terrenos solía participar inicialmente alguna agrupación política, que organizaba durante un cierto tiempo un Comité Sin Casa en comunas afectadas por la falta de vivienda. Cuando la decisión de la toma se acordaba, se reunían varios comités políticamente afines, y un grupo se encargaba de los preparativos, con el fin de sorprender a la policía.

El momento de la toma, en el que se instalaban las carpas, las banderas chilenas, era protegido por un grupo y solía ser respaldado por personalidades

políticas (senadores o diputados de izquierda). En los días sucesivos iban llegando otros miembros de las familias, añadiéndose nuevos pobladores hasta cuando la dirección del campamento los aceptaba.

En el caso de la toma que dio origen al campamento Bernardo O'Higgins, y posteriormente a las poblaciones Cañada Norte y Bernardo O'Higgins, fueron quizá pocos los que se embarcaron por casualidad. Todos eran subarrendatarios o allegados, casi todos de la comuna de San Miguel. Allí un grupo de familias se organizó en el Comité Sin Casa Chacón Corona. Se inició la planificación de una toma de terrenos por iniciativa y apoyo del Comité Sin Casa Universidad de Chile, el cual contaba entre sus dirigentes a Enrique Tobar.

Irma Sánchez, que fue vicepresidenta del campamento Bernardo O'Higgins, comenzó a concurrir a las reuniones del Comité Sin Casa. Ella y su familia, al igual que muchísimas otras, deseaban vivir tranquilas. Nunca faltaba a las reuniones, y llevaba más gente que no tenía trabajo.

Cuando se acercó el momento de decidirse a la toma, su familia comenzó a arrepentirse, por miedo a la represión. Pero ella estaba decidida, lo mismo que su cuñada, y aunque fuese debajo de una fonola se iría a la toma de terrenos. Ya no pensaban continuar arrendando por toda la vida.

Campamento Bernardo O'Higgins

El día domingo 30 de agosto de 1970, una caravana de micros de la locomoción colectiva salió desde los alrededores del estadio San Miguel, en dirección de la concentración del candidato derechista a la presidencia, Jorge Alessandri. En la caravana iban organizados los pobladores sin casa para llevar a cabo su sueño de tener una vivienda digna. Un micro llevaba a las mujeres, los niños y las guaguas; otra transportaba a los varones con sus herramientas; al final iba un camión repleto de carpas, alimentos, la bandera chilena, botiquín de primeros auxilios; cada familia sabía cuál era su paquete.

La caravana se dirigió por Avenida General Velásquez hacia Alameda, pero en vez de continuar hacia el sitio de la manifestación, cuatro micros y el camión doblaron hacia Las Barrancas (hoy Lo Prado).

Los vehículos avanzaron por la actual Avenida General Bonilla hasta Neptuno, una calle de tierra junto a las excavaciones del Metro. Se detuvieron frente a unos terrenos utilizados como huertos (chacras) y hornos para fabricar ladrillos. Uno de los dirigentes —Enrique Tobar— con su brazo en alto dio la señal de avanzar.

A toda prisa, hombres, mujeres y niños descendieron sus pertenencias. La caravana había llegado a su destino. Alrededor de 500 personas participaron aquel día en la toma de terrenos. Entre el 30 de agosto y septiembre de 1970, arribaron más familias; algunas venían previamente organizadas con los comités que se encontraban instalados, otras se integraron a los ya existentes, y otras personas formaron nuevos comités.

Posteriormente a la instalación en el lugar, se organizó el Campamento con una directiva o ejecutivo como instancia superior de los pobladores. En él estaban representados todos los comités a través de sus presidentes respectivos. Estos comités eran:

Universidad de Chile

La Palma

Primero de Mayo

Ecuador

Elías Laferte

Salvador Allende

Luis E. Recabarren

Santiago

Catedral

Brasilia

Frente al Volante

El Siglo

Tropezón

Cada comité tenía inscritas alrededor de 120 familias, y manejaba su registro de familias postulantes a vivienda CORVI, inscribiendo el número de la postulación. Esta consistía en certificados de trabajo, nacimiento, declaraciones juradas acerca de bienes raíces, libreta de familia (casados), libreta de ahorro CORVI. Esta última debía tener un mínimo de 430 cuotas de ahorro para postular a la vivienda. Todos estos antecedentes se archivaron en una carpeta personal del postulante en las oficinas de la CORVI.

Aunque el triunfo de Salvador Allende llevó alegría a los habitantes del campamento, fue necesario mantener una vigilancia permanente día y noche, en



la que participaban por igual hombres y mujeres. Aprovechando los cierres del terreno —panderetas de cemento—, los pobladores improvisaron siete *puertas*, que eran aberturas en las panderetas, para controlar las entradas y salidas, principalmente de la gente que trabajaba. El ejecutivo del campamento confeccionaba tarjetas con el correspondiente nombre de la persona y el timbre de la organización. Hubo intentos de otros grupos de familias por ingresar masivamente, pero nunca lo consiguieron. También estaba presente la preocupación por el desalojo, que aumentaba la tensión durante la noche.

Una anécdota ocurrió cuando en una de las *puertas* se presentó una señora, que decía venir a visitar a un pariente. Los vigilantes la dejaron entrar, sin sospechar que en su bolso, que no fue revisado, traía una carpa. Ya una vez adentro, se quedó.

El mismo día de la toma llegó un furgón de carabineros; conversaron con los dirigentes, y el oficial a cargo del vehículo policial les señaló que al día siguiente se dirigieran a las oficinas de la CORVI para regularizar su situación.

Este campamento duró aproximadamente tres años, hasta mediados de 1973. En él se desarrollaron múltiples actividades, organizaciones juveniles, centros de madres, clubes deportivos, comités paritarios de salud, de vigilancia, los partidos populares, juntas de abastecimientos y precios, un tribunal vecinal.

Los centros de madres se coordinaban en la agrupación del campamento. Los comités paritarios de salud estaban integrados por dos o tres pobladores, los cuales también se coordinaban a nivel de campamento con el representante del SNS (Servicio Nacional de Salud) del policlínico de emergencia, Dr. Luis Amigo. Las funciones de estos comités eran asear las letrinas de sus respectivos comités (dos para hombres y dos para mujeres), implementar campañas de prevención de enfermedades, cursos de primeros auxilios, vacunaciones masivas.

A nivel más sectorial existía un comité paritario. En él participaban, junto a los campamentos Arturo Prat y Manuel Rodríguez, el director del policlínico de emergencia, Dr. Luis Amigo; y el director del policlínico de la población Las Mercedes (Las Rejas Norte), Dr. Otto Hermman.

Debido a los estragos causados por la nevazón ocurrida en Santiago durante el invierno de 1971, los pobladores impulsaron la construcción de una sede definitiva para el policlínico Las Lagunas del campamento, el cual se conoce en la actualidad como *Policlínico Viejo*; está ubicado en calle Pedro de Córdoba al llegar a Ministro Gana, en la población Cañada Norte.

Dos meses después de la nevazón, con el trabajo de la FACH (Fuerza Aérea de Chile), se inició la construcción del policlínico nuevo, entregado al SNS. Hoy funciona allí un club deportivo, vive una familia allegada y está la sede del Taller Cultural Cañada Norte. Detrás de ellos viven varias familias allegadas; es el único lugar de la población que aún mantiene ciertas características del campamento; incluso una parte de la calle está todavía sin pavimentar.

Durante esta nevazón, los damnificados del campamento fueron trasladados a los colegios del sector, porque sus carpas y mejoras se derrumbaron con el peso de la nieve. La solidaridad llegó desde todos los sectores e instituciones, incluyendo a las Fuerzas Armadas.

El tribunal vecinal

Con el apoyo del CIDU (Centro de Investigación de Desarrollo Urbano y Regional) de la Universidad Católica de Chile, profesores y estudiantes de la misma casa de estudios superiores, se desarrolló en el campamento una experiencia de aplicación de la justicia popular, a través de un Tribunal Vecinal, el cual funcionaba los días sábados en la tarde. Esta experiencia se inició en 1971 y duró hasta 1972.

En cada comité se eligieron representantes para el tribunal; se determinó quiénes serían los jueces, además de los delegados del comité Catedral y Ecuador, que eran presidente y secretario, Elba Macaya y Héctor Toro respectivamente.

El trabajo consistía en aplicar la justicia a casos menores —es decir, pleitos familiares, robos menores, rencillas entre pobladores—, sin la participación de la justicia ordinaria. Se le dio solución a un conflicto entre dos pobladores. Un señor le robó un pata a su vecina; esta persona que robó estaba sin trabajo y su

familia sufría hambre. Hecha la acusación, él compareció ante el tribunal y reconoció el robo del pato. Además, agregó que estaba trabajando; hacía una semana desde el robo que había encontrado trabajo. La condena fue que él se comprometía a presentarse con dos patos ante la dueña del pato robado. También se les señaló a las dos familias que se reconciliaran. La señora recibió los dos patos, se dieron la mano y un abrazo. Ambas familias viven en la población Cañada Norte actualmente.

Dentro del campamento, en el sector que correspondía a los comités La Palma y Elías Laferte, se inició la construcción de las viviendas en 1971. Posteriormente, a partir de febrero de 1972, se inició la entrega de las casas de internit, de 36 metros cuadrados, cuya durabilidad es de diez años. La empresa Maestranza Belga realizó las obras, en lo que hoy se conoce como población O'Higgins.

Después del golpe militar del año 73, muchos pobladores que habían sido dirigentes del campamento tuvieron que evitar la represión que se desató contra las mayorías del país. Del presidente del campamento, Enrique Tobar, nada se ha podido averiguar hasta la fecha de entrega de este trabajo. Otros estuvieron encarcelados, algunos permanecen en el exilio, otras personas han fallecido como consecuencia de enfermedades naturales.

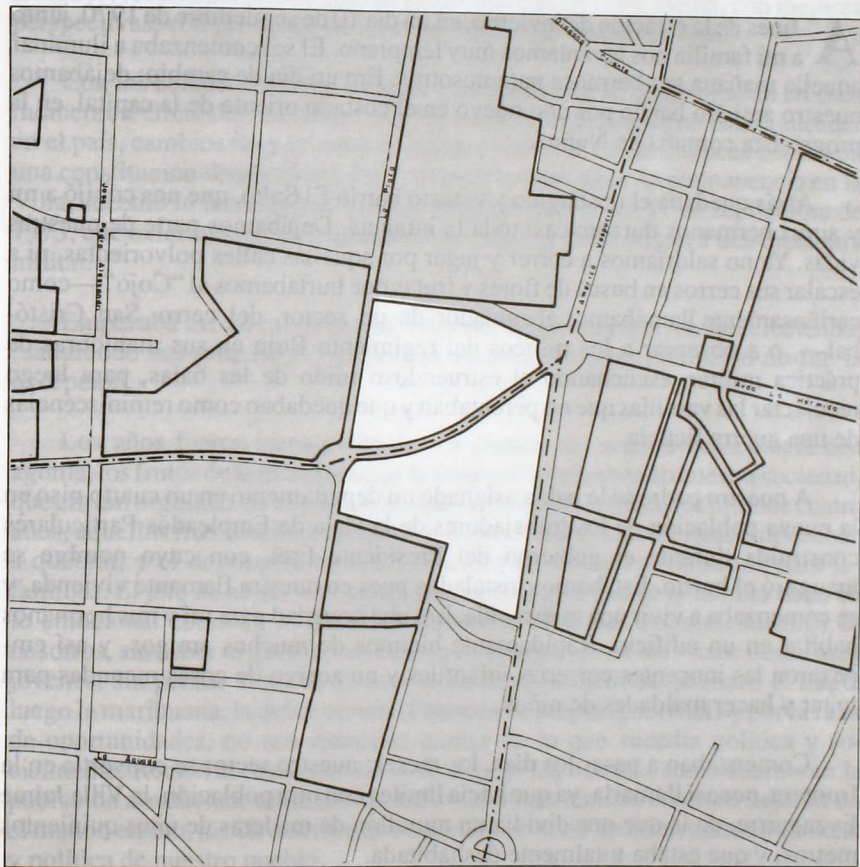
A pesar de la represión, en ambas poblaciones se dio comienzo a la reconstitución de la organización poblacional, pero esta parte requeriría de más tiempo y elaboración.

Son muchas las personas, ex dirigentes, que aún viven en Cañada Norte y O'Higgins, que podrán completar su historia hasta donde sea posible.

El presente trabajo se realizó gracias a la colaboración de las siguientes personas, todos pobladores del ex campamento Bernardo O'Higgins: Ramón Barril, Irma Sánchez, Héctor Toro, Rosa Rodríguez, Roberto Navarro, Estela Romero.

JUAN A. LOBOS

JUAN A. LOBOS



A fines de la estación de invierno, en un día 10 de septiembre de 1970, junto a mi familia nos levantamos muy temprano. El sol comenzaba a iluminar aquella mañana tan hermosa para nosotros. Era un día de cambio: dejábamos nuestro antiguo barrio por uno nuevo en el costado oriente de la capital, en la progresista comuna de Ñuñoa.

Atrás quedaba el nostálgico y vetusto barrio El Salto, que nos cobijó a mí y a mis hermanos durante casi toda la infancia. Dejábamos parte de nuestras vidas. Ya no saldríamos a correr y jugar por aquellas calles polvorientas, ni a escalar sus cerros en busca de flores y frutas que hurtábamos al “Cojo”—como cariñosamente llamábamos al cuidador de un sector del cerro San Cristóbal—, o a observar a los milicos del regimiento Buin en sus maniobras de práctica militar, escuchando el estruendoso ruido de las balas, para luego recolectar las vainillas que no percutaban y que quedaban como reminiscencias de una guerra ficticia.

A nuestro padre se le había asignado un departamento en un cuarto piso en la nueva población de los trabajadores de la Caja de Empleados Particulares construida durante el gobierno del Presidente Frei, con cuyo nombre se inauguró el barrio. Estábamos instalados pues en nuestra flamante vivienda, y se comenzaba a vivir una nueva vida. Era una novedad para mí y mis hermanos habitar en un edificio. Rápidamente hicimos de muchos amigos, y así empezaron las inocentes correrías infantiles y un acervo de cosas menudas para jugar y hacer maldades de niños.

Comenzaban a pasar los días, los meses; nuestro sector se convertía en la frontera, por así llamarla, ya que hacía límites con otra población, la Villa Jaime Eyzaguirre, de la que nos dividía un murallón de maderas de unos quinientos metros, y que estaba totalmente deshabitada.

Después de unos meses, un día del mes de diciembre de aquel mismo año, la población amaneció con nuevos habitantes, tanto en casas como en departamentos. Era una *toma*, con sus banderas chilenas desplegadas en las ventanas de las viviendas.

En las dos poblaciones se iniciaba una nueva etapa para cientos de familias que, hasta ese momento, habían vivido en casas más humildes o barrios antiguos; recomenzaban en una naciente sociedad de clase media, con mejores perspectivas, con promesas de un futuro desarrollo para sus hijos.

Con los acontecimientos sociales y políticos que se desarrollaban en esos momentos, circulaban rumores entre los vecinos de que algo grave iba a suceder en el país, cambios muy bruscos en nuestra sociedad hasta entonces basada en una constitución democrática. Fue así que a los tres años de permanencia en la Villa, sucedió lo increíble: se produjo el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, que exterminaba un régimen democrático y daba origen a una dictadura militar.

Empezaba así un calvario para millares de jóvenes que venían creciendo, madurando sus propios planes para el mañana. Nuestra población no fue la excepción.

Los años fueron transcurriendo. La década del setenta desaparecía con agonía, los frutos de la dictadura que nos regía se mostraban en nuestra sociedad, que era tan orgullosa de su pasado. A fines de los años setenta, los últimos cuatro años, aquellos frutos se hicieron presentes en el barrio. Las fábricas empezaban a quebrar, y el desempleo se transformó en un verdadero fantasma para las familias. El jefe de hogar sin trabajo crea la inestabilidad de la familia tanto en lo emocional como en lo material. Aparecen las lacras sociales; muchos de nosotros, sin saber ni querer, nos fuimos envenenando en los vicios desde muy jóvenes, sin pensar siquiera en lo que estábamos metidos; primero el trago, luego la marihuana, la delincuencia. Por nuestra propia ignorancia y por la falta de oportunidades, no nos dábamos cuenta de lo que sucedía política y socialmente. Recién al comienzo de la década de los ochenta comenzamos en la población a escuchar, sobre todo entre los jóvenes, aquella frase tan popular en el mundo entero, *deuda externa*, que marcaba el inicio de la movilización social y política de nuestro pueblo.

En mi población vivía toda clase de gente: obreros, estudiantes, empleados, profesionales, dueñas de casas; algunos más humildes, otros de clase media o simplemente personas que venían de buenas familias y con esfuerzo y tesón lograron salir adelante, formando un orden social que pudo dar para más. Pero las circunstancias en que se fueron dando las cosas no permitieron un mejor adelanto; por ejemplo, antes del ochenta en mi barrio los residentes tenían sus propias organizaciones, ya fueran deportivas, juntas de vecinos, actos culturales, centros juveniles, centros de madres, en general actividades propias de una población que quiere crecer para el bienestar de sus hijos. Este conjunto habitacional fue un orgullo para los demócratacristianos que lo construyeron; si no mal recuerdo, en Brasil se le otorgó un premio internacional como modelo de vivienda en Latinoamérica.

En esos tiempos la gente era más feliz, más unida; existía el respeto mutuo, sin importar el color político ni la clase social que se tenía. Los adultos se preocupaban de los niños organizándolos con fiestas deportivas, bailables para los mayorcitos; recuerdo también las fiestas que se realizaban en el edificio, donde los viejitos hacían retumbar el barrio con su alegría contagiosa. Estas fiestas se organizaban para todas las celebraciones importantes del año: Pascua y Año Nuevo; el infaltable 18 de septiembre, etc. En esas ocasiones adornaban el edificio con luces de colores por todos sus contornos, lo que era un sinónimo de felicidad y de mucha unión con los vecinos, no solamente del edificio, sino del barrio. Durante el día se nos recreaba con juegos deportivos, culturales, etc.; nuestras mamás participaban en regadas pichangas de baby fútbol o tirando el uslero lo más lejos posible, y para qué decir de nuestros padres, participando en la ornamentación de los jardines, pintando rejas, paredes, etc. ¡Ah! A los niños se les premiaba con dulces, con juegos didácticos. Lo bueno es que ninguno de los chicos se quedaba sin su premio; todos eran retribuidos por la camaradería y amistad que reinaba entre nosotros, los amigos del barrio.

Fuimos los pioneros de la unidad vecinal de Ñuñoa; a nuestro campo deportivo acudían todos los sectores a competir y convivir, como buenos hermanos, sin ningún miramiento social. El barrio fue el enlace de todo este sector y un orgullo para quienes viven y vivieron en él. Con decir que se construyó con el esfuerzo propio de los vecinos, una multicancha con galerías, camarines, un escenario para los festivales de la canción o los bailes que se organizaban para recaudar fondos.

A medida que crecimos, muchos de aquellos niños nos dimos cuenta de que todos esos valores que se cosecharon estaban desapareciendo. Poco a poco la dictadura apagaba los destellos de unidad y convivencia en la población.

Luego, la hecatombe: el dólar se disparó, subió y no paró de subir, devaluando la moneda nacional, llevando a la crisis a miles de familias, arrastrando a nuestro barrio y a toda la población del país a un profundo quebrantamiento social. Comenzaba el fin de esa camaradería que existió por tantos años; ahora que éramos adolescentes no teníamos el mismo apoyo de los mayores; ellos estaban dedicados a solucionar sus problemas monetarios. Todo lo que habían levantado con su propio esfuerzo se derrumbaba de una plumada; al mismo tiempo, se encendía la mecha de las lacras sociales. Muchos de los jóvenes o de mis amigos comenzábamos a fumar marihuana, a inhalar drogas de todo tipo; quizás varios amigos lo hicieron de *monos*, pero se acostumbraron a ello; lentamente se fue fomentando el hábito entre los muchachos y, por lógica en un adicto, a veces se delinquía para saciar el vicio, que fue transformándose en una enfermedad.

En lo personal, me decía a mí mismo que era algo pasajero o efímero, que todavía era un estudiante secundario y que jamás robaría, porque no me dejaría llevar por el placer de los vicios. Mi intención fue darle una satisfacción a mis padres. Con este convencimiento, nunca creí que me acostumbraría a ser un vicioso; sin embargo, los dos últimos años de la década del setenta fui aficionándome a varias drogas, a todo lo que te hace sentir nuevas sensaciones. En ese período me repitieron de curso —estaba en el tercer año de enseñanza comercial— y fue tanta la vergüenza que determiné no seguir estudiando en la diurna. Me traspasé a la jornada vespertina, lo que también me sirvió de fachada para dormir mis voladas de la noche anterior. Estudiar de noche fue para peor, ya que empecé a beber alcohol en demasía, pero gracias a Dios jamás dejé de estudiar; dentro de mi locura, nunca quise dejar todo tirado. Tenía una gran razón: no defraudar a mis padres. Y logré hacerlo: terminé los estudios hasta cuarto medio en 1980, aunque debía terminar mi especialidad y lograr así el título de Venta y Publicidad en el instituto comercial.

Quería trabajar y así ayudar en la casa, pero trabajos no había; seguían quebrando fábricas y el fantasma de la cesantía pisaba cada vez más fuerte.

Algunos amigos tuvieron mejor suerte; ingresaron a la universidad, gracias al sacrificio de sus padres. Otros tuvieron menos suerte; no alcanzaron a terminar sus estudios y se dedicaron de lleno a los vicios, y otros a tener sus propias entradas. Al comenzar los ochenta varios dejaron su adolescencia atrás, para convertirse en hombres.

En aquella época la organización social empezaba a renacer de sus cenizas. Las injusticias que se cometían, los pasos que se daban en los destinos del país y la forma arbitraria de gobernar de los tiranos, movilizó a los políticos a unir criterios para formar una alianza opositora al gobierno, con el único fin de derrocar la dictadura. En nuestro frente poblacional la cosa seguía de mal en peor. En lo social, la gente se desvinculó totalmente de toda actividad humana y solidaria, los vecinos no eran las mismas personas, ya no se organizaban campeonatos deportivos, festivales de la canción o actividades culturales. Correspondía al oscurecimiento de nuestra sociedad; lo único que interesaba era obtener a cualquier precio algo que sirviera para sobrevivir, para satisfacer las propias necesidades, sin importar si ello iba en detrimento del prójimo.

En la juventud de mi población, el *apagón cultural* nos hizo sumirnos en lo irreal e irracional; actuábamos de una manera indiferente al drama de muchas familias que no tenían o apenas les alcanzaba para la olla. En mi casa nunca nos faltó para comer o vestirnos; pero sí se fallaba en otras cosas tan importantes como, por ejemplo, pagar una letra. Todo esto desestabilizaba a los hogares; surgían los problemas matrimoniales, la mala relación entre padre e hijos, la desconfianza, la falta de creencias religiosas, etc.

La situación no se soportaba a ningún nivel. En aquel tiempo era difícil hacer paros en el trabajo. El régimen tenía sometido al pueblo con una constitución política que desprotegía a los trabajadores y sólo favorecía a un pequeño grupo de burgueses. La Constitución de 1980 fue elegida por una supuesta amplia mayoría del pueblo chileno aquel mismo año. Sin embargo, en nuestra villa el “No” fue mayoría. A todos se les preguntó en una encuesta de tipo casero, “¿por quién votaste?”, y la respuesta era “NO”, con mayúscula.

El caos social es un arma de doble filo en mi población. La epidemia pinochetista hizo sucumbir a muchas familias con cientos de problemas. Por

supuesto que el más grave, que va siempre en aumento y perdura hasta el día de hoy, es la delincuencia, que va de la mano con la drogadicción. Varios de mis amigos se acostumbraron a robar; con el dinero fácil obtenían lo que ellos deseaban: drogas, diversión, ropa nueva, etc.; pero muchos de ellos se *resbalaron en la casa del jabonero*; es decir, por vez primera pisaron la cárcel, convirtiéndose en delincuentes fichados para toda su vida. Las consecuencias son nítidas: con esto no podían optar a un trabajo, los mismos vecinos con recelo les daban vuelta las espaldas, no los miraban en la misma forma de cuando éramos niños. Y si no los aceptaba la sociedad, no les quedaba otra cosa que seguir en la misma senda del delito.

El vicio de las drogas y de la marihuana sigue causando estragos en mi barrio. Es tanta la adicción por estos alucinógenos, que a muchos los llevó a la muerte. No quiero dar nombres de estos amigos, ni en qué forma fallecieron, pero sí puedo decir que fueron crueles y horripilantes para sus hogares y un ejemplo para los jóvenes que habitan mi barrio.

Hubo muchos fracasos. Algunos vendieron sus casas para salir de las deudas; otros no terminaron la universidad por falta de plata; muchos se casaron y viven de su trabajo, con más o menos dinero. A algunos les alcanza, a otros no. Luego vienen las separaciones matrimoniales, ante el fracaso en los intentos por lograr una mejor vida.

Todos estos hechos conspiran contra el bienestar de los niños. Hoy podemos ver a los chicos de doce años en adelante viviendo las mismas penurias, los mismos vicios que los jóvenes: delinquen con armas cortantes, de fuego, hasta le roban a sus propios vecinos; el terror de los lanzazos, cogoteos, robo de los vehículos y los delitos tan menores que los hacen aparecer como lazarillos fugaces, con un ancho porvenir de delincuentes profesionales, de parias de la nueva sociedad construida por la opresión del régimen.

A partir del 83 mi población se enroló en la lucha social y política, que asumían las organizaciones políticas, los trabajadores, estudiantes, campesinos, y todos los que querían un cambio democrático en el país. En la primera convocatoria a protesta, nos organizamos en la población. Si mal no recuerdo fue en el invierno. Se distribuyeron panfletos donde se indicaba lo que se debía

hacer a partir de las 20 horas; nos reunimos cientos de jóvenes para levantar barricadas, encender neumáticos, gritar consignas políticas contra el Capitán General y su sistema. En todos los hogares de la villa sonaban las cacerolas, los automovilistas tocaban sus bocinas, cientos de ellos recorrían las calles de la ciudad para dar a conocer su disconformidad por la política ultraliberal del gobierno. Muchos de nosotros tuvimos que beber alcohol para tener más corazón y combatir con ganas, igual como lo hicieron nuestros antepasados en la Guerra del Pacífico, donde el roto chileno con garra y corazón, y con la chupilca del diablo (pólvora con aguardiente), dio su vida por la patria. Nosotros, con ese ejemplo de valentía de los antepasados, queríamos derrotar a la dictadura, protestar por la situación imperante de esos momentos.

A cada instante llegaba más gente, sin importar si fueran dueñas de casa, señores que se unían al ímpetu juvenil de aquella primera protesta de envergadura en contra de la opresión. Las consignas políticas se oían cada vez más fuertes y estruendosas, los gritos daban para todo los gustos. Algunos de ellos: “Lucía, Lucía, la olla está vacía”, “Y va a caer”, “A puro pan, a puro té, así nos tiene Pinochet”, etc.

La solidaridad con la jornada fue increíble. Los vecinos cooperaron con elementos que sirvieran para obstaculizar el tránsito, los automovilistas pasaban dinero para adquirir bencina y seguir quemando neumáticos. Hubo organización para vigilar a las fuerzas de choque de Carabineros, que éstos no nos sorprendieran *in fraganti*; para ello se colocaron vigías en las esquinas estratégicas de la villa.

Cuando aparecían los pacos, se enfrentaban a una lluvia de piedras, la única arma para rechazarlos. En cambio ellos disparaban sus armas automáticas con gases lacrimogénos, persiguiéndonos por los pasajes de la población. Derribaban las barricadas, dejando el camino expedito como si aquí no hubiera pasado nada. Después que se habían marchado los pacos, volvíamos a la carga reorganizando las barricadas. En esa jornada hicieron su debut los grupos paramilitares de la ultraderecha, movilizados en vehículos sin patentes, vidrios polarizados y radios con el propósito de comunicar sus acciones. Estos circulaban en marcha lenta haciendo uso de sus armas de fuego, disparando a las multitudes, hiriendo y asesinando a personas inocentes. Así pasó la primera

jornada de protesta. En mi barrio el saldo no fue trágico, pero sí en otras poblaciones, donde hubo heridos y muertos. Esta ha sido una de las estrategias para atemorizar a los pobladores del gran Santiago y del país entero.

En la villa se habla mucho de política entre los jóvenes. Se plantean puntos para discutir, pero jamás nos organizamos políticamente, sino que actuábamos al llamado de las fuerzas opositoras. Existen diferentes formas de pensar, pero todas convergen en una misma cosa: acabar con el yugo militar.

En la villa también vivían *sapos*, y viven todavía, incluso gente de la CNI, y de otros organismos policiales y militares.

A medida que pasaba el tiempo, las protestas seguían su curso. Con ello también las medidas represivas eran cada vez más fuertes. Recuerdo una de ellas, creo que fue la más atroz. En esa jornada salieron 18.000 milicos. En la población cayó uno de los nuestros acribillado a bala de metralla, mientras otros caían heridos de gravedad. Aquel joven sólo tenía 16 años. Nuestras únicas armas eran las barricadas. ¿Por qué nos disparaban? Para acallar nuestras voces alzadas por las injusticias sociales a que nos tenían sometidos.

Después de estos sangrientos hechos a varios de nosotros nos dio temor de seguir participando en las protestas. Había decenas de locos sueltos disparando en las calles, sin importar que la persona a la que le disparaban fuera inocente o nada tuviera que ver con las protestas. Varios nos olvidamos de protestar por la noche ante el peligro que representa, ya que en cualquier instante nuestras vidas podían desaparecer de la faz de la tierra, con el correspondiente sufrimiento familiar. Pero el barrio no se ablandó ante tanta maldad por parte de las autoridades. Quizás fueron pocos los que se retiraron de seguir participando.

En lo personal, no quise seguir; decidí cambiar de estrategia, ya que la oscuridad de la noche sólo favorecía a los servicios de seguridad y los comandos paramilitares. La mejor forma de participar en las luchas sociales es de día; por ejemplo, concurrir a una concentración, a un Primero de Mayo, o a cualquier manifestación convocada por los organismos de oposición. Jamás claudicamos a la convicción de continuar la lucha, ya sea en forma individual o en conjunto. Mi pensamiento político siempre será el mismo: no soy un extremista; estoy en contra de cualquier clase de dictaduras, que conllevan la sumisión, dañan la

libertad de un pueblo negando todos los derechos esenciales para sobrevivir y engrandecer a una nación. Este pensamiento político es generalizado en la mayoría de los habitantes de mi barrio. Jamás nos pusimos los colores políticos de ningún partido, siempre actuábamos de acuerdo a las convocatorias o llamados que hacían los políticos o las organizaciones sindicales o civiles. Esa fue nuestra forma de solidarizar con ellos en cada llamado, pero nunca integramos un partido, porque en éstos sólo observamos ambición personal y politiquería.

Las formas de lucha en la población ya no son las mismas; el entusiasmo ha disminuido. Son pocas las personas que participan en algo. Creo que ésa es gente organizada, quizás bajo una cúpula política o estudiantil. Su acción política consiste en rayar murallas, distribuir panfletos, colocar velas en las calles recordando alguna muerte, realizar peñas folclóricas, etc. La única participación política en estos dos últimos años en la juventud de la villa ha sido platicar, dar opiniones sobre los hechos de la política nacional, leer la prensa opositora para enterarse del verdadero Chile, y no del Chile que muestran en la televisión o en los periódicos y revistas sensacionalistas del oficialismo.

Nosotros estamos sujetos a nuestra propia suerte. Si no es por la cultura de algunos, muchos no sabrían lo que es un plebiscito. Nadie se acercó al barrio para instruir a los jóvenes con respecto a las elecciones presidenciales del 89, no hay motivación ni entusiasmo entre la juventud del barrio para inscribirse en los registros electorales. Quizás ello se debe a que son un poco de clase media, o por no haber mucha gente pobre, como sucede en otras poblaciones más humildes, a las que se les ayuda a tener conocimiento de un montón de cosas para que, en un futuro no muy lejano, puedan saber qué hacer ante el sufragio.

La población no es una callampería, pero no por eso dejan de existir los ignorantes o los que no tienen una educación para poder decidir políticamente. Entonces me pregunto, ¿cómo vamos a derrotar a la tiranía, si abunda la división en los políticos? ¿Por qué no se dedican a instruir o culturizar a los jóvenes a nivel poblacional con respecto al plebiscito y las elecciones del 89?

A nivel cultural, es muy poco lo que se ha hecho en el barrio. A lo mejor un montón de personas se conforman con leer las revistas y diarios de la oposición:

Fortín Mapocho, La Epoca, Apsi, Cauce, Análisis, etc., como una manera de suplir esa falta de comunicación más directa con quienes conducen la estrategia política de la oposición chilena.

La cultura, la verdadera cultura de antaño, ha ido paulatinamente desapareciendo en la educación de los chilenos, sobre todo en la pedagogía de los adolescentes. Es lastimoso observar en la población la falta de vocabulario, no hay acceso a una biblioteca pública, la enseñanza subvencionada de los colegios del barrio es mala, diría paupérrima. Es tan poco lo que se enseña, que los jóvenes no alcanzan a aprender, y se dejan llevar por la cultura extranjerizante, desviando la atención de la verdadera realidad que vive el país, soñando con cosas que nunca podrán vivir, si no es con una buena educación.

¿Cómo poder leer un libro, si a muchas familias sólo les alcanza el dinero para comer o pagar gastos generales de la casa? Si es así en mi población, qué les queda a las poblaciones de la extrema pobreza. Demos gracias los que nos gusta la lectura, porque siempre nos rebuscamos para conseguimos un buen libro.

Existe también intercambio de opiniones, que es una forma de entender la realidad. Y nunca faltan las actividades donde se puede escuchar música del canto joven, o de una Violeta Parra, o el *Poema 20* de Pablo Neruda... A veces, sin darnos cuenta, aparecen sus afiches pegados en los postes del alumbrado eléctrico o simplemente en una pared de una casa, invitando a participar a una peña, a escuchar y meditar las letras de aquel canto popular, como un grito de esperanza y desahogo para cientos de jóvenes que desean expresar su descontento.

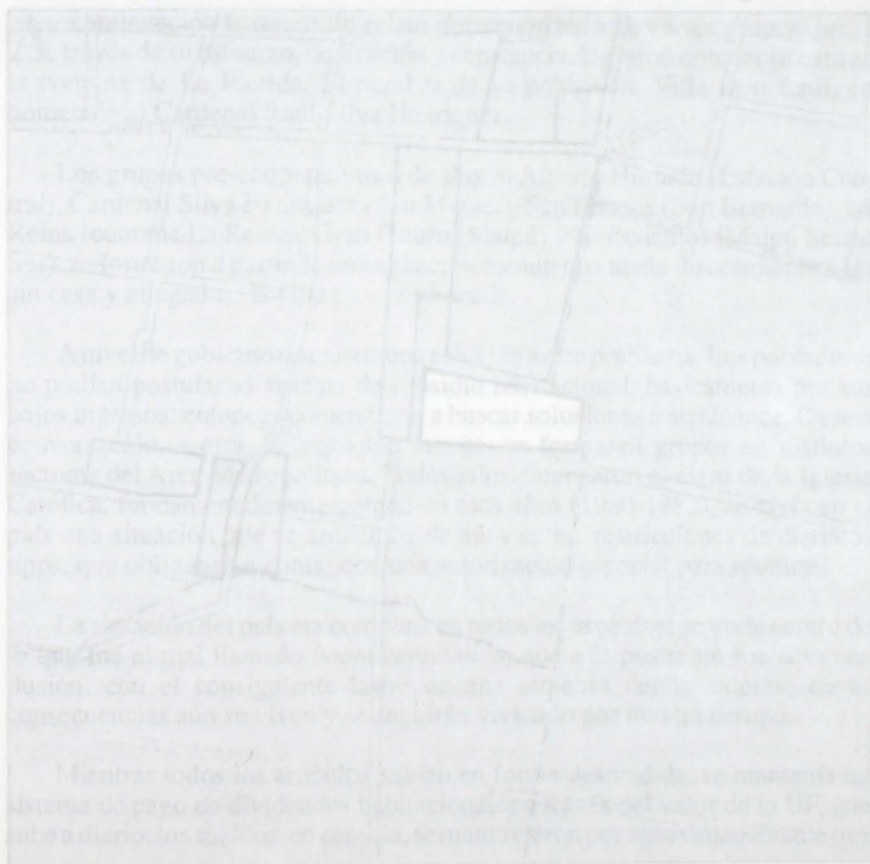
Durante 1987, en la población ha existido un mayor consenso respecto a la situación crítica en el territorio nacional. Decenas de nosotros nos estamos inscribiendo en los Registros Electorales, con la decisión de votar por el "NO", tanto en el plebiscito como en las elecciones presidenciales.

En este último tiempo mi población ha debido soportar peores momentos que otros años. A los vecinos se les hace difícil comprar los alimentos básicos de sobrevivencia, los productos de primera necesidad suben y suben, y los sueldos están igual, llevando a la desesperación a muchos pobres que no pueden darle a sus hijos los alimentos que necesitan, la vestimenta para andar en forma decente por las calles del barrio o en cualquier parte del país. Jamás se había visto en Chile que comprar carne, leche, pan, etc., pasara a ser un lujo. Quién se imaginaría que comprar de a cuarto de aceite, de azúcar, o de otros productos, pasara ser algo habitual. Diría que es una vergüenza nacional que millares de familias estén en estas condiciones tan adversas.

La villa no tiene ningún adelanto. Sin ornamentación en las áreas verdes, sin verdaderas juntas de vecinos, porque en las que existen sólo participan los dirigentes elegidos por la municipalidad y sin ningún apoyo de la población. La participación de los pobladores no es tomada en cuenta. En síntesis, todo sigue de la misma manera que antes, no hay cambios, la estructura social es la misma, reflejada en la ociosidad de los jóvenes, que no desean despertar de un retardo impuesto en contra de su voluntad. La política sigue marcando los mismos pasos de los años anteriores, pero con menos vehemencia. A lo mejor en otras poblaciones es diferente.

Tampoco se ha avanzado absolutamente en nada en lo cultural. Los más jóvenes no saben qué va a ser de su futuro, por falta de oportunidades en las ocupaciones honorables. No es justo que una persona estudie toda su vida para tener un trabajo con un sueldo de 12.000 pesos o trabajar en los sistemas laborales del gobierno: el empleo mínimo, el POJH, y ahora el PIMO; con qué moral estos señores pueden decir que estamos avanzando en el desarrollo de Chile, si cientos de familias viven en la miseria, reflejada en todas las poblaciones de la periferia santiaguina y a lo largo y ancho del país, con miles de matrimonios jóvenes viviendo de allegados en las casas de sus padres o familiares. Es insostenible la situación de millones de chilenos, que desean para sus hijos una vivienda digna, que los cobije del frío en invierno, del calor en verano y de todas las maldades e injusticias que prevalecen en este mundo, y especialmente en nuestra nación.

Nuestra juventud quiere un Chile nuevo, desarrollado e incólume ante el despotismo de los poderosos; quiere que las Fuerzas Armadas sean el orgullo de todos los chilenos, como lo fueron en tiempos pasados; que no se conviertan en verdugo de su propio pueblo y que tengan como única función velar por la soberanía nacional. Quiere redimirlos del odio y de la venganza de tantos chilenos que sufrieron las penas del infierno con las atrocidades cometidas por aquellos que ensuciaron su prestigio.



Sueños y Realidad

HISTORIA DE LA VILLA DON RAUL

PATRICIA SANDOVAL G.



A continuación haremos un relato pormenorizado de varios grupos que, a través de su esfuerzo, dedicación y constancia, lograron obtener su casa en la comuna de La Florida. El nombre de su población, Villa Don Raúl, en homenaje al Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Los grupos pre-cooperativos o de ahorro Alberto Hurtado (Estación Central), Cardenal Silva Henríquez (San Miguel), San Marcos (San Bernardo), La Reina (comuna La Reina), Gran Futuro (Maipú) y El Redentor (Maipú Sector Sur), se formaron a partir de una situación común que atañe directamente a los sin casa y allegados: la falta de una vivienda.

A nivel de gobierno no existía una solución a este problema. Los pobladores no podían postular al sistema de subsidio habitacional, básicamente por sus bajos ingresos; entonces comenzaron a buscar soluciones a su alcance. De una conversación, a otra, la inquietud latente, se formaron grupos en distintos sectores del Area Metropolitana. Todos ellos recurrieron al alero de la Iglesia Católica, fundamentalmente porque en esos años (1980-1982), se vivía en el país una situación que se arrastraba de años antes: restricciones de distintos tipos, que obligaban a contar con una autorización especial para reunirse.

La situación del país era compleja en todos los aspectos; se vivía dentro de lo que fue el mal llamado *boom económico*, que a la postre no fue sino una ilusión, con el consiguiente lastre de una inmensa deuda externa, cuyas consecuencias aún se viven y se seguirán viviendo por mucho tiempo.

Mientras todos los artículos subían en forma desmedida, se mantenía un sistema de pago de dividendos habitacionales a través del valor de la UF, que sube a diario; los sueldos, en cambio, se mantuvieron por aproximadamente tres

años sin aumento, salvo escasas situaciones que beneficiaban sólo a un sector del país.

Todo lo indicado se tapaba con un índice de inflación (IPC) tan lejos de la realidad que prácticamente llegaba a lo irrisorio, sin tomar en cuenta que dentro de los productos que se contabilizaba había y hay muchos artículos que no son consumidos por el común de los habitantes del país.

En la Iglesia existía una organización, AVEC (Acción Vecinal y Comunitaria), que había nacido en el año 1978, a la que se le dio existencia legal el 9 de abril de 1980; depende del Arzobispado de Santiago, y su presidente era y continúa siendo don Sergio Wilson P. Su fundador y vicepresidente fue el obispo Enrique Alvear, quien falleció el 29 de abril de 1982, no sin antes haber realizado una extensa y fructífera labor entre los más pobres, los grupos de deudores, pobladores en busca de vivienda, etc.

El objetivo de AVEC al momento de formarse era "preocuparse desde una perspectiva evangélica de los pobladores y de las comunidades urbanas de menores ingresos en general".

Todos los grupos, unos antes, otros después y de distintas maneras, fueron acercándose a AVEC, contando con su apoyo y asesoría legal. Allí se han organizado seminarios, encuentros, charlas en donde se comparten experiencias y se buscan soluciones a los problemas existentes, ya sea de agua, luz, deudores, etc.

Cada grupo sigue funcionando en forma independiente de los otros, aunque manteniendo estrecho contacto entre sí; realizan distintas actividades dentro de sus organizaciones, tales como rifas, fiestas, "completadas", etc., para ir incrementando sus fondos y solucionar en ocasiones situaciones difíciles de algunos de sus socios. Las cuotas de cada grupo van de acuerdo a su realidad; son entre 700 y 2.000 pesos, más una cuota social. A la par, se han ido formando nuevas organizaciones informales, como Comprando Juntos, de solidaridad, talleres, y otras.

En abril de 1982 se hacían anuncios oficiales sobre la edificación de 150.000 viviendas para solucionar el problema habitacional; en mayo de ese mismo año se informó oficialmente de cuatro mil viviendas construidas, con el consiguiente déficit para el año siguiente.

Ese mismo año (1982), en el boletín *Codo a Codo* (publicación de AVEC), se hizo hincapié en cómo la superficie de los distintos tipos de construcción había ido disminuyendo en un breve plazo: de 30 a 24 metros cuadrados, luego a 18 metros cuadrados. El articulista dice no explicarse cómo vive la gente en un sitio tan reducido, tomando en cuenta que cada grupo familiar es de un promedio de cuatro personas, sin contar los allegados (padres, abuelos, hijos casados, amigos), que son parte de la realidad concreta de los pobladores.

Los grupos pre-cooperativos no son reconocidos legalmente; por lo tanto, su situación es desesperada. Se ha llegado a extremos como tomas de terrenos para presionar a las autoridades de gobierno a fin de que busquen una solución al grave problema de los sin casa y allegados.

Lentamente fue tomando cuerpo la idea de organizarse como *coordinadoras*, con la clara convicción de que juntos se puede hacer mucho más.

Nació entonces la Coordinadora de Grupos de Ahorro, en la que cada grupo mantuvo su autonomía, pero proyectándose más allá de su barrio o comuna para llegar a una solución concreta.

Dicha Coordinadora organizó una conferencia de prensa el año 1982, para dar a conocer la situación de los pobladores sin casa y allegados, y las posibilidades reales de utilizar el subsidio habitacional por parte de la gente que postula a él. Como ejemplo se entregaron cifras concretas:

1978: de 10.000 subsidios otorgados, fueron pagados 6.917.

1979: de 10.327 subsidios, fueron pagados 7.893.

1980: de 10.264 subsidios, fueron pagados 3.541.

El total de subsidios habitacionales ofrecidos en cinco años (al año 1981), fue de 54.691. Se pagaron 18.351. Sin cobrar, 36.340 subsidios. Esto hace un promedio por año de 3.670 subsidios cobrados, cifra muy baja si se considera la cantidad de llamados a postular.

Entonces, los pobladores optaron por soluciones a su alcance. El año 1982 cinco de estos grupos, que pertenecían a la Coordinadora de Grupos de Ahorro, adquirieron un terreno en la Comuna de La Granja, de 4.6 hectáreas para doscientas familias. Cada sitio era de 170 metros cuadrados; a cada futuro propietario le quedaba por cancelar 16 cuotas. Contando con el sitio, se decidieron por postular al subsidio habitacional, pero edificar las viviendas por un sistema de autoconstrucción. A través de un estudio, se llegó a la conclusión de que con un trabajo de quince horas semanales durante 21 meses, se lograría la construcción de las viviendas. En total, contando el tiempo que demoraría tener un ahorro previo, la urbanización y la construcción, tardaría más o menos cinco años en hacerse realidad la obtención de la vivienda.

Como el costo de este sistema aún era muy alto para los pobladores, se planteó al gobierno que cada postulante al subsidio, en vez de entregar 200 UF, cancelara 75 UF para facilitar la urbanización, que es lo más caro. Los grupos aportarían la mano de obra y costos de vivienda. Con esto se planteaba que habría una mayor cantidad de soluciones habitacionales. La respuesta de las autoridades de gobierno a este planteamiento fue negativa; la fundamentó en que a los pobladores se les tomaría como particulares por contar con un sitio y, sobre todo, porque habría un incremento de la marginalidad, situación que el gobierno pretendía —según informó— eliminar y no fomentar.

Luego de adquiridos los terrenos, los grupos continuaron con sus ahorros para terminar de cancelar los sitios; se decidió que un socio por grupo se fuera a vivir al sitio para cuidar de él. Hubo nuevas conversaciones, peticiones, cartas enviadas que no obtuvieron respuesta o en las que no se dieron soluciones concretas al problema.

Los grupos decidieron la venta del sitio, dándose cuenta de que la solución que él representaba, si bien era posible, tardaría demasiado tiempo para la

situación grave en que se encontraban los pobladores. Vendido el terreno, los grupos continuaron buscando soluciones.

Aparte de estos grupos, existieron otros que no quisieron entrar a la compra del terreno, o que a esa fecha aún no se habían organizado, y que fueron acercándose a AVEC. Estos grupos fueron formándose en todo lo que competía a sus organizaciones, y unidos buscaron nuevas soluciones. Así empezó a tomar cuerpo la idea de formar una cooperativa, que sería a la postre la que daría la solución a todos estos pobladores y a otros muchos que se acercaron posteriormente, al ver resultados verdaderos a su alcance.

A medida de que los distintos grupos iban organizándose, los chilenos se enteraban nuevamente de casos de tortura, detenciones, violaciones de los derechos humanos en el país. En noviembre de 1983, el país y el mundo conocieron, estremecidos, una noticia: un hombre, desesperado por la suerte que habían corrido sus dos hijos, detenidos por un organismo de seguridad (CNI), se había quemado a lo *bonzo*. Su nombre, Sebastián Acevedo. Con posterioridad a su muerte, su hija fue liberada, aunque su otro hijo permaneció detenido por mucho tiempo más. Todo ello dio origen a un movimiento contra la tortura que llevaría su nombre: “Sebastián Acevedo”.

Los grupos pre-cooperativos —dentro de su situación extrema en cuanto a alimentación, salud, educación, vivienda— continuaron sus ahorros, sobrepasando toda lógica. Junto a AVEC, los dirigentes llegaron a la conclusión de que la única solución era la Cooperativa Abierta. Para darle el vamos era necesario un gran apoyo tanto del sector público como del privado.

Se formó entonces la Cooperativa Abierta Cardenal Raúl Silva Henríquez. Lleva el nombre del Cardenal como una forma de agradecerle su constante preocupación por los más pobres. Su aporte no fue sólo su nombre; llegó mucho más allá, a través de contactos, con aportes del extranjero, y su interés permanente por las instituciones que creó o contribuyó a formar u organizar.

Dicha cooperativa constaba de socios clase A y B. Los de tipo A eran los socios propiamente tales. Los tipo B, el Hogar de Cristo y AVEC, que contaban con el capital.

Existía también un terreno en San Miguel, que correspondía al Arzobispado de Santiago, el que también se incluyó como parte del capital existente. Se agregó además el ahorro de los distintos grupos.

Los requisitos para ser socio eran tener más de 18 años y contar con una capacidad mínima de ahorro mensual de más o menos una UF.

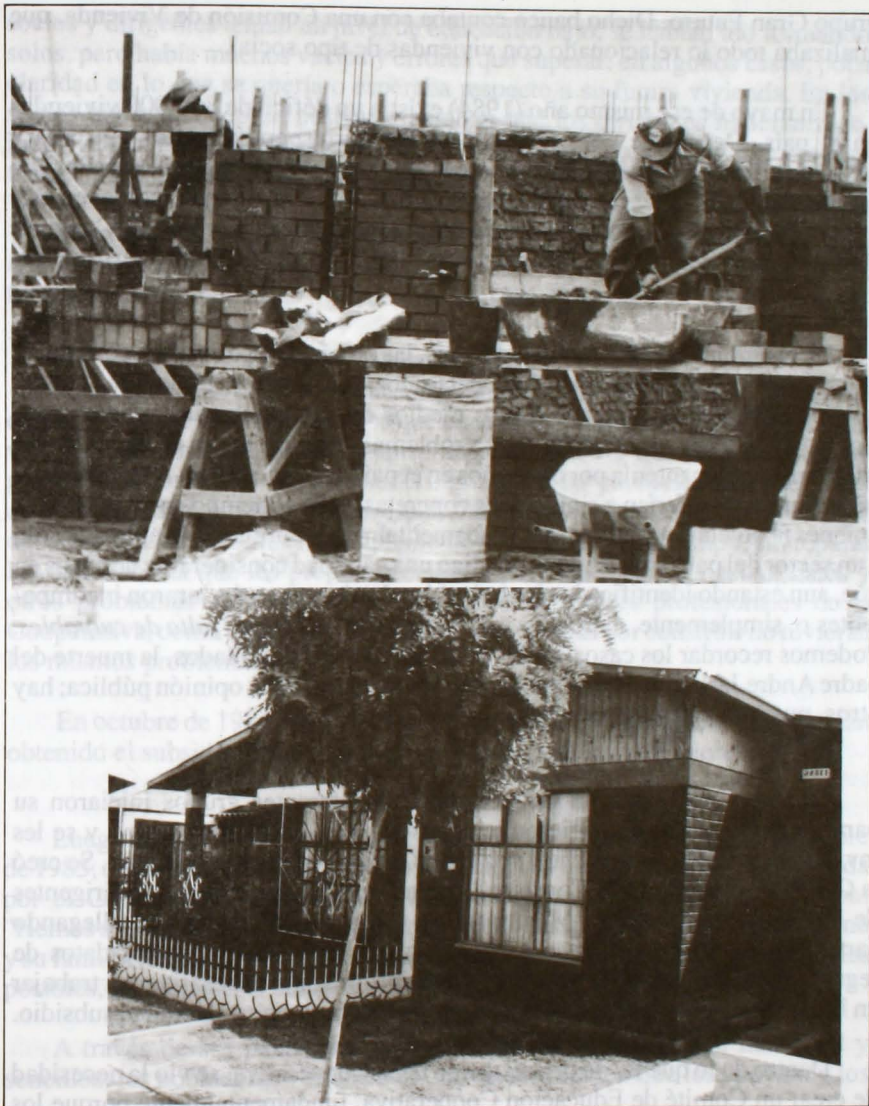
Los grupos que integraron la Cooperativa Silva Henríquez fueron: Gran Futuro (Maipú), con 71 socios; Cardenal Silva Henríquez (San Miguel), con 61 socios; San Marcos (San Bernardo), 42 socios; Padre Alberto Hurtado (Estación Central), 75 socios; Pro-Casa La Reina (La Reina), 40 socios; y El Redentor, con 35 socios.

Así, el 30 de diciembre de 1983 se autorizó la existencia legal de la Cooperativa; obtuvo su personalidad jurídica el 24 de enero de 1984, aunque empezó a funcionar en lo administrativo inmediatamente después de su aprobación en diciembre de 1983.

Los objetivos de la Cooperativa, una organización sin fines de lucro, eran: alcanzar la solución a las necesidades habitacionales de sus socios, a través de un proceso de organización y educación cooperativa; y asegurar la conservación del patrimonio social. Así, acumulando los ahorros de sus socios, realizar proyectos habitacionales, apoyar a las organizaciones y promover la solidaridad entre sus asociados.

Una vez aprobado un estudio socio-económico por el Departamento de Cooperativas del Ministerio de Economía, se constituyó legalmente la Cooperativa Silva Henríquez, y se procedió a la apertura del registro y a la admisión de socios.

El año 1984, dirigentes de la Cooperativa se entrevistaron con la gerencia del Banco del Desarrollo, para abrir una cuenta corriente con los fondos del



grupo Gran Futuro. Dicho banco contaba con una Comisión de Vivienda, que analizaba todo lo relacionado con viviendas de tipo social.

En mayo de ese mismo año (1984) existía un déficit de 850.000 viviendas en el país. Dentro de este déficit, 135.000 correspondían a los sin casa y allegados. Recién comenzaba a abrirse la posibilidad de postulación al subsidio habitacional para los sectores de menores ingresos. En alguna medida, en este cambio influyeron las presiones de distintos sectores del país y de AVEC a través de distintas presentaciones, y de cartas al Ministerio de Vivienda y Urbanismo.

En el ámbito social y político del país, las protestas y paros eran continuos. Hubo muertos, heridos, muchos detenidos; se decretó toque de queda, restricción vehicular, censura en los medios de comunicación, relegaciones, exilio. Todos éstos, y otros muchos problemas, eran producto de la situación anormal que se mantenía por once años en el país. Se dictó la Ley Antiterrorista; sus artículos se referían a situaciones concretas, pero el tiempo daría la razón a quienes la objetaron y criticaron, fundamentalmente porque sería aplicada sólo a un sector del país, quedando sin castigo una cantidad considerable de casos en que, aun estando identificados los culpables, los jueces se declararon incompetentes o, simplemente, dieron los casos por sobreseídos por *falta de culpables*. Podemos recordar los casos de Tucapel Jiménez, los degollados, la muerte del padre Andre Jarlan, éstos por ser los más impactantes en la opinión pública; hay otros, muchos, que pasaron tristemente al olvido.

Una vez organizada la Cooperativa, los diferentes grupos iniciaron su participación activa; se eligieron los consejos locales de cada grupo y se les invitó a participar con derecho a voz en las sesiones de administración. Se creó la Comisión Redactora de Consejos Locales, con la participación de dirigentes de los grupos fundadores. Mientras, a la Cooperativa continuaban llegando cartas de solicitud de ingreso a ella. A la par, se completaban los datos de regularización de socios, y se entregaba la información necesaria para trabajar en las posibilidades que cada socio tenía para su mejor postulación al subsidio.

Dentro de lo que fue la organización de la Cooperativa, se vio la necesidad de crear un Comité de Educación Cooperativa, fundamentalmente porque los

socios y dirigentes tenían un nivel de educación bajo; se habían ido formando solos, pero había muchos vacíos y errores que superar; en algunos casos, poca claridad en lo que se quería o esperaba respecto a su futura vivienda. En los socios había una actitud pasiva; esperaban que los dirigentes hicieran todo, luego venían las críticas, que surgían en muchos casos por desconocimiento del tema o por mal manejo de la información.

Muchos de estos errores por falta de experiencia o conocimientos fueron en alguna medida superándose con el trabajo del Comité de Educación, ya sea a través de cartillas, charlas o encuentros con los dirigentes.

Junto a las actividades de educación, hubo informaciones en los medios de comunicación; en ellas se señalaba que en las casas construidas aparecían —un vez que eran habitadas, porque antes no permitían ver sino la casa piloto— graves fallas de construcción, fisuras o grietas en las paredes, olvido de llaves de paso, instalaciones que no correspondían a lo planificado. Los responsables daban respuestas absurdas o simplemente dejaban pasar el tiempo, sin reparar los daños, hasta que los propios afectados, por cansancio, lo hacían. Estos y otros problemas sirvieron a los encargados, dirigentes profesionales de la Cooperativa, como experiencia para que las viviendas por construir no tuvieran los mismos problemas.

En octubre de 1984 apareció la nómina con los 103 postulantes que habían obtenido el subsidio. Primera alegría concreta para los pobladores.

Luego de muchas interrogantes, problemas, contratiempos, en noviembre de 1985, el sueño de los socios se hizo realidad: la Villa Don Raúl era inaugurada por el Cardenal Silva Henríquez, quien en parte de su mensaje señalaba: "Hemos sembrado una esperanza, hemos hecho ver que es posible que el chileno y su familia tengan su hogar, que es necesario ayudarlo, acercarle las soluciones posibles, no alejárselas con costos inalcanzables."

A través de sus palabras y, más aún, de sus hechos, de su humildad y sencillez, los pobladores vieron en el Cardenal a alguien que los apoyara y los

guiara no sólo en su problema habitacional, sino en su vida cotidiana.

El año 1986, mientras en el país se vivía un clima de violencia y tensión, con constantes desaparecimientos de personas, los oídos de algunos se mantenían sordos a los llamados de la Iglesia a la reconciliación, a la paz, a la justicia; los jueces que decidían aclarar los casos eran amenazados, sus sueldos suspendidos. Los pobladores vivían la cesantía, los sueldos miserables, las deudas hipotecarias, los allanamientos; los medios de comunicación, silenciados o manipulados.

Dentro de ese ambiente, los socios esperaban inquietos la entrega de sus casas. Primero demoró meses que saliera el préstamo complementario; solucionado esto, surgió el papeleo, con varios trámites que exigían certificado Emos, certificado de Chilectra domiciliario y empalme público, etc. En total se exigían siete certificados; obtenidos ellos, había otro que englobaba todos los anteriores, necesitándose una última aprobación.

Luego la recepción municipal, tasación. Con todo ello aprobado, el propietario de las viviendas, en este caso la Cooperativa Silva Henríquez, entregaba las casas a los socios. Esto ocurrió el 22 de febrero de 1986.

Fueron entonces los pobladores ocupando sus casas en la Villa Don Raúl. Inicialmente se encontraban desperfectos simples, en los estanques de los baños, instalaciones de luz, etc. Cosas que fueron reparándose a medida que se detectaron, con personal de la empresa constructora Fe Grande, encargada de la construcción de las viviendas.

En un comienzo se continuó con la misma directiva del programa elegida por los socios antes de recibir sus viviendas. Con el paso de los días, y a medida que llegaban los socios a ocupar sus casas, se formó una directiva paralela a la anterior, la que funcionaba como Comité de Vecinos. Así, ambas directivas se distribuyeron responsabilidades con el fin de agilizar trámites y obtener mejores resultados en sus gestiones. Sin embargo, esta existencia de dos directivas, y el mal manejo de la información, provocó confusión entre los pobladores e incluso

en ellas mismas. Además, la directiva que formó el Comité de Vecinos carecía de experiencia, y se cometieron errores que fueron agrandados más allá de lo que correspondía. No resistieron la dedicación y el tiempo que una organización requería. Por su misma inexperiencia, fueron permeables a rumores y críticas, hasta que finalmente dejaron de funcionar.

A la par, también la directiva del programa pasó por momentos difíciles, fundamentalmente por encontrarse dirigentes autoritarios, aun cuando fue la directiva la que se preocupó de solucionar los problemas de reparaciones en las casas y de conseguir el crédito hipotecario, logrando en general buenos resultados. Con ello dio fin a sus funciones.

Sin embargo, la inquietud por una directiva eficiente quedó latente. Se reestructuró toda la organización, y con los vecinos más representativos se formó una nueva directiva, la que empezó a funcionar realizando nuevas diligencias para solucionar problemas dentro de la Villa. Se preocupó así de buscar solución al cierre tanto del canal que corre por el costado de la Villa, como de otro en su calle principal. Programó distintas actividades, específicamente de diversión con los niños.

Las mujeres de la Villa, por su parte, organizaron distintas actividades, como *completadas*, rifas o peñas para reunir dinero con el que celebrar la Navidad. Así, en esa fiesta los niños de la Villa recibieron con alegría sus juguetes.

Nuevamente hubo problemas con la directiva, por casi las mismas razones que habían hecho fracasar a la anterior: falta de experiencia para encabezar una organización, líderes autoritarios y, sobre todo, por una gran cantidad de rumores como resultado de una mala entrega de la información por parte de la directiva, y la poca participación de los vecinos.

Dentro del país la situación no había cambiado. Los deudores de todo tipo se encontraban en situación desesperada. Esta realidad era provocada por un desajuste absoluto entre el nivel de ingresos de los chilenos, especialmente de los pobladores, y el crecimiento sostenido de las unidades en que otorgaban los créditos.

Continuaban las represiones, detenciones, una situación grave en salud y educación.

En abril de 1986 nació la Asamblea de la Civilidad, en la que se pedía volver a un estado de democracia para garantizar una vida digna para todos los chilenos.

En julio de 1986, el país y el mundo se enteraban estremecidos de la suerte de dos jóvenes que habían sido quemados vivos, de la muerte de uno de ellos, y la recuperación lenta y dolorosa de la otra. Con el tiempo, perfectamente identificados los culpables, quedó pendiente el caso, sin resolver la justicia lo que correspondía: aplicar el castigo correcto. Un caso más, como tantos.

Transcurrido el tiempo, a la Villa Don Raúl llegó información de la Municipalidad sobre la reestructuración de la Unidad Vecinal, en la que se requería tener una directiva funcionando. Entonces rápidamente volvieron a organizarse. Se conversó con la directiva, que no funcionaba como tal. Esta se dio por renunciada, y comenzó entonces a buscarse a los vecinos más representativos de la Villa y con deseos de participar.

Se llamó a todos los vecinos a una reunión general, en la que se encontraba un representante de la Municipalidad. Luego de un acuerdo general, quedó oficialmente constituida la nueva directiva, que se abocó inmediatamente a trabajar, revisando las inquietudes, las tareas pendientes, y estudiando la Ley sobre Juntas de Vecinos. Ocurrió esto en julio de 1987.

Se elaboró un programa de trabajo distinto en cada situación, pero con un solo objetivo: organizar democráticamente la Villa. Para ello, una vez constituido el Comité de Vecinos, se eligió un delegado por pasaje, el que estaría encargado de llevar y traer la información desde y hacia el Comité Vecinal; éste, a su vez, debía entregarla a la Junta de Vecinos. De esta manera se trabajaba en forma más expedita y se evitaba las constantes reuniones generales a la que no todos los vecinos asisten.

Se organizó el cierre de los pasajes, a cargo de un representante de cada uno de ellos; al cabo de poco tiempo esta tarea prácticamente se concluyó, quedando pocos por cerrar por problemas específicamente económicos.

También se elaboró un proyecto de pavimentación de las calles principales, esto a largo plazo, porque tenía que ser presentado a la Municipalidad y, además, requería fijar un aporte a los vecinos.

La directiva elaboró también un proyecto para contar con una sede social, dada la gran cantidad de actividades por realizar. Por ser una Villa mayoritariamente joven y con experiencias en distintas organizaciones, necesitaba tener un espacio físico con el que contar. Se buscó entonces los medios para lograrlo.

Contactándose a través de AVEC con la Constructora Fe Grande, se obtuvo un terreno ubicado a un costado de la Villa. Se logró también, a través del presidente de la Cooperativa Silva Henríquez, señor Sergio Wilson P., el financiamiento necesario para construir dicha sede. La concreción de este proyecto quedó en manos de la directiva del Comité Vecinal.

Se organizó un Centro Juvenil que lentamente fue tomando cuerpo. Los jóvenes realizan actividades no sólo para su diversión, sino también para el esparcimiento de todos, especialmente de los niños.

A la par empezó a funcionar un taller de teatro, con parte de los mismos integrantes del Centro Juvenil.

Se planteó a los vecinos la necesidad de una cuota extra, destinada a la compra de materiales para el cierre del canal, a un costado de la Villa. Por contar con el trabajo, que sería realizado por los canalistas, y con parte del dinero, que debía aportar la Municipalidad, los vecinos aceptaron aportar el resto. Conjuntamente, el canal que corre paralelo a la calle principal se está cerrando definitivamente.

A nivel femenino, empezó a funcionar otra comisión para organizar un centro de madres.

Todos estos proyectos fueron elaborados por el Comité Vecinal, que trabaja ligado a la Junta de Vecinos, que es la que canaliza las inquietudes de las villas que la conforman.

Preocupados de solucionar los problemas del conjunto de vecinos integrados en dicha Junta de Vecinos, se plantean tareas como la pavimentación de las calles principales, la obtención de teléfonos públicos, áreas verdes, la solución al problema de la basura, entre otros. Se van así realizando proyectos, se van elaborando otros, para lograr vivir en mejores condiciones, todo ello con gran esfuerzo.

Y si finalmente hacemos un resumen de todo este relato, podemos concluir que una buena organización, con directivas democráticas en el pleno sentido de la palabra, puede ir logrando lo que se propone. Que si bien todos estos pobladores partieron de cero, prácticamente sin ayuda de quienes correspondía, se hicieron cargo del problema; lograron su objetivo, con esfuerzo que raya en lo increíble, ahorrando peso a peso, en muchos casos quitando hasta la comida, acercándose, comunicándose, organizándose unos con otros, llamando a distintas puertas —las que muchas veces se cerraron sin explicaciones— para obtener su vivienda, y continuar más allá en la solución de sus necesidades básicas y también de aquellas que implican vivir en forma digna.

Muchos, por distintas razones, quedaron atrás, pero hay un grupo en Chile que puede observar con orgullo su vivienda y decir: yo la obtuve con mi esfuerzo personal y en conjunto con muchos amigos que, a pesar de ya contar con su casa, entendieron la necesidad de la solidaridad y el esfuerzo común.

Si todos comprendieran esto, otro Chile viviríamos.

Agradecimientos sinceros a quienes contribuyeron a realizar esta crónica:

Sra. Angela Caraciolo, Sr. Elías Negrete, Sra. Laura Rojas, Sr. Juvenal Hernández, Sr. Octoniel Mora.

BIBLIOGRAFIA

Actas Comité Vecinal Villa Don Raúl.

Revista Codo a Codo, 1982 a agosto 1987.

El Junio de Lo Pequeño Alto

HISTORIA DE LA POBLACION BOCA SUR, CONCEPCION

DAVID JESUS AVELLO G.



Lo que fue ayer

Al caminar por Roosevelt e ir dejando atrás la plaza Perú, la Universidad de Concepción, el Hospital Regional, la escuela básica de niñas y el liceo experimental, se comienza a subir agotadoramente por la avenida Lo Pequeño, que cruza un barrio residencial de imponente aspecto. Arriba, en la cima, después de cansadores veinte o treinta minutos de ascenso, se encuentra Lo Pequeño Alto. Justo en la frontera —donde termina el barrio de los chalets y comienza la población miserable—, se acaba el asfalto y empieza el barro en invierno y la tierra dura en verano. “En este lugar no nos va tan mal...”, dicen. La primavera siempre trae azul, verde y esperanza. Pero este año, 1984, ha sido tan distinto todo...

La única calle de la población está seca. El invierno —como todos los inviernos— ha dejado sus huellas, profundas llagas, horadadas por el agua. Es un suelo amarillo y duro. No hay polvo al caminar.

La calle sube hasta el Pino Huacho. Luego, dobla en forma de U, y continúa por unos 200 metros. Tiene el mismo nombre que posee la población: Lo Pequeño Alto.

Las casas son pequeñas, techos de zinc oxidado, o bien calamina. En algunas predomina el cartón y el plástico. Se puede apreciar a primera vista que las casas han ido perdiendo poco a poco la humedad guardada por los crudos meses de invierno. Y el sol, implacable, azota los techos y los rostros morenos de los hombres y mujeres.

El agua se tiene que ir a buscar a una llave común existente a unos cien metros más abajo. Desde ahí la traen con tarros y baldes, lentamente, a veces toda la

familia. La leña, en el bosque. "La vida no tiene por qué acabarse", dicen. Y es verdad, porque sus fuentes de trabajo se encuentran ahí mismo; además, se puede vender leña, cortar el pasto, reparar algún techo, arreglar sanitarios, etc. Está también la colaboración de la mujer con el lavado de ropa, el servicio doméstico, el cuidado de los niños...

Son muchos los pequeños que juegan alrededor del local que sirve de policlínica, capilla y centro comunitario. Hasta ahí llegan los que traen salud, resignación y promesas. No es muy lejano el día en que llegaron potenciales candidatos a regidores, diputados y senadores. Tras ellos quedaron los sueños de títulos de dominio, agua en cada casa, el alcantarillado, pavimentación de la calle...

Quizá habría que destacar al alcalde Van Riselberger y el apoyo incondicional del fallecido servidor público, don René Loubel. Por ellos surgió el alumbrado público y domiciliario, la sede comunitaria, el loteo de los sitios. Habría que recordar también el servicio a través de Cáritas y algunos talleres que se realizaron en la población con el fin de capacitar a los pobladores. Todo esto impulsado por la religiosa sor Margarita Donoso, integrante de la comunidad eclesial del Hospital Regional. En realidad, la comunidad completa de religiosas ha tenido una estrecha relación con esta población, a la que ha ayudado de distintas maneras y con distintos métodos.

Como ayer, pero siempre menos que ayer

Por primera vez hay verdadera preocupación.

Con cerca de quinientas personas reunidas en más o menos ciento cincuenta familias, Lo Pequeño Alto experimenta el momento más doloroso de su breve existencia. Los camiones municipales van y vuelven, eficientes, acarreando las miserables pertenencias de esas pobres gentes.

Se cumple así la orden de erradicación emanada por el actual alcalde de la Comuna de Concepción, Claudio Arteaga Reyes.

Un poco de historia

Cuando recién comenzó a correrse el rumor de la erradicación, un escalofrío recorrió a los pobladores. Sabían que si era así, no habría vuelta que darle. Y como si en ello se les fuera la vida, protagonizaron encuentros con los enviados de la autoridad, aun sabiendo que todo lo que hicieran sería inútil.

Por un lado, tendrían que participar todos en el movimiento; y por otro, se requería de apoyo documentado y decidido. Ese apoyo llegó. Don René Loubel ofreció una forma. El archiusado sistema de las listas, que consistiría en una carta dirigida al alcalde, firmada por todos los pobladores.

En todo esto se puso en evidencia una polémica que se venía arrastrando desde hacía algunos años, entre los que estaban a favor de la erradicación, y los que preferían luchar por quedarse en Lo Pequeño Alto. El predominio numérico en favor de la erradicación echó por tierra cualquier intento de organizar la defensa de lo que tanto costó conseguir. La extrema pobreza —falta de trabajo, condiciones infrahumanas de vida, etc.—, obviamente impulsa a veces al hombre pobre a entregar su existencia incondicionalmente, aun sabiendo que eso es inmoral y, sobre todo, aun sabiendo que de esa manera se traiciona a sí mismo y traiciona a sus hermanos de situación.

El alcalde, junto con la erradicación, ha ofrecido posibilidades para una vivienda básica y digna (pagando cómodas mensualidades), pero lejos de la ciudad. Algunos se resignan. La mayoría duda. Las preguntas se quedan en la garganta. No se atreven a cuestionar lo que dicen los emisarios de la autoridad en las reuniones. La verdad es que no quieren irse. Pero no tienen argumentos contra ese gigante que los aplasta. Los terrenos que tienen en Lo Pequeño Alto fueron conseguidos legítimamente, existen pruebas de ello. El alcalde no tiene derecho. Sin embargo...

El sentido de la tierra

La tierra para el poblador, para el hombre pobre, no es un valor de cambio, sino la base de sustentación que posee. Por eso, y porque allí gravita toda su frágil autonomía, es que no puede comprender las razones que a veces la autoridad le

hay que cruzar cualquiera de los dos puentes y tomar el camino que conduce a Coronel. Pero sólo por un par de kilómetros, ya que un poco más allá se tiene que ingresar por un camino de tierra negra, y entre saltos y tumbos, un par de curvas más o menos cerradas hasta que, entre arbustos y puñados de árboles, se divisan los techos uniformes de las pequeñas casas de Boca Sur.

El paisaje es extenso y plano hasta la playa del mar y del río. El pasto duro y corto, los cardos abundantes y, de vez en cuando, árboles que son sólo ramas. Una casa solitaria a lo lejos, refugio de pescadores. Algunos animales pastando abandonados.

Abundan las boites y los moteles. Y en la noche, los automóviles que se abandonan en silencio, con sus motores apagados y sus luces también apagadas por largo rato. La sombra cómplice de las nubes, el ruido del mar.

En la actualidad, son muchas las poblaciones traídas hasta el sector. Deben sumar unas cinco mil a diez mil familias (la mayoría proviene de barrios feroces: Agüita de la Perdiz, la Colo Colo, la Libertad, etc.).

Boca Sur permanece acogedora: las casas de madera son sencillas y de muy buen gusto. Hay distintos diseños: tal vez cada población se distinga por el color de pintura, o por la forma de la entrada a la casa, o si es pareada o en bloque (con forma de tren y dividida en cinco o seis familias). El cuidado de cada casa depende, como es obvio, de su dueño...

Pero a pesar de esa apariencia acogedora durante el día, a veces en la tarde, en la noche ya, se vuelve un lugar sin ley ni moral. Abundan los expertos cuchilleros, violadores, prostitutas, alcohólicos, drogadictos, homosexuales; hay aquí jóvenes que han muerto y jóvenes que han matado; testimonios sobrecoedores; historias que establecen intersecciones vitales entre, por ejemplo, los que intentan vivir (sobrevivir) y los que se autoeliminan delinquiendo y, en algunas crisis, asesinando impunemente, drogándose, prostituyéndose.

No existiría tal situación si no fuera porque los límites son, al fin y al cabo, tan extraordinariamente dolorosos. Las circunstancias los obligan. No existe nada que recoja toda esa energía, esa vitalidad juvenil. Ni siquiera ellos se re-

conocen a sí mismos como seres potenciales de amor. No existe una verdadera interpretación de la dignidad: sólo la rabia, la impotencia desatada en otros seres más desvalidos aún.

Es normal ver personas caminando por la línea del ferrocarril. Y la actitud es típica: las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada. Un torbellino de pensamientos en sus mentes. Amargura tal vez. Desesperación ante el incierto futuro, odio quizá... La humillación constante impuesta por la marginación ("exilio"), la vergüenza de sentirse marginados ("marcados" por el nombre de la población. El hecho de vivir en Boca Sur ya es un antecedente negativo). La impotencia y la culpa al no poder, al no tener con qué defenderse y, finalmente, la parálisis.

Mujeres y niños vagan por las poblaciones vecinas de mayores recursos (Villa San Pedro, La Candelaria). Caminan kilómetros con sus manos estiradas, pedigüeñas.

—Pido por necesidad, señor— dicen.

Otros se dedican a cantar en las micros (a cartear también). Ayudan a empaquetar en los supermercados o, por último, se van a dormir a la playa: ebrios, drogados, solitarios, abandonados... La playa dejó de tener, por supuesto, esa apacibilidad que hasta hace un par de años atrás tuvo. Nadie se atreve a estacionar por ahí cerca su automóvil: el riesgo es demasiado alto, en ello puede irse la vida incluso.

Diariamente se van integrando poblaciones al sector. Y tienen, a corto o largo plazo y por muy sanos que sean sus habitantes, que ingresar al ambiente predominante o, al contrario, ser devorados...

Lo Pequén

Lo Pequén quedó a la entrada prácticamente: eso significa que fue una de las primeras poblaciones en llegar a Boca Sur. La pionera fue la 21 de Mayo y después de Lo Pequén, Agüita de la Perdiz.

Los pobladores de Lo Pequén no estaban acostumbrados a este ritmo de vida: más cruel, insensible, brutal, sobrecogedor. Un viejo puente ferroviario a

la entrada de Boca Sur, saliendo apenas del camino a Coronel, es testigo de unos cuántos asesinatos, violaciones y asaltos. Los osados que se atreven a cruzar por ahí a deshora (desde las 22 horas en verano, las 19 horas en invierno) son enviados desnudos, vejados, y con más de alguna cicatriz en el cuerpo o en la cara.

Las primeras reacciones ante esos hechos fueron de estupor e indignación. Luego, después de un tiempo, con impotencia, la adaptación. Dolorosa mimetización y un silencio a toda prueba. Nadie sabe nada, conoce nada, ha visto nada. Los hijos van creciendo. Las mujercitas, precoces, convirtiéndose en potenciales prostitutas (el consumismo hace estragos entre los pobres: cómo sea y a costa de lo que fuere, a veces, hay que conseguir ese televisor, ese vestido, ese pantalón, ese equipo). Los niños, astutos apostadores, diestros maestros de la cuchilla, veloces en la huida, audaces en la mentira, excesivamente sensibles (con la violencia a flor de piel), asesinos inmisericordes. Hace pocos días (octubre), amaneció en la calle un hombre asesinado a pedradas (a ladrillazos). Y si lo ponen en duda, pregúntenle al cojo ese, el *Pato Muleta*, que junto a su muleta de madera, una pesada cadena y una cuchilla de veinte pulgadas, se enfrenta y corre y desafía a quien se le ponga por delante.

Boca Sur

Sin embargo, la excepción aparece como una esperanza: son miles los jóvenes que anhelan ser mejores: existen instituciones que apoyan ese interés: está la Iglesia Católica, Protestante, los Mormones, los Testigos de Jehová. Menos conflictivos, aparecen la Compañía de Bomberos, los Boy Scouts, las actividades extraescolares. Sin embargo, toda esta ayuda tiene un fondo sumamente ambiguo: por un lado, la actividad sin pausa en pro de la solidaridad y de la integridad personal. Y por otro, la falta de perspectivas inunda fatídicamente el horizonte: todos los esfuerzos son inútiles por la nula proyección laboral. Las organizaciones hablan de *recuperar al hombre*, mientras el Estado hace lo imposible por negar toda esperanza.

Alcanzar el éxito significa, simplemente, lograr cierta independencia moral, en la cual se deje traslucir el alma. Tal vez, ser héroe sea definitivamente, no aceptar todas esas carencias impuestas, encarando los desafíos.

Por una pregunta

Son sólo recuerdos los que van quedando. Recuerdos que poco a poco se van diluyendo en el tiempo. Han pasado ya más de tres años y cuesta sacar esas cosas tan intensa e íntimamente vividas. Pero, una vez que logran decir algo, los ojos se iluminan y las palabras nacen interminables, mágicas...

—¿Qué es lo que más recuerda usted de Lo Pequeño Alto?

—Bueno, está la subida enorme. Luego, el estanque (ahí nos bañábamos en el verano: era todo un acontecimiento). Después, la calle de tierra. Las casas, distintas entre sí. El cerro. El nudo en la garganta al ver a los cabros.

—¿Y usted?

—Señor, si usted supiera todo lo que nos costó armar nuestras casitas. Tanto y tantos años de lucha. De trabajo. Ahí, en la cantera pues, la mina de arcilla, esa que perteneció a la Fanaloza. También trabajábamos en la cuestión esa de los ladrillos. Eramos rápidos, me acuerdo.

—Eramos como una familia. Nos reuníamos todos los fines de semana a jugar a la pelota. Organizábamos fiestas y juegos, ayudas comunitarias para las fechas importantes. Eramos unidos. Y éramos todos trabajadores. No teníamos malas costumbres.

En las paredes de sus casas, murales de cartón y papel de diario, aparecía de pronto el rostro de algunos de los niños, sonrientes, en la fotografía marcada por el tiempo. Con orgullo también, la foto o algún poster barato de Cristo, la Violeta, o el automóvil último modelo cruzando la exótica carretera. En las paredes de sus casas se podía ver, a veces, el agujero traidor por donde ingresaba el viento y la lluvia. Al caminar se sentía el piso de tierra y el techo incompleto sobre sus cabezas.

—Las casas, es cierto que eran distintas, pero eran nuestras. Las habíamos construido nosotros, juntando nuestros pesos, ahorrando, comprando de a una tabla a veces.

—La cancha, por ejemplo.

—La obra de ladrillos. El Pino Huacho. El Perro Negro. El cerro La Virgen.

—Teníamos tan cerca el centro. Los trabajos, el bosque...

—Y te acordai cuando los íbamos. Nos llovió como nunca antes. Con tanta rabia que llovió. Los colchones quedaron todos mojados, la ropa y todos nosotros también quedamos tan mojados...

—Y eso no es ná. Cuando llegamos, para calentar de nuevo los colchones, encendíamos los braseros, ¿se acuerdan? Y como no estábamos acostumbrados a vivir en piezas tan cerradas, el gas del carbón empezó a asfixiar a la gente... quedó la grande, me acuerdo.

Al borde de la cancha de fútbol se encontraba el basural. Allí iban a parar todos los desechos. Entre ramas de zarza y pasto seco, eucaliptos.

—Primero, hace años, unos treinta más o menos, no existían los chaleses ni la escuela ni el liceo. Todo era puro cerro. Y todo pertenecía al viejo Cid (que en paz descanse). Nos dio trabajo en la fabricación de ladrillos. Y nos dejó construir nuestras casas junto a la obra. Era buen chato el viejo. Después, empezaron a llegar los ricachones y a construir sus casas. Nosotros tuvimos que irnos corriendo cada vez más arriba. Siempre pegaditos al humo de la hornilla. De esa hornilla dependían nuestros hijos y nosotros mismos. Y así, poco a poco, con los años fuimos a parar a ese lugar en donde usted nos conoció. Ah, recuerdo eso de los candidatos: gente mentirosa, oiga. Nos prometían una y otra cosa. Eran puras mentiras. Lo único que querían era que nosotros votáramos por ellos y después, usted sabe, se olvidan. El viejo Cid, al final, nos regaló los sitios, pero nos dejó el trabajo de conseguir nosotros mismos los títulos de dominio. Ahí llegaron los candidatos, de nuevo; “no se preocupen”, nos decían, “yo les consigo lo que ustedes quieran”. Y ahí estábamos los tontos. Quedándonos. Hasta que pasó lo que pasó. Alguien nos traicionó. En realidad sabemos quien fue, pero en fin, la necesidad es tanta, a veces. Y la conciencia se puede engañar con tanta facilidad, usted sabe. Bueno... firmaron unos documentos señalando que nosotros nos habíamos tomado estos terrenos. El alcalde, con eso, nos tenía

en un puño. Si se le ocurría podía echarnos a patadas. Fue, no sé si decirlo así, un hombre considerado, después de todo. Con ese documento, firmado por los traidores, pudo habernos dejado en la calle... Recuerdo los rostros temerosos. Teníamos miedo. Era como una sensación que nos oprimía fuerte por dentro. Sabíamos que si no obedecíamos la orden de erradicación, nos vendrían a sacar igual y que, incluso, perderíamos las posibilidades de tener casa. Y aquí, han cambiado tanto las cosas. Viera usted. Por ejemplo: el caso de esa niña, tan enfermiza. Su padre se fue con otra mujer; su hermano se casó, y aunque también tocó casa en Boca Sur, después, por una malura de cabeza, la vendió y ahora está arrendando no sé dónde, por ahí. Su madre, una mujercita alcohólica que vaga por las calles y no para de hablar y hablar, loca ya. Usted conoce muy bien la situación. La niña es, ahora, una prostituta que trabaja por ahí por Coronel o Lota. No sé dónde. Como puede ver usted, las cosas han cambiado bastante. Los cabros están más malos. No. Ya nada es igual. Es probable que hayamos ganado en comodidad. Las casas son bonitas. No se les pueden negar los méritos que tienen. Pero nuestras vidas se han contaminado tanto...

Y en mi mente queda esa calle amarilla, los rostros en las ventanas, las casas viejas y tan distintas entre sí, el Pino Huacho, la cancha de fútbol, los pasajes angostos...



En el marco del *Año Internacional de la Vivienda para las Personas Sin Hogar de las Naciones Unidas*, un grupo de instituciones — Acción Vecinal y Comunitaria (AVEC), Juventudes para el Desarrollo (JUNDEP), Taller de Asistencia Técnica (NORTE), Centro de Estudios Sociales y Educación (SUR), y Taller de Vivienda Social (TVS)— organizaron un Concurso de Historias de las Poblaciones.

¿Quién construye la ciudad?

Don Adrián Escalona, estucador, los nombra: Julio Amas, gáster; Elva Castañeda, dueña de casa; Mario Olivares, carpintero de construcción; Ernesto Pinto, que en Santiago se hizo pintor de brocha, se casó y aquí se quedó; Ismael López, municipal; Clodomiro Avila, minero, hoy un viejito sordo y casi ciego; Carlos Lorca, que se fue al sur a trabajar la tierra que le dejaron unos parientes; y muchos otros.

No son personajes anónimos, y así lo comprueban las memorias aquí recogidas.